

Pedro Oliver Olmo

La utopía insumisa de Pepe Beunza

Una objeción subversiva durante el franquismo

Virus
crónica



1. Encadenamiento de antimilitaristas ante el Gobierno Militar de Barcelona para pedir la libertad de los objetores detenidos (1977)

Índice

La Utopía Insumisa de Pepe Beunza I

Perico Oliver Olmo

Como regalo de verano a los y las fieles lectoras de Tortuga iniciamos la publicación de este fenomenal libro del historiador antimilitarista Perico OliverOlmo. “La Utopía Insumisa de Pepe Beunza” es una breve e intensa semblanzade una persona que jugó un papel fundamental en la historia de antimilitarismoy la noviolencia en el Estado Español. Lo vamos a publicar desmenuzado en cuatro partes, a razón de una cada domingo. Esperamos que les guste.

Agradecemos a Perico Oliver la gentileza que ha tenido de mandarnos la obra apetición nuestra, y a la Editorial Virus, que una vez más nos ha facilitado la publicación en internet de uno de sus libros.

Una objeción subversiva durante el franquismo

> *Hemos sufrido más de dos siglos de mili obligatoria. El camino de la desmilitarización ha de seguir siendo recorrido, pero el fin del servicio militar debería ser motivo de alivio y de fiesta. Sirva este libro para reconocer la laborde todas las personas que hicieron frente a su imposición, como homenaje a la memoria de sus muchas víctimas, y para dar aliento a quienes vamos a seguir trabajando por un mundo sin ejércitos.*

0. INTRODUCCIÓN A UNA CRÓNICA SENTIMENTAL

Ésta es la historia que protagonizó José Luis Beunza, más conocido como Pepe Beunza. Ocurrió a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Habla de la experiencia de un joven extraordinario que para muchos sólo era un extravagante. Trata de un comportamiento cuya memoria ha perdurado y ha recorrido de sueño en sueño las cabezas de miles de desobedientes. Lógicamente, la fama de este hombre no es millonaria. No está ni estará en las esquelas del «famoseo». Es más que suficiente comprobar que su relativa popularidad resulta entrañable, que forma parte de la intrahistoria de bastantes personas. Acaso a un público más amplio le podría interesar no ésta sino otras experiencias vividas por algunas de las celebridades que se relacionaron con Pepe Beunza: de Javier Solana o de Joaquín Ruiz Jiménez, de Emma Bonino o de Marco Panella, de Juan Mari Bandrés o de Ciprià Ciscar, o quizás de Marcelino Oreja, Gabriel Cisneros, Gabriel Urralburu, Gregorio Peces Barba, Antonio Fraguas (*Forjes*), Cristóbal Halffter, Eduardo Chillida, Adolfo Pérez Esquivel o Gabriel Celaya. Desde luego que de esa guisa tendríamos historias de gente famosa. Famas diversas y controvertidas, todas relativas; tanto las buenas como las echadas a perder, seguramente, todas bien merecidas. Juzguen ustedes.

A Pepe Beunza lo conoció otra mucha gente, hoy anónima, en la Valencia de los años grises y de un antifranquismo de mil colores. Fue renombrado. Llegó a ser un destacado miembro del Sindicato Democrático de Estudiantes. Algunas personas acudieron a saludarlo cuando lo llevaban esposado hasta las puertas de los consejos de guerra. Pero la verdad es que no demasiados lucharon con él en lo que acabó siendo su auténtico vértigo vital y su experiencia política más genuina: la de ser el primero de la reciente historia de la desobediencia civil al ejército. Fue el primer objetor de conciencia antimilitarista en los cuarteles militares de Franco y por eso mismo ha sido invocado infinidad de veces por otros muchos que siguieron su camino. Tal es su auténtica fama.

Pepe Beunza nunca quiso ser el último. Quería ser uno más de un nuevo movimiento social en perspectiva, aunque seguramente, por aquel entonces, sólo soñaba con ello. Hoy sabemos que aquélla era su utopía insumisa y que imaginaba algo que en parte se ha realizado. Su acción desobediente le acarreó satisfacciones, pero también miedos y humillaciones. Su disidencia se fue edificando desde cero, allá por 1967, porque no era fruto de un barrunto pasajero, porque buscaba comprensión y complicidad. Lo explicó muchas veces. Lo dejó bien claro en un discurso que pronunció en 1996, durante el acto de designación del «Memorial Juan XXIII», veinticinco años después de haberlo recibido él.

Recordaba al público y a los organizadores del Institut Víctor Séix de Polemología que en 1971 estaba preso por declararse objetor de conciencia no violento, cuando recibió a través de su familia una sorprendente y agradable noticia, precisamente en el momento que más vulnerable, solo e incomunicado se sentía:

> *¡Me habían concedido el Memorial Juan XXIII! No es podéis imaginar lo que significa en la soledad de la celda de una prisión recibir una distinción de ese tipo. En la incomunicación de una cárcel, en la oscuridad de un calabozo, cualquier cobarde de los que allí abusan de su poderpodría sentir la tentación de poner a prueba la debilidad de un preso indefenso. Más de uno medijo que con un par de tiros resolvía el tema de los objetores. Y lo decían en serio. Os estaré siempre agradecido por vuestro apoyo y por vuestra valentía al asumir el riesgo, en aquella época tan tenebrosa, de apoyar a un objetor preso.*

Imagínese el lector aquella situación y aquel año, 1971. La difusión pública de lo que se hace forma parte de la razón de ser de toda desobediencia civil; pero, además, para él era vital que dentro de la cárcel se le considerara un preso conocido, con cierta relevancia pública, porque

de esa manera las autoridades tenían que informar constantemente sobre su situación y no era tan alto el riesgo de recibir malos tratos. Por eso se alegró sobremanera al conocer que le habían concedido el Memorial. Y por más cosas. Porque así también ayudaron a que desde entonces y hasta hoy, ya en el año 2000, cientos de miles de jóvenes se hayan declarado objetores de conciencia. En torno a un millón. Pocas veces un apoyo testimonial ha nacido tan cargado de futuro.

> *Os debo una parte de mi vida, la que protegisteis al concederme el Memorial. Pero no sólo me ayudasteis a mí. Contribuisteis a difundir la objeción de conciencia, tan desconocida entonces.Ahora el crecimiento de la objeción es espectacular y somos el país de Europa con más objetoresde conciencia. La Ley de Objeción, promulgada en 1984 y por la que tanto habíamos luchado, no supo resolver el conflicto, defraudó las esperanzas que pusimos en ella. Muchos jóvenes aceptaron esta ley como mal menor, evitando así el conflicto entre mili o cárcel; pero otros, recogiendo la antorcha que habíamos encendido y con una gran dosis de generosidad y coraje,rechazaron el servicio militar con todas sus consecuencias. ¿Por qué hay que justificar que alguien no quiera aprender a matar? Así surgió la insumisión... y pagaron un duro precio, y lo siguen pagando. INSUMISO ¡Qué palabra más hermosa!... el que no se somete. Todos deberíamos ser insumisos.*

Conocí a Pepe Beunza casi veinte años después de haber oído hablar de él, casi veinte años después de haber estado hablando de él. No sé muy bien qué día del año 1994, los insumisos presos en la cárcel de Pamplona supimos que «el primer objetor» estaba muy cerca de nosotros. Vino a transmitirnos su solidaridad y a decir que él seguía erre que erre, que estaba entusiasmado con su ya veterano compromiso. No voy a hablar aquí de ese episodio, pero sí diré que era un momento delicado para el movimiento de insumisión y, claro está, para los insumisos presos. Cualquier ayuda, la más tímida de las comprensiones, nos sentaba bien. Se nos notaba en la cara. ¡Tantos insumisos en la cárcel y con tantas sensaciones contradictorias! ¿Nos habíamos lanzado al vacío y casi sin red? No sé si todos los que estábamos allí dentro sentimos lo mismo, pero yo era de los más viejos y me había pasado casi la mitad de mi vida diciendo en charlas y conferencias que la objeción de conciencia en el Estado español en realidad comenzó su historia en 1971, cuando Pepe Beunza fue encarcelado por ser el primer objetor con planteamientos políticos pacifistas. Reconfortaba ver que el primero venía a saludar a los últimos.

Algo más tarde pude conocerlo personalmente y muy pronto supe que aquella coherencia, la suya, nos pertenecía. Algunas cosas habían cambiado. Los discursos de ahora eran más radicales y antimilitaristas, pero salvando las distancias y entendiendo que los mensajes de Pepe Beunza a finales de los años sesenta sonarían muy mal, sobre todo a los franquistas, me pregunto: ¿cómo los juzgarían entonces los de las soluciones siempre posibilistas? Sé que la historia de este hombre también podrían reivindicarla otros muchos objetores que no optaron por la insumisión y apoyaron la legalización de un servicio sustitutorio del militar. Pero eso ahora da lo mismo, esto no es una disputa, aunque sí una reivindicación; en todo caso, no es materia a desarrollar en este libro; y, además, están los sentimientos del protagonista. Veo que a Pepe Beunza nunca se le cerrará del todo lo que ha vivido en parte como un desgarro. Él prefiere valorar sentimentalmente un hecho sociológico bien constatable: que la insumisión alentó la objeción legal y que ésta a su vez ayudaba a amplificar la difusión de aquélla. Que se retroalimentaban.

> *Frente a la insumisión el Gobierno respondió con dureza y sobre todo con ignorancia. En los dosprimeros consejos de guerra a insumisos, en Barcelona, hicieron un ridículo tan espantoso queenseguida pasaron la patata caliente de la insumisión a la jurisdicción civil. Los insumisos fuerona la cárcel pero salieron más fuertes y decididos. Siguieron las condenas y siguió la lucha coordinada por el MOC, el Movimiento de Objeción de*

Conciencia, el cual define la insumisión como una lucha no violenta, de acción directa, basada en la no-cooperación y la desobedienciacivil antimilitarista. Otros grupos de jóvenes radicales que siempre habían visto nuestra lucha con desconfianza se incorporaron de lleno.

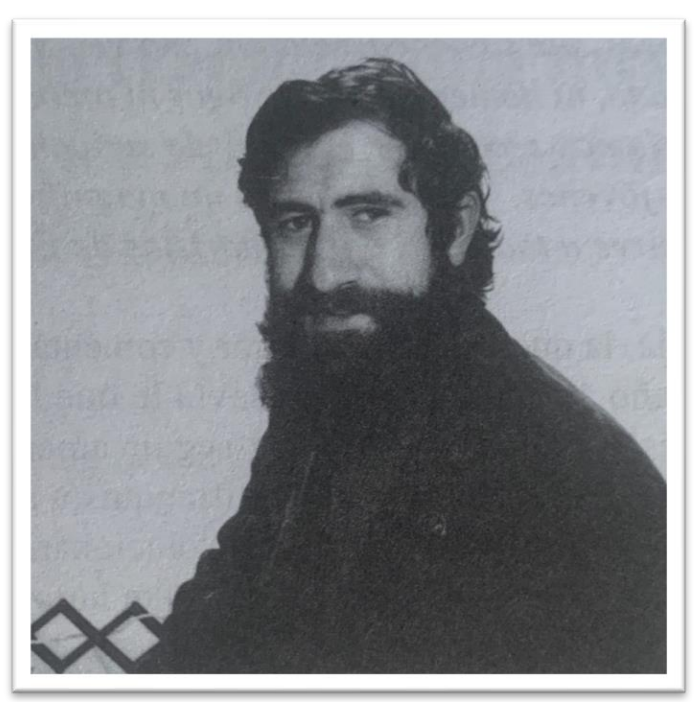
Es comprensible que Pepe Beunza sienta que fue de su propio tronco vital de donde nacieron las dos posturas más importantes de la objeción de conciencia: la que seguía luchando dentro del campo de los derechos y demandando un mejor y más positivo estatuto de la objeción de conciencia; y la que prefería hacer una desobediencia civil integral a ordenamientos y legitimaciones militares, desde la insumisión, negándose a aceptar cualquier servicio sustitutorio del militar para no ayudar a mantener socialmente aquello a lo que en realidad se objeta.

Sin duda, la esperanza en una desobediencia colectiva alimentó las disidencias individuales de Pepe Beunza (organizador desde 1967 de la primera campaña de objeción y objetor desde enero de 1971), Jordi Agulló (el militante de la Juventud Obrera Católica que tras organizar un grupo de apoyo a la objeción de conciencia objetó el 10 de mayo de 1971), Juan Guzmán Salvador (el joven pescador cuya objeción sobrevenida se materializó en septiembre de 1971), Víctor Boj (objetor desde la primavera de ese mismo año, solitario, sin referentes directos, con un discurso autodidacta, ajeno a cualquier grupo de apoyo y por eso mismo desconocido hasta varios meses después), y algunos otros que aparecieron en 1972 y en años posteriores. Se entiende perfectamente que esos objetores históricos vieran con alegría y preocupación el desarrollo y el crecimiento a veces acelerado y caótico de lo que, en tiempos de la Dictadura, sin duda fue una bella utopía insumisa, el sueño de los primeros objetores no violentos y antimilitaristas. Ahora bien, cuando el sueño empezó a ser realidad, preocupaciones y hasta desacuerdos aparte, lo que ninguno aceptó jamás (lo que llevó al también objetor histórico Miguel Ramos adimitir como vocal del Consejo Nacional de la Objeción de Conciencia en 1990, tras conocer que la Audiencia de Albacete señalaba fecha de juicio con petición de duras condenas de cárcelcontra seis objetores de conciencia insumisos a la prestación sustitutoria), lo que todos rechazaban y rechazan es algo de sentido común: que por el desarrollo normativo de una legislación de objeción de conciencia, precisamente, los objetores, sus supuestos beneficiarios, puedan ser juzgados y encarcelados. Sería de locos considerarlo aceptable y acto seguido hablar de paz y no-violencia.

Han sido cientos los insumisos encarcelados, mientras que otros miles esperaban coger ese relevo. Algunos han hecho últimamente desobediencia dentro de los cuarteles, insumisión en los cuarteles. La lucha contra las causas de las guerras no acaba, pero la mili ya no hay quien la sostenga. El PSOE quería mantener el servicio militar obligatorio y un ejército mixto por lo menos hasta el año 2015; pero un Gobierno de derechas apoyado por CiU y los nacionalistas vascos, y ya en común acuerdo con todos los partidos políticos parlamentarios, ante tantos miles y miles y decenas de miles de objetores y tanta presión de los insumisos y de la mucha gente que los apoyamos, han acabado convencidos y han anunciado el fin de la mili para el año2001 o 2002. Sin embargo, además de que los jueces dictan ahora la muerte civil para muchosinsumisos, estamos en el año 2000 y todavía tenemos que ir a visitar a insumisos a la prisión militar de Alcalá de Henares.

La historia es la que fue, la que sigue siendo; afortunadamente, se presta a muy variadas percepciones. Puedo asegurar que el camino seguido ha sido racional pero fundamentalmente vivencial. Hemos aprendido a dar cada paso porque, aunque en el ámbito internacional hubiera mucha experiencia desde la Primera Guerra Mundial, lo cierto es que todo absolutamente todo había que crearlo echando mano del atrevimiento y de la inteligencia. Y así fuimos creciendo. Sin manuales ni comités directivos dimos vida a nuestros discursos. También a nuestros errores. Se puede observar fácilmente la evolución, pero sólo diré que el MOC -por ejemplo, en la

cuestión de la reivindicación de unos servicios civiles autogestionarios-, por lo menos hasta 1983, se parecía más al Pepe Beunza de 1971 que al propio MOC de la campaña de insumisión iniciada en 1989. ¿Quién no evoluciona?



2. Foto para la campaña de apoyo (noviembre de 1970)

Dicho lo dicho, que a nadie le extrañe que yo asocie las experiencias, que haga nuestras las historias y que escriba una crónica desde los sentimientos. Más allá de la nueva racionalidad insumisa, Pepe Beunza entendió y apoyó la insumisión porque, en otras coordenadas históricas y sin ninguna tradición en esta tierra -el antimilitarismo tradicional nunca experimentó la objeción de conciencia-, bebió de los mismos valores que han inspirado después las actuaciones de la mayoría de los objetores insumisos; y porque a fin de cuentas sintió el mismo vértigo que nosotros: el de la desobediencia. Él empezó a tejer la red.

> *No creo que a nadie se le ocurra ya decir que los insumisos son insolidarios y otras estupideces. Dicen que algunos políticos destacados, como José Bono, han pedido públicamente perdón a los insumisos porque no los entendieron y porque hicieron leyes que los encarcelaban. No veo que ellos estén pidiendo nada, ni homenajes ni castigos ni prebendas ni nada. Sólo deberíamosreconocer el valor de su lucha. Nos quejamos de los jóvenes, y aquí tenemos un magnífico ejemplo de valor que sirve a todos los antimilitaristas de Europa.*

Esta historia, la que empiezo a narrar y comentar desde ahora, acaba en el año 1974. A Franco todavía le quedaban largos y agónicos meses de vida y ganas de seguir amargando vidas. Unos años más tarde la izquierda antifranquista mayoritaria (y buena parte de la que otrora dijo ser revolucionaria) dejó de ser pasional para seguir mostrándose solamente huraña, acaso más vieja, más normalizada, más integrada y rutinaria. Más democrática. Por su parte, los objetores crecieron y se multiplicaron. Empezaron a ser mínimamente entendidos mucho tiempo después y cuando, lamentablemente, su postura quedó situada dentro del abstruso terreno del Derecho y no en el de las posibilidades políticas y culturales que ofrecía la práctica de la desobediencia civil. Así fue más fácil crecer, eso es cierto. Doy fe de que, poco a poco, más y más personas, más y más medios de información e incluso intoxicación, más y más políticos, nos iban queriendo; pero continuó siendo harto complicado transgredir la ley militar con coherencia.

Nunca fue fácil explicar una postura comprometida y desordenada en el país de la conformidad, ahora lleno de conversos e incluso de ridículos apologistas de los más férreos parámetros del orden democrático; leviatánicos que defienden un modelo de democracia temeroso hacia los cambios y cerrado a la innovación en las formas de expresión política. Y, sin embargo, sólo a golpes de desobediencia creció la red para que sobre ella se fueran arrojando más y más desobedientes. Después, la insumisión iría consiguiendo hacer cultura, y quién sabe si no ha abierto una nueva era en la participación política (a veces la citan, la recuerdan y la invocan quienes pretenden desobedecer alguna normativa injusta). Pero ésa es otra parte de una historia que felizmente acabó siendo colectiva. Este libro habla de una historia todavía individual, de la primera historia.

1. EL HILO FRÁGIL DE UNA MEMORIA HISTÓRICA. DEL «¡NO MATARÁS!» AL ANTIMILITARISMO

Más adelante hablaré de lo que fue una odisea personal que duró más de tres años. Y explicaré también por qué el eco difuso y a veces ensordecido de la fama de Pepe Beunza principió en Valencia, durante 1971, cuando tras declararse objetor de conciencia rápidamente fue encerrado en los calabozos de un cuartel militar. Queda claro que enfrente tenía a la Dictadura, pero además de eso también tuvo que luchar contra los tristes resultados de un largo olvido. Debía luchar contra el olvido, porque si en buena media la Guerra Civil trastocó los viejos referentes populares de la cultura de la izquierda; después, el largo período franquista acabó por sepultar muchas de aquellas ideas que otrora fueron tan queridas y tan sentidas. Los liberales demócratas, los republicanos socialistas e incluso los anarquistas ya no recordaban que tradicionalmente se habían opuesto a las quintas; que si España arrastraba una larga tradición militarista y había exportado a todos los idiomas de todos los países la palabra «pronunciamiento», también había sido tierra de un importante antimilitarismo popular.

En 1971 Pepe Beunza aportaba un mundo nuevo de posibilidades al antimilitarismo, pero también estaba conectando con una vieja historia reivindicativa que había sido la de casi todos: «¡Abajo las quintas!». Aquél fue un grito popular y mayoritario durante el siglo XIX. Se escuchó con fuerza creciente, de pueblo en pueblo, por Cataluña y por Navarra, en Andalucía, en Asturias y en muchos otros lugares. Conviene recordar que, en 1871, algunas fuerzas políticas republicanas y con idearios de corte democrático-liberal más el incipiente movimiento socialista y libertario consiguieron congregar a más de 40.000 personas en Madrid para exigir el fin de las quintas, la abolición total de la que desde antiguo se había llamado «contribución de sangre». Es importante recuperar esa imagen olvidada porque contra la mili obligatoria nunca pudo ser otra vez reunida tanta gente; porque a lo máximo que se ha llegado, más de cien años después, es a concentrar a casi 15.000 personas en alguna de las manifestaciones celebradas en Pamplona durante los años 1994 y 1995, cuando a mucha gente le estalló la vieja y la nueva sensibilidad antimilitarista y salió a la calle a gritar contra la mili, contra los ejércitos y a favor de los insumisos presos.

En otros capítulos intentaré explicar por qué la actitud de Pepe Beunza en el tardofranquismo sonaba casi fuera de lugar pese a que tenía más raíces que muchas otras. Por ahora basta con afirmar que estaba en su lugar. Desde luego que para preparar su objeción de conciencia se inspiró intelectualmente en una larga tradición de referentes variopintos tanto para él como para lo que, pasado un tiempo, se convertiría en un nuevo movimiento social, el de objeción e insumisión. Personalmente, desde siempre y hasta hoy, Pepe Beunza ha ido dando un cierto contenido mundano y contemporáneo a un muy difundido y también incumplido mandamiento evangélico: «no matarás». Con esas dos palabras empezó a tejer la urdimbre de su pensamiento no violento.

> *«¡No matarás!» Recientemente, en una tertulia de televisión presentada por Javier Sardá se lo repetí muchas veces a los tertulianos, no porque no tuviera argumentos, sino porque decir «¡no matarás!» es mucho decir; es un argumento tan breve como contundente, y hace pensar. Era chocante pero necesario repetir «¡no matarás! ¡no matarás!...», porque la situación en los Balcanes parecía animar a mucha gente a defender argumentos justificadores de la guerra y de los bombardeos de la OTAN. Era uno de eso momentos en los que mucha gente pide guerra y es casi imposible discutir razonablemente. Por eso quise defender un principio ético, sólo uno, el más importante: matar es matar y nada lo debe justificar. Así lo explicaba ya en 1971. Hablaba de la no-violencia apoyándome en el «¡no matarás!», no sólo porque creo en su superioridad ética sino porque en el seno de una civilización guerrera que ha llegado a fabricar la*

bomba atómica no cabe otra posibilidad: para resolver conflictos y para rebelarse contra las injusticias, para luchar por la paz y la justicia, la no-violencia es la opción moralmente más sana y también la más inteligente.

En torno a 1967, cuando Pepe Beunza iba a cumplir veinte años, su actitud antimilitarista empezaba a cobrar sentido a la luz de una visión personal -una visión socialmente comprometida- de la Ley del Amor de Jesús de Nazaret (eso mismo ha ocurrido muchas otras veces, la sensibilidad pacifista ha nacido en el corazón y en las conciencias de no pocos disidentes partiendo de fundamentos evangélicos). No se olvide tampoco que ese pacifismo cristiano y no violento está en deuda con el de los cuáqueros y el de otros movimientos heréticos; pero, ciertamente, en los años sesenta y setenta las estrategias que fueron adoptando los objetores de conciencia también recibían con fuerza el influjo de distintas filosofías y creencias orientales. Además, las técnicas de desobediencia civil que estaba aprendiendo Pepe Beunza se hacían reales a través del conocimiento de ciertos planteamientos utopistas -desde El discurso sobre la servidumbre voluntaria, que escribiera a mediados del siglo XVI Etienne de La Boétie, hasta las más bellas expresiones idealistas de Mayo del 68, pasando por una lectura renovada de viejos escritos del anarquismo histórico-.

Con todo, en la búsqueda de una racionalidad y una pedagogía que hicieran viables las propuestas de desobediencia civil antimilitarista y no violenta, lo que más ayudó fue ese rosario de textos y testimonios disidentes compuesto por Thoreau, Tolstoi, Bertrand Rusell y algunos otros, sobre todo Gandhi y uno de sus discípulos, Lanza del Vasto (además del eco de las experiencias y los discursos de Martin Luther King, el italiano Danilo Dolci, el líder campesino chicano César Chávez, el obispo brasileño Hélder Câmara y un largo etcétera).

Pero idearios aparte, históricamente, el compromiso de Pepe Beunza conectaba con las proclamas de ese primer republicanismo español que, en 1873 (aunque efímeramente), consiguió abolir las impopulares quintas, y hasta con el discurso del malogrado internacionalismo pacifista de la Segunda Internacional. Rememoraba la denuncia radicalmente antimilitarista del anarquista andaluz Fermín Salvochea y se sentía heredero de la actitud de los jóvenes y las mujeres que en 1909, al inicio de lo que luego se llamaría la «Semana Trágica de Barcelona», protestaron con rabia contra el servicio militar y se tumbaron en las vías del tren para impedir que los reservistas fueran trasladados a la guerra de Marruecos. Muchos no se acordaban y muchísimos no lo sabían; pero en 1971 se recuperaba la memoria histórica más inmediata, la que había quedado legalmente plasmada en el Estatut de Núria aprobado en 1931, cuando las flamantes Cortes catalanas exigieron la abolición de la que todavía preferían denominar «contribución de sangre». Ésas eran las muchas fuentes que formaron el caudal ideológico de nuestro joven desobediente.

Se podrían traer a colación otros testimonios que darían buena cuenta del desarrollo histórico de un cierto antimilitarismo tradicional en la España moderna y contemporánea. Ejemplos de hace mucho tiempo y otros más cercanos que fueron fatalmente truncados por la Guerra Civil y el franquismo. Pero los que he referido son elocuentes y suficientes como para entender que Pepe Beunza sembraba semillas nuevas sobre un suelo de protestas antiguas. Podríamos decir que incorporaba al repertorio clásico del antimilitarismo técnicas de desobediencia civil, o sea, nuevas formas de compromiso individual y colectivo que hagan factible la desmilitarización de las mentalidades y de las sociedades, sobre todo la objeción de conciencia (en el sentido que había ido cobrando en varios países desde la Gran Guerra de 1914).

Luchaba contra el servicio militar obligatorio a través de estrategias novedosas, pero en su espíritu reverberaba una muy olvidada memoria histórica antimilitarista. Seguía el rastro de una estela difuminada y perdida. Sus propuestas desobedientes y no violentas eran sobre todo

innovadoras y, sin embargo, también evocaban ciertos mensajes antiguos, sentimientos populares que venían de antes de los tiempos de su abuelo. Y todo pese a que su memoria familiar era más bien de signo contrario.

2. Hijo y nieto de carlistas navarros

Jamás hubiera podido imaginar el abogado y dirigente carlista navarro Don Joaquín Beunza que algún día un nieto suyo (de su sangre y de la savia de la tradición) iba a convertirse en el «primer católico español» que rechazaría el servicio militar obligatorio y que, por semejante indisciplina, sufriría penas ignominiosas. Pero el abuelo Joaquín desapareció de la escena mucho tiempo antes de que naciera Pepe Beunza. Era un hombre de su época que murió por ella. Tuvo la desgracia de estar enfermo y descansando en el balneario de Cestona nada más iniciarse el movimiento golpista del 18 de Julio de 1936 (la insurrección militar que, evidentemente, era algo más que un pronunciamiento a la vieja usanza decimonónica española).

Los milicianos apresaron fácilmente al político tradicionalista, lo encarcelaron y finalmente lo fusilaron el cuatro de septiembre de 1936, poco antes de que las tropas sublevadas llegaran victoriosas hasta esos enclaves guipuzcoanos, cuando ni él (ni nadie) podía imaginar que en realidad su vieja época vencería militarmente y se prolongaría durante décadas, rompiendo en mil pedazos la posibilidad de ese otro tiempo de libertad que parecía en ciernes.

Todavía hoy una calle de Pamplona lleva el nombre de Don Joaquín Beunza. En verdad, su importancia histórica es indiscutible. Poco después de sobrevenir la Segunda República, auspició la llamada coalición católico-fuerista que obtuvo seis escaños en los comicios legislativos de junio de 1931. Junto a compañeros carlistas como Rodezno (quien acabaría sentado en un gabinete ministerial de Franco), católicos como Aizpún (después ministro de un Gobierno republicano derechista) y peneuvistas como José Antonio Aguirre (alcalde de Getxo y futuro lehendakari), Beunza fue un destacado representante de la minoría vasco-navarra en las Cortes españolas. Entre 1931 y 1932 estuvo entre los negociadores del Estatuto de Estella, antes de que el PNV prefiriera pactar con socialistas y republicanos reformistas una autonomía que asumiera los nuevos valores democráticos y estuviera menos inspirada en aquel rancio vasconavarrismo etnicista que mezclaba nacionalismo aranista y tradicionalismo carlista.

Joaquín Beunza era vasquista y también españolista (como tantos otros seguidores de Don Jaime, el pretendiente carlista). Su figura es un buen indicador de la complejidad de aquella época. Con el tiempo quedaría muy claro que los jaimistas coincidieron con los nacionalistas vascos y pertenecieron al Bloque de Derechas antirrepublicano de las Cortes, sobre todo, porque todos ellos se oponían a la política religiosa socioliberal del nuevo régimen democrático (entre otras cosas, los coaligados vasco-navarros pretendían que las cuatro provincias quedaran al margen del laicismo de la República española y que su Gobierno autonómico tuviera relación directa con el Vaticano). Beunza fue para las izquierdas, en el vocabulario agresivo de aquellos años, un «enemigo de la constitución republicana», un «cavernícola», un «troglodita», un «carca» o un «vascorromano». Se usaban otros palabros y cosas peores. No obstante, durante el proceso pro estatutario de 1931 y 1932, Beunza también chocó políticamente con la derecha navarrista y con algunos de sus propios correligionarios.

Ya en 1932, se sintió desencantado con la postura de la Asamblea de Municipios Navarros que, en medio de la polémica, acabó rechazando el proyecto autonómico de inspiración vasquista. Tras un intento no aceptado de dimisión, dejó de ser diputado y pasó a un segundo plano de la vida política, entre otras razones porque él, miembro de Eusko Ikaskuntza (la Sociedad de Estudios Vascos que redactó el proyecto de estatuto), seguía siendo partidario de la unificación política y territorial de Navarra y las tres provincias vascongadas. Todo indica que, a la altura de 1936, Don Joaquín no estaba al tanto de los planes golpistas inmediatos que precisamente dirigía el general Mola desde Pamplona. Quizás por eso decidió estar tranquilo en Cestona y allí lo apresaron. Pero, aunque discrepante, lo cierto es que perteneció al bando político dominante

en Navarra y al morir fue admirado y venerado como un héroe injustamente ajusticiado. Un mártir. Lo ha sido para muchos y durante mucho tiempo. Dice su nieto que la memoria familiar, aunque fuera cambiando, siempre conservó la imagen de respetabilidad del abuelo, sin duda, acrecentada por el hecho de haber sido fusilado.

> *Mi familia siempre guardó en la memoria la imagen y el recuerdo del abuelo como un hombre de ideas, hecho a sí mismo, íntegro e inteligente y buen parlamentario, hacia el que más que cualquier cosa siempre se profesó un profundo respeto.*

En principio, ideológicamente, en términos parecidos se debería hablar de Don Daniel Beunza, el padre de Pepe. Si nos remontamos a aquellas mismas fechas de belicosos militarismos, y aún después, se comprende que el hijo de Don Joaquín, también carlista y participante entusiasta en el movimiento insurreccional de los requetés navarros, convencido de haber actuado bien al hacerse soldado de una cruzada contra las fuerzas que amenazaban a la civilización cristiana, tampoco hubiera podido temer que un hijo suyo desarrollara ideas y vivencias tan diferentes, tan contrarias a aquellos siniestros y turbios espíritus redentoristas.

En 1936 Daniel Beunza era todavía joven. Entonces compartía con muchos tradicionalistas y derechistas el mismo sentimiento de hostilidad hacia los cambios y las reformas. Estaba en el bando de quienes a toda costa buscaban que la República española garantizase un Estado católico, sin divorcio y con los valores femeninos más conservadores, sin libertad de enseñanza y con los crucifijos en las escuelas, sin reforma agraria y, sobre todo -al final eso era lo que más contaba-, sin que existiera el más mínimo temor a una revolución social de corte moderno y extranjero, liberal, libertaria, socialista o a lo peor bolchevique.

Muchos años después, a la altura de 1971, Daniel Beunza comentaba a unos periodistas que le preguntaban sobre la objeción de conciencia de su hijo que él nunca participó «en tiroteos que provocaran muerto alguno». No renunciaba a los lugares comunes del franquismo primigenio pero sobre todo recordaba con tristeza la muerte de su padre: «en la Cruzada perdí a mi padre... fue asesinado por un pelotón de comunistas en el Fuerte de Guadalupe (Fuenterrabía), donde estaba preso». No obstante, al igual que otros muchos carlistas, el padre de Pepe Beunza muy pronto comenzó a desarrollar sentimientos de distancia y después de frialdad y hasta enemistad con el régimen nacido del 18 de Julio. En realidad, para ellos todo empezó a estar más que revuelto desde el Decreto de Unificación dictado por Franco en 1937, con el que creaba el partido único (Falange Española Tradicionalista y de las JONS), lo que supuso la desaparición de la Comunión Tradicionalista, la organización genuinamente carlista.

Pero los problemas se acrecentaron cuando, conseguida la victoria, el carlismo se sintió desplazado en relación a la Falange. De hecho, el malestar se trocó en conflictividad y unos años más tarde llegó a mayores: recuérdese que precisamente en Pamplona, el 3 de diciembre de 1945, los carlistas navarros se manifestaron ilegalmente gritando consignas contra Franco, la Falange y algunos de sus antiguos jefes que eran considerados traidores y arribistas, como el Conde de Rodezno. Hubo enfrentamientos y hasta tiros entre la Policía Armada y los manifestantes. Más de ochenta carlistas acabaron en la cárcel y su sede social fue clausurada por orden gubernativa.

En 1945, Daniel Beunza ya estaba lejos de esos ambientes, pero había ejercido como notario en Guipúzcoa hasta el año 1940. Hubo de vivir, pues, el ambiente de las primeras querellas internas entre vencedores. Es más, se sentiría personalmente muy implicado porque existía una ocasión recurrente para que el carlismo mostrara su antipatía hacia Franco: el homenaje anual a Don Joaquín Beunza. En esa atmósfera el ex combatiente Daniel se hizo antifranquista. Pero muy pronto se marcharía del País Vasco.

Creo que fue mi madre la que procuró apartar a mi padre del ambiente político enrarecido que había en el País Vasco y Navarra durante la posguerra. Hubo jaleos, todos los años se hacia una especie de peregrinación al Fuerte de Guadalupe a homenajear a mi abuelo... Seguro que no era por discrepar de todo aquello pero creo que mi madre desarrolló el instinto de nido. Con un marido que era notario se preguntó: ¿dónde podemos vivir tranquilamente?, ¿dónde podría estar nuestra familia en paz y nuestros hijos bien alimentados? La respuesta iba hacia el sur, y por eso creo que acabaron en Beas del Segura, donde nací yo en 1948. Después marchamos durante unos años a Tolosa y a Reus, y finalmente, desde 1956, nos afincamos en Valencia.

Daniel Beunza desarrolló su propia aversión hacia Franco. Lógicamente, su carlismo y su antifranquismo evolucionaron. Le costaría olvidar que había participado en una «guerra de religión»; pero tampoco la Iglesia, la que había dado a la Guerra Civil esa etiqueta, comulgaba unánimemente con el franquismo, al menos desde 1966. Todo indica que Daniel fue abrazando ideales democráticos. En las cartas que escribía a su hijo también dejó constancia de un cristianismo pacifista que fue haciéndose cada vez más crítico con la jerarquía católica. Su hijo recuerda que encontró tolerancia, respeto y finalmente incluso apoyo, muy de agradecer cuando llegaron los tiempos de la verdad y Pepe llevó a la práctica sus anuncios de desobediencia civil.

En fin, a mí me tocó crecer en una familia de clase media que políticamente era carlista antifranquista. Cuando tenía 10 años vivíamos ya en Valencia. Mi padre fue presidente de la Peña Vasco-Navarra de Valencia y me llevaba a Montejurra cuando yo tenía 12, 14 ó 15 años. En Estella y por todos aquellos lugares se podía ver un ambiente lleno de folclorismo y a la vez de reivindicaciones, contrario al régimen pero también a los nacionalistas vascos. Pero mi padre fue cambiando. Era un hombre culto. Leía mucho. Hablaba euskera, inglés y francés. En cierto sentido, por ejemplo en su actitud crítica hacia el franquismo, fue para mí un referente.

Con el correr de los años, el padre también hubo de tener al hijo como referente y motivo de contradicciones morales y dialécticas que, no obstante, le abrieron la mente hacia nuevas ideas. Por lo que he leído que Daniel dejó escrito sobre su hijo cuando éste más apurado podía estar, en una entrevista que le hicieron dos redactores de Sábado Gráfico y que nunca pasó la censura, aunque no renegaba de haber participado «en la Cruzada de 1936», quiso dejar claro que para él la objeción de conciencia de su hijo era «un modelo de sinceridad, de valentía y de espíritu de sacrificio frente a tanta juventud cuya única aspiración en la vida es labrarse con poco esfuerzo un porvenir cómodo». Pepe Beunza era para su progenitor un ejemplo de «perfección evangélica... contra la carrera de armamentos». Aquel ex requeté, sin duda porque tenía unos principios morales fuertemente asentados en su conciencia, a su manera asimiló y mezcló e hizo suyos los valores que le había enseñado su padre y los que después aprendió de su hijo.

Daniel contestaba a los entrevistadores que él «evolucionó hacia el pacifismo» conversando con su hijo, y que eso sucedió cuando éste decidió anunciar públicamente que se iba a declarar objetor de conciencia no violento para luchar a favor de la paz y el desarme: «yo argüía lo utópico de su idea, pero el resultado fue que en lugar de convencerle yo a él, me convenció él a mí de la altura moral de sus convicciones y de su anunciada conducta futura». Y sentenciaba con expresiones que a los censores hubieron de parecer irreverentes: «¡Ay del Ejército cuya moral dependa de que se admita o no la objeción de conciencia!... Lejos de mirarla como un peligro, habría lógicamente que fomentarla, siempre que el deseo de paz fuese sincero y no puramente verbalista».

La entrevista, realizada en Valencia el 18 de noviembre de 1971, no pudo ser publicada hasta que en 1977 Ediciones Don Bosco dio a la luz un libro titulado Objeción de conciencia. Otro servicio. Después de la aparición, en 1973, de la ya clásica monografía de Jesús Jiménez La

objeción de conciencia en España (edición de Cuadernos para el Diálogo); este libro de 1977, además de ser miscelánea de textos interesantes para la época, ofrecía un primer balance del fenómeno de la objeción de conciencia que a buen seguro alentaba a su desarrollo: cartas de Pepe Beunza y de su padre, la breve crónica de la breve experiencia de la objeción de conciencia en España, las primeras propuestas de legislar en tal sentido, las tímidas opiniones favorables de los partidos políticos democráticos...

En definitiva, una colección de documentos valiosos, fuentes preciosas para el comentario. También ese año apareció un librito de Juan Roca con fotos muy significativas sobre el pasado más inmediato y la actualidad de la objeción: aunque breve, aquel Qué son los objetores de conciencia (editado por La Gaya Ciencia) era un trabajo mucho más analítico y difundía la cuestión contextualizándola en el amplio abanico de las luchas populares y democráticas. Eran tiempos de reforma política y el momento de publicar lo que hasta entonces no se ha había podido difundir en libertad. Pero también eran tiempos para la innovación, para recorrer caminos más largos, para adecuar los discursos antimilitaristas a las nuevas posibilidades de acción. Ese año, 1977, se constituyó el MOC.

3. En el territorio de sus sueños originales

¿Cómo se juzga hoy el devenir del compromiso de Pepe Beunza? ¿Cómo se valora su evolución hasta el año 2000, cuando es un hombre maduro, casado y con una hija, que trabaja en la protección de espacios naturales de Cataluña y siempre que puede continúa apoyando causas justas y visitando a insumisos encarcelados? Él recuerda que siendo muy joven, durante su bachillerato en Valencia, perteneció a los Boy Scouts. Se sentía cristiano. En 1965, antes de estudiar para hacerse ingeniero técnico agrícola, con 17 años y como voluntario, trabajó en la leprosería de Fontilles durante tres semanas.

No cabe hacer muchas interpretaciones, lo de la leprosería es sumamente elocuente y parece obvia la explicación que Pepe nos da: «estaba muy preocupado por acercarme al sufrimiento humano». Al final siguió la preocupación y salió aleccionado por la propia experiencia. Dice que lo peor, peor que la enfermedad incluso, era la estigmatización social del leproso: «el rechazo a la readaptación de esos enfermos cuando ya estaban curados». En la leprosería dejó muchos amigos. Después aportó su grano de arena a las campañas de alfabetización del barrio del Cristo y trabajando con colectivos de gitanos en Valencia.



3. Pepe Beunza con el banderín de la <<Patrulla Corzos>> de los Boy Scouts (23-2-63)

No es menester añadir más cosas que se sabe que hizo. Todo indica que, en efecto, aquel joven iría abriendo más y más su conciencia. Cualquiera diría que se trataba de un buen chico con el corazón enorme, que el chaval prometía; pero también es cierto que con esas señales (su cristianismo dedicado a servir a gente doliente o a marginados) podría haber desarrollado otras formas de compromiso social y religioso. Quedaba mucho por hacer dentro de su propia persona. Digamos que estaba ampliando su mirada crítica y que todavía la iba a hacer crecer más cuando en 1965 viajó por primera vez a Francia haciendo autostop.

Pude disfrutar... lejos de la dictadura franquista, sin ese agobio, en la libertad de los albergues de juventud, trabajando con gente distinta en una fábrica de abonos, conociendo y discutiendo, y aprendiendo con los beatnicks que conocí... En la carretera, con la mochila, me sentía libre como un pájaro.

Otras luces entraban en su vida. Poco después, durante otro viaje por Francia, comenzaría a aprender de las experiencias de los objetores de conciencia. Está claro que los mensajes que luego iba a difundir Pepe Beunza en materia de objeción de conciencia a los ejércitos debían desarrollarse, en principio, sobre la propia base religiosa que tenía su pensamiento de adolescente. Es lo que había. Lo que tenía era ese catolicismo social que estaba influyendo en un adolescente con ganas de hacer visible su filantropía. Pero también está claro que esos discursos de desobediencia civil no podían nacer del espíritu todavía rancio y militarista de la Iglesia española. Por eso, parece ser que algunas de las experiencias tempranas de aquel su primer viaje hicieron que hasta su cristianismo se fuera haciendo más abierto y protestatario.

Como me picaba la curiosidad, un día fui a Andorra y al día siguiente pasé por Lourdes. Era alucinante lo que estaba comprobando: que apenas había diferencias esenciales entre ambos lugares. Me parecieron centros comerciales. ¡Qué manera de contrabandear con la religiosidad! Desde entonces mi fe se hizo todavía más crítica.

En 1966 se atrevió a aceptar su primer compromiso político. Lo eligieron consejero de curso del Sindicato Democrático de Estudiantes. Después del famoso congreso de ese sindicato celebrado en Valencia entre enero y febrero de 1967, bajo la presidencia de Ciprià Ciscar, Pepe Beunza formó parte de la Junta Permanente de Distrito Universitario junto a Vicent Garcés, Carles Dolç, José María Rotge y algunos más. Vueltas da la vida.

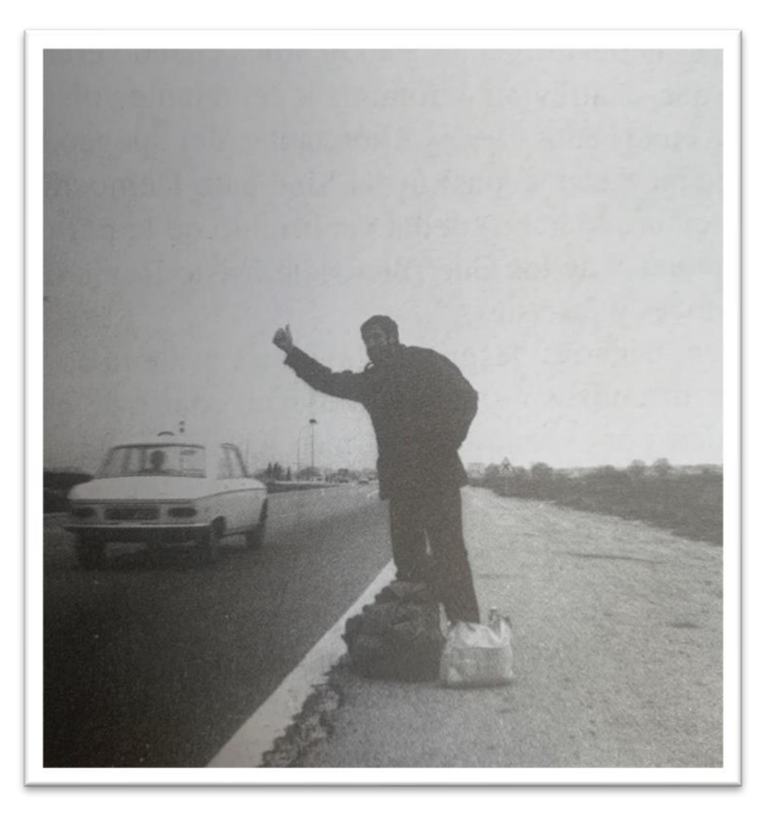
Curiosamente, Ciprià Ciscar se convertiría tiempo después en un importantísimo dirigente del PSOE, el partido político que gobernó España entre 1982 y 1996, el que legisló la objeción de conciencia y acabó reprimiendo con años de cárcel la desobediencia civil al servicio militar obligatorio y al servicio sustitutorio. Se podrían dar más ejemplos de amigos y compañeros de Pepe Beunza en los años de las luchas antifranquistas que luego, ya con responsabilidades políticas, defendieron las posturas que más contrariaban al primer objetor, al viejo colega de correrías y sueños revolucionarios, al que tuvo la valentía, acaso la locura, de enfrentarse a los militares franquistas en su mismo terreno, en sus cuarteles.

Podríamos poner aquí muchos nombres de estudiantes que realmente se la jugaron. Pero, seguramente, casi todo el mundo reconocería sólo a algunas de las personas que destacaron entonces y después han sido importantes personajes de la vida política española. Sirva de ejemplo una breve lectura de dos trayectorias, las de dos mujeres que lucharon contra el franquismo y que con el tiempo adoptaron actitudes contrarias por lo que se refiere a la insumisión: la primera, una de las mujeres más críticas del colectivo de jueces progresistas, Manuela Carmena; la segunda, Carmen Alborch, la que fuera ministra de Cultura de uno de los Gobiernos de Felipe González. Ambas, en Madrid y en Valencia, fueron dirigentes estudiantiles cuando eran todavía pocos los que se atrevían a dinamizar semejantes disidencias, sobre todo en los años 1965 y 1966, antes del apogeo de 1967, cuando se empezaba a construir el Sindicato Democrático y el peligro (siempre lo hubo) podía venir tanto de la policía como de los delatores y de los Guerrilleros de Cristo Rey u otros grupos de matones y fascistas.

Pues bien, décadas después, Manuela Carmena se puso del lado de los insumisos y siempre estuvo en contra de que fueran encarcelados; por el contrario, Carmen Alborch jamás dijo nada que chocara con la política represiva que en esa materia defendía su partido. Ahora, que ponga el lector otros ejemplos similares. ¿No será que la «memoria insumisa de la dictadura de Franco» (tal y como ha sido recientemente denominada por Nicolás Sartorius) también necesita algún que otro repaso autocrítico sobre su desarrollo incoherente durante la época democrática? Volveré sobre este asunto en más ocasiones.

El Sindicato Democrático de Estudiantes estaba muy extendido, proliferaba en Madrid, Barcelona y otros importantes distritos universitarios. Hay bastante aunque no suficiente bibliografía sobre el movimiento estudiantil durante el franquismo, el anterior y el contemporáneo al sindicato. Si casi todos los nombres que hemos apuntado son valencianos es porque estamos situados en los ambientes que conoció nuestro protagonista, aunque también porque ya entonces se valoró que en Valencia se había edificado el verdadero «fortín» de ese tipo de oposición al régimen. De hecho, en 1967, fue en Valencia donde se rompió definitivamente con el sindicalismo estudiantil oficial y de inspiración fascista.

No voy a extenderme más. Para conocer mejor a los que fueron jóvenes activistas de esa importante experiencia opositora en el Sindicat Democràtic d`Estudiants de València, convendría acudir a la obra colectiva que ha dirigido Benito Sanz; ese libro, titulado L'oposició universitaria al franquisme. València 1939-1975, deja buena constancia del papel desempeñado por Pepe Beunza y del reconocimiento que se otorga a la peculiar y decisiva aportación del primer objetor deconciencia no violento.



4.Haciendo autostop camino de Nimes (Pascua del 1969)

Pepe Beunza, en principio, se encargó de editar apuntes con una multicopista para que se pudieran vender a precios populares. Recuerda que aquella actividad tan docente, aunque hoy pudiera parecer poco política, tuvo entre el estudiantado un éxito enorme y dio un gran prestigio al sindicato. De esa guisa, empezó un camino que como a muchos otros le supuso participar en encerronas, asambleas, manifestaciones y detenciones policiales. En el curso 1967-1968 lo eligieron delegado de curso y subdelegado de escuela. Tenía 21 años. Otra vez en autostop, viajó a Holanda durante las Navidades y de nuevo a Francia en Semana Santa: allí conoció a «un grupo de anarquistas no violentos», cuyas ideas y métodos le influyeron de forma decisiva y le ayudaron a amar y aprehender los sueños utópicos que inspiraron Mayo del 68.

Era joven y parecía estar muy animado. Pero no se nos escapa que en buena medida estaba solo y aislado. No tenía a su alrededor muchos incentivos que le ayudaran a impulsar la objeciónde conciencia. Imaginamos que todo aquello se sobrellevaría a veces con grandes dificultades y con tentaciones de dejarlo (lo sabrá muy bien cualquiera que entonces hiciera alguna actividad contra el régimen). Imaginamos la lucha interior del joven Pepe Beunza y enseguidavemos cuán quebradizo podía llegar a ser el genio interno que le animaba a protagonizar esta historia. Ninguna cosa estaba determinada. Todo debía nacer y cualquier adversidad sobrevenida podía haber cambiado el curso del proceso que hoy estoy relatando. Afortunadamente nada fue insuperable. Ni lo más desolador. En 1967 Pepe Beunza tuvo que superar la muerte de su madre, con la que estaba muy unido. Para cualquier joven un episodio tan doloroso, una pérdida como ésa, puede ser un grave motivo de aflicción que aliente miedosy confusiones.

Pero lo cierto es que en aquella Valencia de finales de los años sesenta -la que fuera última ciudad de la República española-, en sus ambientes de lucha antifranquista obrera y estudiantil, aquel estudiante comprometido con las aspiraciones de libertad y de cambio comenzó a plantearse y a plantear lo que sin duda sonaba entonces más a quijotada manifiesta que a provocadora llamada a la subversión. Recuérdese que el ambiente era adverso. Si bien las movilizaciones se hicieron más grandes desde 1967, también el régimen aumentó su capacidad represiva. La policía y el Tribunal de Orden Público eran una amenaza omnipresente; su sola existencia y esa presencia espectral, que se encargaba de difundir y de materializar con gestos y zarpazos, obligaban a desarrollar culturas y subculturas de clandestinidad.

4. UNA OPOSICIÓN DIVIDIDA

En relación a la historia de la oposición al franquismo tengo mis preferencias, pero debo reconocer que, al observar las trayectorias personales de hombres y mujeres que vivieron grandes o pequeñas y efímeras experiencias colectivas, encuentro meritorios ejemplos para una historia general de la disidencia: gentes de las Comisiones Obreras, la Unión Sindical Obrera (USO), el PCE, el Frente de Liberación Popular (FLP, conocido también como «Felipe»), la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), la Juventud Obrera Católica (JOC), el PSOE, la UGT, la CNT y otros grupos bien de reaparecidos bien de sobrevenidos en el movimiento libertario, además de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y otros partidos troskistas, el Movimiento Comunista (MC), el Partido del Trabajo (PT), la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), el PCE (m-l), marxista-leninista, y un larguísimo etcétera de partidos políticos revolucionarios de distintos signos izquierdistas, la mayoría de distintos signos comunistas. Lo que no siempre resulta tan interesante es comprobar que a su vez estuvieron muy divididos, subdivididos, capitidisminuidos y enfrentados en demasía.

En buena medida, no es cierto que la hostilidad hacia Franco uniera a las fuerzas opositoras. Mucha gente vivió experiencias unitarias, pero, objetivamente, si la oposición luchaba contra el régimen también lo hacía entre sí. Yo era un niño entonces y quizás esté exagerando. Admitiría de buen gusto cualquier matiz y hasta una refutación global y demostrable de lo que siento y escribo. Tal vez soy víctima del «pacto de olvido» (ese consenso no asumido, inconfesable como consenso) que se ha ido imponiendo desde 1977. Estoy de acuerdo en que hay algo todavía más prioritario: porque es de justicia y serviría de aprendizaje, lo correcto es arreglar cuentas con la dictadura y señalar claramente su historia criminal. Pero no estaría de más que la memoria histórica de quienes lucharon contra ella también saldara alguna que otra deuda consigo misma. Se entendería mejor lo que sucedió y lo que no pudo ser. Asimilaríamos mejor lo que se ha ido edificando. Quizás se disiparan las sensaciones de derrota. Desde la distancia no nos extraña que la discrepancia fuera insoslayable. Está claro que el centralismo democrático de los leninistas no debía parecer nada democrático a los demócratas, que el elitismo vanguardista de unos sublevaba a los más asamblearios, y que las minorías de activistas enrolados en la lucha armada o en la «agitación armada» se reclamaban de unas ideologías que no tenían nada en común (el nacionalismo vasco de ETA, el comunismo libertario del MIL, el marxismo estalinista del FRAP, etcétera). Nada que ver. Pura coexistencia.

Todos parecían coincidir y en realidad no pocos coincidieron en la demanda de ciertas libertades formales, las que tanto se echan en falta cuando no se tienen y cuando te las arrebatan a tiros o con otras más incruentas coacciones. Pero había una oposición que pretendía un nuevo orden político homologable a las democracias europeas; y, sin embargo, en las calles, en los centros de trabajo y en las facultades, quienes mayormente actuaban y retaban al régimen demostraban ser una suerte de auténtico «sujeto revolucionario», con idearios emancipadores enfrentados entre sí (como el marxismo y el anarquismo), con proclamas amenazantes para las distintas ideologías demoliberales o con referentes geopolíticos contrarios al modelo de sociedad capitalista (la Cuba de Castro, la China de Mao, la propia URSS e incluso la Albania de los estalinistas). No nos debería sorprender que hoy, cuando leemos sus escritos de entonces, veamos por doquier a grupos tan recelosos como impenetrables y casi siempre enemistados entre sí.

De todo aquello, apenas queda una estela engañosa. Hubo mucho discurso abigarrado y falsario. No pocos panfletos ofrecían la imagen de un proyecto ceñudo e intratable, expresión de ciertas indeseables antiutopías. Pero ya me gustaría ver a la izquierda de hoy dedicando tantos esfuerzos como entonces al pensamiento crítico y a la denuncia de las injusticias del capitalismo. No puede ser. No está en las agendas de las nuevas clientelas electorales. En

aquellos años algunas versiones españolas de las grandes ideologías decimonónicas eran poco simpáticas, quizás porque el aislamiento que la clandestinidad imponía hizo que se enquistaran las intolerancias. Sucedió incluso cuando la represión arreciaba y cuando -como ocurrió con el agarrotamiento de Puig Antich ya en 1974- la amenaza de la pena de muerte se hacía real y movilizaba energías dentro y fuera de España. Crecía la intolerancia aunque fuera de sentido común que al menos en esos momentos sobraban las broncas atávicas y resultaban patéticas las invectivas.

Esas malditas cosas eran tan viejas que parecían normalizadas. Continuaron ocurriendo incluso cuando Franco vegetaba y se moría de puro éxito biográfico, de tan viejo que era. Entonces parecía aún más claro que tanto las luces como las sombras de la historia de la oposición antifranquista eran poco relevantes como para iluminar u oscurecer una realidad sociológicamente mayoritaria: la de la conformidad. No parece que el indicador social de la actitud contraria pueda seguir siendo el mito de la venta masiva de champán el 20 de noviembre de 1975, el día de la muerte biológica del Caudillo. Quedaban atrás un tiempo de exterminio y varias décadas de producción de obediencia y silencio. Aún resuenan sus ecos.

Esta reflexión me ayuda a entender y explicar muchas cosas. A veces me duele, y por eso en la memoria de Pepe Beunza busco lo bueno. Quizás lo mejor sea recordar que hubo momentos de unidad, que fueron muchas las situaciones de obligada convivencia, porque ahí es donde encontramos las más bellas historias personales. Hay emoción y hasta ternura en las memorias de los presos y los detenidos, cuando hablan de sus gestos de solidaridad dentro de las comisarías, en los cuarteles y en las cárceles. Siempre que lo pienso, me quedo perplejo ante la evidencia de la capacidad que tuvo aquel régimen nacionalista, españolista, fascista y, sobre todo, militarista y autoritario para crecer y transformarse, para ir refinando la dosificación de la crueldad. No obstante, me reconcilio con la naturaleza humana al escuchar las experiencias de apoyo mutuo de los presos políticos frente a sus carceleros franquistas.



5. Seminario de noviolencia del primer grupo de objeción de conciencia (Chodos, Castellón, 1968)

Leo documentos de aquellas épocas que me obligan a decir que yo no podría comulgar con ciertas formas de pensar y proyectar la revolución social; pero acto seguido me hace sentir bien conocer no sólo los hechos desgraciados sino la entereza, la dignidad, la gran calidad humana de muchas personas que se la jugaron en pueblos y ciudades, que fueron rebeldes y buenas personas luchando contra aquel liberticidio, desde la transgresión y en la clandestinidad o a veces abiertamente, con prudencia y valentía, dentro de los reducidos límites que encontraban; lanzando retos inteligentes y pacíficos a un régimen tan embrutecido como experimentado en

la represión. Muchas veces a uno le parece que, además de contribuir a la debilidad del régimen y de ir dejando clara su falta de legitimidad, lo más bello de la historia de la oposición al franquismo es comprobar que siempre hubo gente luchadora, cuyo talante abierto y afable no se correspondía con la desabrida letra de los idearios de sus partidos políticos.

5. Valencia 1967-1971: los primeros pasos de una objeción subversiva

A finales de los años sesenta las iniciativas abiertas, participativas y pacíficas (como las muchas de las Comisiones Obreras y del movimiento estudiantil) se enfrentaban a un futuro muy complicado. Parecía que después de décadas de dictadura, de tanto pelear con tanta imaginación como necesidad, renacía el tiempo de los duros. Que quizás sólo la fuerza podría ser la respuesta a la fortaleza del franquismo. Lo cierto es que no se pensaba en clave de no violencia. A muchos hubo de parecerles que no se vivía el mejor ambiente para las políticas «blandas», porque blandengues y ñoñas serían para los revolucionarios izquierdistas las estrategias basadas en las técnicas no violentas. Lo han sido hasta hace poco y podemos imaginar que, a finales de los sesenta, no estarían las cabezas ni los ánimos como para pensar por qué décadas antes y también en situaciones muy complicadas el famoso Gandhi había dicho que la no violencia es el arma de los auténticamente fuertes. No era ésa la cultura de la izquierda.

Dice Pepe Beunza que «era la época del Che Guevara, y la izquierda no estaba por el tema. Pero como también era el momento de Martin L. King, las propuestas y las técnicas de la no violencia no eran ideas mal vistas». Su objeción de conciencia podía, eso sí, granjearse cierta respetabilidad; pero, aunque se buscara desde el principio la mejor y más pedagógica de las relaciones con la izquierda española, tenía que nacer y crecer por sí misma y al margen de ella.

> *Cuando estaba en la cárcel me acordaba muchas veces de que fue en el año 1967 cuando me empecé a meter en aquel lío tan gordo. Con un grupo de amigos de la Universidad de Valencia formamos un grupo de apoyo a la objeción de conciencia y nos dedicábamos a dar charlas, a dar información. Era un tema tabú, completamente desconocido. Enviamos unas cartas firmadas de manera personal al Estado Mayor pidiendo el reconocimiento del derecho a la objeción de conciencia. No parece que aquello fuera todavía peligroso porque recibimos contestación dándonos esperanzas.*



6. Pepe Beunza, con Jean Claude y Paco, en un encuentro en la Comunidad del Arca (Francia, julio de 1967)

Aquel grupo participó en reuniones con objetores franceses, suizos y belgas. Era la única manera de estar al día y de empezar a hacer algo en España. Pepe Beunza comprometió muy pronto su palabra con esa opción desobediente. Se marchó a la vendimia de Francia y trabajó con objetores que le informaron, aconsejaron y alentaron a no hacer el servicio militar. El mentor de muchos partidarios de la desobediencia civil, el que acabaría siendo gran amigo de Pepe Beunza, era Lanza del Vasto (a quien Gandhi llamaba Shantidas). Había fundado en Francia la Comunidad del Arca. En sus campamentos de no violencia se formaron Pepe Beunza y los escasísimos promotores de la objeción de conciencia en el franquismo.

El Arca fue cantera de disidencias perdurables. Verbigracia, también ahí y después en las luchas contra el campo de tiro de Larzac empezó suandadura disidente José Bové, objetor de conciencia francés a finales de los años sesenta y hoy famoso campesino que dinamiza el movimiento internacionalista contra los efectos de la globalización (Bové hubo de conocer el llamado caso Beunza porque en una entrevista que publicó El País Semanal, el 8 de octubre de 2000, decía que a principios de los setenta ayudó
«a organizar el movimiento antimilitarista en España», de hecho afirma que estuvo «en alguna manifestación en las Ramblas de Barcelona para denunciar el encarcelamiento de jóvenes españoles que se negaban a hacer el servicio militar»).

Pero antes de que Bové y otros muchos jóvenes europeos acudieran a varias ciudades españolas a pedir la libertad de Beunza se tuvo que andar bastante camino, un trecho importante en la biografía de un joven. Se vivieron altibajos que podían haber truncado el proceso. Pepe, como suele ocurrir cuando se depende de organizaciones políticas que en realidad son experiencias juveniles, muy pronto se encontró solo. El grupo de Valencia prácticamente había desaparecido en 1969. No se lo pensó dos veces y, sin embargo, sopesó bien qué tácticas había que seguir. Hoy, porque es nuestra historia, agradecemos la feliz concurrencia de aquellos dos factores improvisados: acierto y singularidad. Con lo que escuchó en sus correrías europeas y con la experiencia que ya arrastraba ideó la forma de salir adelante y superar el bache.



7. Encuentro de noviolencia en Castellterçol (ermita de Sant Julià, Barcelona, donde participaría Lanza del Vasto (verano de 1968)

Lo que hice fue organizar un nuevo envío de cartas al Estado Mayor. Esta vez no contestaron, pero aquel texto me sirvió para poder empezar una nueva campaña de charlas. Iba a colegios mayores, a parroquias, iba a cualquier sitio de reunión donde la gente me quisiera escuchar, planteándoles la objeción pero también una pequeña

campaña de colaboración. Este panfleto iba firmado con mi nombre y dirección por dos motivos, porque nos parece (a los objetores y no violentos) que siempre que se pueda los panfletos han de ir firmados para dar seriedad a quien lo escribe y a quien lo lee; pero también era porque si un panfleto tiene vida propia y puede llegar muy lejos de mano en mano, con la dirección cualquier persona interesada tendría un sitio al que acudir para conectar conmigo y poder trabajar juntos. Y efectivamente, a partir de esta campaña tan sencilla surgió un grupo de unas diez personas en Valencia, dispuestas a trabajar por la objeción de conciencia y a ser el grupo de apoyo con el que podía ir preparando mi negativa a hacer el servicio militar.

Con todas las limitaciones que se puedan imaginar e incluso algunas más (las que resultaban del hecho de ser una temática rara e incluso ajena a la cultura opositora), lo cierto es que se comenzó a oír por Valencia que un aspirante a perito agrícola iba a hacer público un mensaje pacifista y de crítica al ejército y al servicio militar, demandando, además, el derecho a la objeción de conciencia y la organización de servicios civiles que promovieran la educación porla paz y la solidaridad. Lógicamente, también lo supo la policía.

Si hubiera dicho tales cosas amparándose en credos religiosos que, aunque castigados, nunca buscaron enfrentarse a autoridad ni Gobierno alguno; o si para difundir esas ideas hubiera usado las formas camufladas y clandestinas del momento, aunque era seguro que los ojos y oídos de un Estado policial con su tupida red de delatores y de buenos ciudadanos colaboradores hubieran cargado contra él, aquella proyectada disidencia habría sonado algo más «normal» y podría haber sido mejor encajada por parte de todos, tanto por el Gobierno como por las distintas culturas de oposición al franquismo. Claro que, en ese caso, seguramente tampoco hubiera tenido eco alguno. Hoy la recuperarían algunos historiadores cual si de algo excepcional y fuera de sitio se tratara. Pero no era nada de eso, y por eso mismo se escucharon sus ruidos hasta en las mismas Cortes franquistas, desatando un odio tremebundo y obstinado entre las filas de Blas Piñar y los ultras. Pero por lo que no se merece ser tratado como algo extraño dentro de las respuestas de oposición al franquismo es porque su continuidad y trascendencia son palmarias. Y su valentía innegable. Para entenderlo se hace necesario valorar históricamente la desobediencia de Pepe Beunza en relación a los comportamientos mayoritarios.

Miramos la atmósfera vital de la España de finales de los años sesenta y se nos presenta con demasiada relevancia la mancha de la conformidad. El hueso de las costumbres ya era tan grande que, después de tantos años de dictadura, el régimen y sus oportunistas y aprovechados lo roían creyendo que aquél sería un hueso siempre suculento e inacabable. Ya he dicho que también se puede ver, para nuestra satisfacción y con un algo de tristeza, con cierta decepción, a mucha gente luchando -varios miles de opositores es mucha gente porque su relevancia quedará para siempre iluminada al destacar sobre el tono gris de la docilidad mayoritaria-. Era una oposición sin frentes de lucha y las más de las veces emboscada, oculta del poder e igualmente de las mentalidades aquiescentes, de las mayorías de una España obediente.

Quisiera adjetivar la obediencia. No basta con decir que por aquel entonces en España hubo muchos partidarios de Franco más o menos entusiastas. En líneas generales, desde los tiempos de la guerra y de las grandes represiones exterministas, llevadas a cabo por los golpistas durante los años treinta y cuarenta contra las clases populares y los movimientos sociales y políticos republicanos y revolucionarios, se fueron implementando las distintas magnitudes de la conformidad; pero todas juntas, dándose alimento unas a otras: la apocada, aterrorizada y resignada caminó junto al conformismo interiorizado y al lado de ese otro que en realidad fue oportunista y colaboracionista. Ahora bien, si hurgamos en los paisajes concretos de la obediencia, en concreto en el que nos muestra la normalidad del cumplimiento del servicio militar obligatorio en el ejército (claro está, en el ejército franquista), entonces vemos cuán aislada y qué increíble suena la objeción de conciencia de Pepe Beunza en 1971, el año de la primera piedra del luego próspero movimiento de objeción de conciencia, el año en el que no

pocos, entre perplejos los unos y airados los otros, supieron del mensaje y de la actitud del primer desobediente; no de un rarocaso de objeción a las armas por imperativo divino (como los Testigos de Jehová), sino un caso (también raro, acaso más raro que ningún otro) protagonizado por un joven objetor al que conjusteza han de atribuirse otros adjetivos que califiquen mejor su compromiso consciente, de esos que por aquellos años, aunque con fuertes cacofonías, sonaban en todos los mentideros de oposición al dictador: Pepe Beunza era el primer objetor de conciencia que abiertamente desobedecía el llamamiento a filas apelando para ello a valores colectivos.

Cierto es que en principio y por diferenciarse de los Testigos de Jehová se dio a conocer como el «primer objetor de conciencia católico», pero las explicaciones que fue dando a quienes en aquella situación lo pudieron o quisieron escuchar, y las reflexiones que sus vivencias le hicieron tejer poco a poco, rápidamente convirtieron a Pepe Beunza en «el primer objetor político» de España -más aún con el correr de los años, porque su acción quedó por siempre adherida a la pequeña historia de una acción colectiva, la de la desobediencia civil-. Desde entonces quedó firmemente esbozado el perfil de una nueva figura política y de un nuevo sujeto cultural en el universo de referentes de la vieja cultura de las disidencias. El primer objetor católico se convertía desde el principio en un desobediente político, «no-violento», pacifista, antimilitarista, demócrata, libertario, izquierdista y también cristiano.



8. Pepe Beunza y otros antimilitaristas en huelga de hambre en solidaridad con los objetores de conciencia presos (Ginebra, mayo de 1970)

Fue un empeño utópico y asimismo una osadía, un soplo de aire fresco para algunos pero para casi todos un despropósito, incluso para las buenas y bienintencionadas gentes que luchaban; porque no pocos creyeron que aquella actitud era un vano martirologio con un mensaje ingenuo o confusamente utópico, sobre todo en una situación que requería más concreción antidictatorial, social y democrática. Muerto Franco e iniciada la transición democrática, durante años se escuchó a la izquierda revolucionaria decir que había que aprovechar la oportunidad de la mili con el fin de aprender el manejo de unas armas que luego sería inevitable utilizar para hacer la resistencia y la revolución; y que en todo caso lo más apropiado era aceptar que la mili fuera obligatoria para que así el ejército (con su larga tradición española de pronunciamientos y militarismos atroces) pudiera tener en su seno una suerte de contrapeso popular.

De su sueño dogmático e ingenuo despertaron muchos, pero lamentablemente los más (y los más poderosos, los que acabaron encarcelando a otros objetores, a los insumisos) siguieron creyendo en la bondad niveladora del servicio militar: un falso mito, ajeno a la tradición popular e incluso a la tradición de la izquierda hasta que, ya en el siglo XX, la izquierda no sabía ni lo que era. Y cuando otros, como los comunistas, tras el cruel fracaso de la campaña anti-OTAN en 1986, quisieron abrirse a nuevas formas de pacifismo, lamentablemente sólo llegaron a convertirse en partidarios de un ejército profesional. No era ni es ésa la base de la crítica antimilitarista que alimentaba la desobediencia de Pepe Beunza y la de miles de objetores e insumisos. Parece más que evidente que con la mili se llenaban los pesebres, las cuadras y las pocilgas del dictador; lo evidente sigue siendo que la mili educa en la resignación, la conformidad y el orden.

Entonces estaban en ebullición los planteamientos revolucionarios. Ya explicaré que Pepe Beunza escuchó muchos proyectos de revolución cuando estuvo en las cárceles, mientras debatía con sus compañeros presos. Ninguno de aquellos idearios rupturistas y futuristas tomaba en consideración el estudio y la preparación de técnicas de no-cooperación con un sistema dictatorial y, más ampliamente, con los instrumentos de la injusticia social. Casi todos hablaban de una inevitable revolución armada contra el sistema capitalista. Esto no es un reproche, pero sí una justa precisión.

La oposición entera estaba en otras coordenadas y la cultura resistente de la izquierda revolucionaria española, más aún con una situación de dura represión, estaba congelada, no se planteaba ampliar sus referentes (los insurreccionales de generaciones anteriores y otros más recientes). Tampoco era tan complejo comprender que la lucha armada parecía harto difícil de ser efectivamente apoyada y rentabilizada socialmente; sin embargo, nunca se otorgó naturaleza revolucionaria a la desobediencia civil. Lástima. Algo se hubiera podido conseguir, pero, desgraciadamente, imaginar lo que no pudo ser es sólo un ejercicio impertinente de historia virtual.

6. La lucha estudiantil y el adiestramiento del desobediente

La pertenencia de Beunza al movimiento estudiantil le aseguraba un plus de credibilidad entre mucha gente. Las luchas de aquellos años fueron un laboratorio para él, un campo de entrenamiento. Fue aprendiendo destrezas para luego ejercer una desobediencia responsable. Al igual que tantos otros, antes de que comenzara su odisea carcelaria como preso de conciencia, fue varias veces detenido y llevado a comisaría. Era un estudiante crítico y algo bregado en la oposición al franquismo. Su padre sabía que eso podía acarrearle problemas serios. Semejante temor hubo de sentir Daniel Beunza cuando, a la una de la madrugada de un día de enero de 1969, la policía se llevó detenido a su hijo Javier al confundirlo con Pepe. El respetable notario no se amilanó. El que otrora fuera joven combatiente carlista, aunque ahora estuviera muy cambiado, aunque fuera un hombre viudo que se sentía algo cansado y ya un poco viejo, protagonizó un fuerte encontronazo con los dos policías que irrumpieron en su casa. Entre otras cosas dicen que les dijo: «ni son horas de venir a detener a la gente ni se enteran de nada, porque seguramente no es a por Javier -que no ha hecho nada ni está en líos- a por el que les han mandado venir». Efectivamente, iban a por el de la barba, el que tenía pinta de pro-chino, a por Pepe Beunza. Aunque dolido y con la sensación de estar molestando a su familia, aquella breve y errática detención de su hermano le enseñó algo: que había bastantes posibilidades de seguir preparando su propia campaña de objeción. No parece que la policía tuviera por muy peligrosa la actividad de Pepe Beunza. De momento, sólo querían tenerlo controlado y comprobar que nada peligroso se llevaba entre manos.En enero de 1969 se había promulgado el estado excepción.

Pepe Beunza, tras el episodio de la detención de su hermano, se reunía en un bar valenciano al menos con otras quince personas, casi todas ellas pertenecientes al grupo de apoyo a la objeción, para preparar una «panfletada» que denunciara las muchas detenciones que se estaban practicando, lo que para él era «el descabezamiento del movimiento revolucionario en la universidad». Por un chivatazo, aquello acabó en desbandada, con palos y detenciones, y con Pepe Beunza en comisaría. Allí crecieron las pesadillas del miedo a la tortura. Una posibilidad que afortunadamente no se hizo real.

Ahora bien, al igual que ocurriría alguna que otra vez, aquel miedo, el chocante contacto con la imagen misma de los espacios del castigo, el olor de aquellas celdas obscenas, las amenazas, la marrullería, la necedad y la chulería de algunos policías o la perplejidad de otros servirían de preparación y entrenamiento a quien preveía que iba a conocer espacios punitivos mucho peores. Otra de las veces fue detenido junto a una chica, a la que dieron un susto de muerte. El joven Beunza, con su aspecto de rojo y sus raras costumbres, que por aquellos días aprendía técnicas que le ayudaran a controlar personalmente las situaciones de aislamiento y represión, pudo comprobar que una cierta estolidez acompañaba permanentemente a la brutalidad estructural de aquel Estado policial. Al mismo tiempo supo que sobre su lucha de objeción reinaba tanto desconocimiento y confusión que no era de temer respuestas que conllevaran una fuerte represión, al menos hasta que fuera encarcelado por los militares.

> *Me preparé bien para soportar la cárcel que se me venía encima. Aprendí a relajarme. Aprendí yoga, a tocar la flauta... y también me aficioné a hacer algunas cosillas de artesanía. Un día que me detuvieron a causa de una redada antiestudiantil, yo llevaba un macutillo y había comprado cobre para hacer anillos y pulseras. Nada más entrar en el coche de la policía me empezaron a registrar y... venga a salir hilos de cobre. ¡Pensaron que ya habían pillado al terrorista!... ¿Cómo que eso era para hacer anillos?, ¿anillos? Al rato, los policías estaban alucinados porque vieron que de verdad era para eso, puesto que ya había hecho una ristra de treinta o cuarenta que también llevaba encima. Pero vieron los panfletos que yo mismo había*

firmado y eso podía ser peligroso. Preguntaban: bueno, ¿y esto qué es? Estaba inspirado y contesté: pues esto es una campaña que hemos organizado, porque ya sabéis que yo no pienso hacer el servicio militar y que estamos luchando por defender el derecho a la objeción de conciencia, eso sí, dentro de una campaña legal, ya podéis ver que el panfleto va firmado, o sea que... si va firmado no es ilegal. Claro, los tíos se quedaron un poco desconcertados. También les chocaba el medallón que llevaba. En el medallón se veía un fusil partido con dos manos y una paloma de la paz.

Sus especulaciones sobre la legalidad del panfleto y la anécdota entera retrata de cuerpo entero a Pepe Beunza. Para explicar el significado de un conocido icono antimilitarista se soltó la lengua ante los policías y les comentó, como buenamente pudo, aspectos de una filosofía extraña y, a poco que la hubieran entendido, resquemante para ellos. Era como decirles en la cara que su oficio es propio de malas personas: rompamos los fusiles, desarmemos nuestras conciencias, hagamos innecesarias las armas, empecemos a desarmarnos por nosotros mismos... y acabarán la violencia y la injusticia, nadie será más que nadie. Quizás no percibieron con nitidez que, además de raro, el ideario pacifista del detenido estaba absolutamente en contra de lo que ellos estaban defendiendo profesionalmente, en contra de su «profesionalizada» obediencia al dictador militar, de sus porras, de sus pistolas, de sus calabozos, de sus instrumentos de tortura y de su terrorismo de Estado.

Por aquel entonces, noviembre de 1969, ya se sentía Pepe Beunza algo experimentado en cuestión de detenciones y estancias en comisaría. Ya no le hacían fotografías. Ya tenían su cara y sus huellas en una ficha. Se podía comportar con algo más de decisión. Incluso supo animar el rostro compungido de un compañero de Comisiones Obreras que también estaba detenido y solo. De todas formas, el miedo no se le iba y, si bien lo notaba amortiguado por la experiencia, siempre sobrevenía algún motivo para el temor; por ejemplo, cuando en un calabozo se encontró con otro detenido que le recordó y demostró que la posibilidad de la tortura o al menos de los malos tratos era más que cierta.

Aquel chaval estaba dolorido, me dijo que le habían dado cuatro patadas en los cojones que lo habían dejado seco.

Temía que le pudieran acusar por los panfletos. De hecho, cuando lo dejaron libre los reclamó y no se los dieron. Estaba claro que les interesaba el asunto, que iban a seguir sus pasos. Pero al final, en la comisaría, según recuerda Pepe Beunza, lo que parecía preocupar a los policías era que el joven detenido fuera con una larga bufanda y sin embargo no llevara calcetines, con el frío que hacía.

Les digo: «no los llevo porque pienso que los calcetines reblandecen los pies y esto hace que nos constipemos mucho más, porque los constipados más bien entran por los pies». Estoy comprobando este año si puedo aguantar sin calcetines, sólo con las sandalias, porque se me endurecen mucho los pies y se curte el cuerpo. ¡Qué caras! ¡Qué miradas! Dijeron que estaba loco. Bien, pero cuando llegué a casa habían registrado mi habitación. Todo eran molestias para mi familia. Menos mal que mi padre me habló claro y me dijo que si no quería llevar una vida tranquila y sin follones, cuando en casa no me faltaba de nada, que escogiera; y que si ya lo había hecho, que me atuviera a las consecuencias. Respetó y soportó mi elección.

Recuerda Pepe Beunza que incluso por aquel entonces se notaba la gran fuerza que tiene la no violencia. La suya era consciente y estratégica, pero la realidad es que la mayor parte de las luchas sindicales y estudiantiles y políticas adoptaron formas no violentas, incluso de desobediencia colectiva. Estas sensaciones, entre agradables e inquietantes, las sintió con mucha fuerza cuando en otra ocasión parecía que iban a detenerlo y en realidad pretendían interrogarlo. Ocurrió en las Navidades de 1970, en las fechas inmediatamente anteriores a su llamamiento a filas.

Los policías me preguntaron qué pensaba hacer con la mili. Les dije que me habían llamado para dentro de unos días y que acudiría pero para decir que me negaba a hacerla. ¡Qué caras de sorpresa y de despiste! No sabían qué hacer. Es maravillosa la fuerza de la no violencia y la desobediencia civil: les estaba diciendo que iba a cometer un delito y ellos no podían hacer nada para evitarlo. Sólo me podían obligar a hacer una declaración. Dije que era miembro de la Internacional de Resistentes a la Guerra y que mi declaración era la de esa organización: que me había comprometido a no cooperar con ninguna guerra y a luchar de forma no violenta contra cualquiera de las causas de las guerras; y que la mili era una de esas causas, porque suponía un aprendizaje para la guerra. Declaré que no iba a cumplir la obligación de realizar el servicio militar, pero no podían impedírmelo.

Su crítica pretendía ser sobre todo una llamada a la no colaboración de las personas y de los pueblos con las causas de las guerras y con la preparación de las mismas. Esa objeción -no lo olvidemos- apuntaba directamente hacia lo militar en tiempos de dictadura militar. Su refutación de la mili y sus propuestas de amable desobediencia, aunque con tintes que hoy creeríamos moderados y con unas reflexiones impecablemente, relacionadas con el Evangelio y hasta con algunas conclusiones del Concilio Vaticano II, sonaban entonces estridentes, a subversión, a antimilitarismo (y así resonarían durante mucho tiempo).

Pero no era eso lo peor: para que aquellos tímidos mensajes rupturistas se escucharan de verdad y con alguna fuerza, el estudiante valenciano (el muy loco, el muy valiente) anunciaba que desobedecería la orden de cumplir el servicio militar sin eludir la acción de las autoridades, pese a que con toda seguridad iban a encarcelarlo. Lo suyo era novedoso y chocante en España, no sólo por lo contraproducente que podía ser cuando además arreciaba la represión, sino porque estaba introduciendo lo más genuino de la desobediencia civil: la objeción de conciencia que implica consciente e individualmente a quienes ya son o pretenden ser partes de un colectivo y a la postre de un movimiento social transformador.

7. EL PRIMER DESOBEDIENTE CIVIL EN LOS CUARTELES MILITARES DE FRANCO

En 1971, los militares españoles no eran ni mucho menos profesionales meritorios ni generalmente miembros de una clase adinerada, aunque sí de una casta endogámica y privilegiada, dentro de la cual se reproducían como especie sociológica (más del setenta por ciento de los profesionales de la milicia eran hijos de militares). Dentro de ella nacieron, desde luego, muy pocos díscolos.

Era una casta cerrada y enclaustrada, con arcanos insoportablemente terroristas, que no dejaba a nadie mirar hacia dentro de sus dominios. Poderosa, mimada, inculta y peligrosamente armada, aquella ralea gozaba de grandes cosas, de esas cosas que mucha gente corriente no tenía. En sus manos favorecidas estaba casi toda la fuerza de la violencia simbólica que en cada momento histórico puede producir un Estado cualquiera, más aún un Estado cuya razón fundacional fue un crimen; un Estado liberticida, autoritario, tradicionalista, nacional-católico, militarista y con referentes fascistas. De su poder real y de sus funciones coercitivas nacían a la vez que la prepotencia su ridícula omnipresencia. Eran una coacción en sí misma. El papel del ejército ya no era tan directo en la estructura represiva del régimen, pero el normalizado y ensimismado desarrollo de un franquismo con orígenes golpistas había sido interiorizado por la mayoría del «pueblo», provocando auténtica asfixia a quienes tenían un pensamiento crítico y deseaban cambios o querían otras realidades.

Todos los datos estadísticos son fríos, pero algunos podrían servir de decorado gris y triste: sobre la inmensa escena no podría verse el ínfimo colorido de la objeción de conciencia que ejercía apenas un puñado de jóvenes heterodoxos a finales del franquismo. No se sabe cuál era el estado de la opinión de la juventud española hacia el servicio militar a la altura de 1970 y 1971; pero sí en 1975: en el número 60-64 de la Revista del Instituto de la Juventud se comentaban las recientes encuestas nacionales al respecto y se decía que en 1961 el 84,3% de los hombres y el 76,6% de las mujeres hacían suya la frase «merece la pena morir por defender la Patria». Al menos un 73,7% de los varones veía útil el servicio militar y no estaba de acuerdo en buscar formas de librarse de él (por esas mismas fechas, a comienzos de los sesenta, en Francia sólo un 41% estaba dispuesto a «arriesgar su vida por la Patria» en condiciones muy extraordinarias). De todas formas, esos indicadores irían cambiando desde 1961 a 1971, porque en 1975 un 51% consideraba que el servicio militar era útil y un 56% que merecía la pena morir por la patria. Con todo, no parece que hubiera mucho caldo de cultivo para que creciera la desobediencia.

La historia está llena de obediencias, pero en su devenir podemos ver, como altorrelieves, inmensas minorías aisladas de desobedientes e incluso movimientos que, llegando a ser mayoritarios o al menos relevantes, llevaron a mucha gente a desobedecer y a cambiar el orden de las cosas. Pero nuestra crónica se refiere a una época de límites claros para cualquier disidencia, a los últimos años de la larga dictadura de Franco. En ese tiempo de ordenamientos clarísimos y de un orden político-militar cuya opulencia se sobreentendía, Pepe Beunza practicó la desobediencia; formalmente puede decirse que la suya fue una más de las muchas desobediencias de muchos: reconforta imaginar que no poca gente desobedeció alguna vez alguna cosa, que no serán pocos los que hoy podrán recordar con orgullo que se sintieron o se vieron enfrentados a alguna normativa o costumbre fuertemente asentada en el franquismo.

Pero no es una cuestión de méritos lo que aquí se reivindica, es una historia que empezó en 1967 a elaborarse como se elaboran las verdaderas historias: viviéndolas. No es necesario que haga aquí una sesuda e impertinente defensa de la desobediencia como categoría política porque, como ya he dicho, tiene su nombre muy claramente adjetivado: la desobediencia civil. Pepe Beunza fue el primer desobediente que hizo carne esa desobediencia. Porque la defendió,

la anunció, la materializó y, en efecto, la protagonizó en enero de 1971. Porque dijo que iba a desobedecer y, con el miedo remangado, así lo hizo. Porque no sólo se negó a hacer el servicio militar en los ejércitos del dictador, sino que explicó en voz alta que ningún ejército podría ser nunca cristiano ni democrático ni socialista ni revolucionario ni civilizado.

No obedeció a Franco cuando desde sus oficinas de reclutamiento lo llamaron para que fuera uno de sus soldados. Muchos jóvenes, aunque los menos, tampoco iban, de una u otra forma eludían la contribución de sangre: se marchaban a otro país, se escondían, incluso se despistaban. Algunos otros acababan desertando y huían durante el tiempo que podían. Muy pocos, como los pocos que se enrolaron en estrategias de lucha armada, hicieron un pliegue con todos los riesgos vitales que la situación les proponía: la mili frente a la cárcel o quizás el paredón hubo de parecerles poca cosa a los militantes del MIL, de ETA o del FRAP, una cosa más a escamotear en la clandestinidad, como se sorteaba un simple pero peligroso control de carretera.

Además, desde tiempo atrás (desde que en 1958 lo hiciera Alberto Contijoch), con graves perjuicios para sus vidas y sus libertades, tampoco los Testigos de Jehová aceptaban cumplir el servicio militar. No desobedecían con conciencia de oposición ni al régimen ni a las estructuras militares de ayer o de hoy. No pretendían transformar esas situaciones ni enfrentarse al poder político. No apelaban a ningún tipo de pacifismo, sino que buscaban una exención de obligaciones militares por respeto específico a su neutralidad. Eran neutrales. Y sectarios. Querían, en todo caso, un estatuto especial. Sólo pretendían dedicar su vida a adorar al Altísimo Dios obedeciendo los mandatos de su ideario religioso. Pero sufrían en silencio, eso está claro; y fueron objeto de bufonadas, burlas crueles y torturas de parte de toda la canallesca que, en un momento dado y durante años de reclusión, podía concurrir en un ambiente a la vez carcelario y castrense.

En 1971 había 55 ministros de los Testigos de Jehová españoles privados de libertad por motivos de objeción religiosa. Fue ese año cuando Pepe Beunza y meses después Jordi Agulló, junto a unos pocos y muy aislados grupos de apoyo a la causa de la objeción de conciencia, denunciaban las violencias estructurales y señalaban a los ejércitos como agentes importantes en la cadena de causas de las guerras y las injusticias. Reivindicaban un servicio civil que luego otros, los insumisos, en otras coordenadas históricas, acabaríamos también rechazando. Sus mensajes de desobediencia, pacifismo y «no-violencia» llegaron hasta los oscuros órganos políticos del régimen, sin duda, amplificados por la realidad de un hecho: el «jovencito Beunza» -así lo llamaban Blas Piñar y los ultras que escribían en la revista Fuerza Nueva- se negaba a cumplir las órdenes que mayormente todo el mundo cumplía y utilizaba el castigo que eso le suponía para que se le escuchara más claro.

Ya he dicho que además de ser, como muchos otros, un estudiante comprometido en las luchas antifranquistas, con su objeción también luchó contra la dictadura (y de qué manera). Pero su lucha transcendía los límites de aquel tiempo y se dirigía no sólo contra un régimen sino contra una civilización armada y destructiva, a favor de una sociedad civil que dirimiera sus conflictos de forma no violenta. Por eso, su primera desobediencia alentó otras aspiraciones y energías que han continuado chocando con otras leyes y normativas, con «otros ejércitos» y con otras legitimaciones de la violencia y la injusticia, con otras propagandas de armas destructivas y otras coacciones reorganizadas y en buena medida aceitadas ya en tiempos de reforma democrática y de libertades políticas.

Pepe Beunza no era ni ha sido nunca hombre de densos pensamientos estratégicos, aunque las ideas o tácticas y todos aquellos novedosos métodos políticos fueran también los suyos propios. Ya he explicado que lo que él sabía decir sobre su peligrosa decisión -muy preocupante para familiares y amigos- lo había compartido con algunos puñados de jóvenes concienciados y

comprometidos que en Francia, Bélgica y otros países europeos llevaban mucho tiempo desobedeciendo a la conscripción militar o animando a la objeción de conciencia con fórmulas parecidas, aunque con discursos y hasta estrategias judiciales impensables en la España franquista. Pagó por no obedecer y así elevó su desobediencia a categoría en sí misma, en un ambiente en el que mucha otra gente y de mil formas y con graves riesgos también se oponía y hasta desobedecía al ogro del franquismo.

Hay que valorar en sus justos términos el valor de cada uno y lo que algunas actitudes supusieron de cara al futuro que hoy sabemos que llegó: por ejemplo, si por un lado hubo una oposición sindical que hizo huelgas y desobedeció a los patronos, emitiendo mensajes a veces muy claros no sólo para conseguir tal o cual reivindicación inmediata, sino pensando en la democracia e incluso en un modelo social más justo y solidario (o en el socialismo o en el comunismo o en el anarquismo); por otro, Pepe Beunza ejerció de desobediente para demandar un estatuto legal de la objeción de conciencia y también para reivindicar la desobediencia política en sí misma, su valor revolucionario y de no violencia, su eficacia libertaria, su carácter humanizador. A veces podría parecer que hablo con las ampulosas palabras de un libro de gesta, cual si esta historia fuera la crónica de un héroe aguerrido y temerario. No se equivoquen. Poco a poco se irá viendo que la valentía siempre iba acompañada de miedo, que Pepe Beunza fue un joven idealista que sufrió de verdad, que le asaltaron las dudas, que pasó por momentos en los que le crecía la incertidumbre, y que tuvo que asumir sus propios límites, las fronteras de su resistencia real, bebiendo incluso de la fuente de la humillación. Él era el primero, para abrir nuevos caminos y para abandonarlos, para buscar otros nuevos.

Aunque a muchos rebeldes del momento les pudiera parecer un tipo raro y acaso ensimismado en una lucha «que no tocaba», nunca estuvo en una urna de cristal. Tomó precauciones, pero su propia visión crítica y su buen carácter le ayudaron a contaminarse, a discutir sus propuestas con quienes fueron sus compañeros de cárcel, los del PCE, los de la CNT, los independentistas vascos y un largo etcétera de organizaciones o individuos con inquietudes críticas (incluso con militares tan abiertos como Julio Busquets, el que luego sería dinamizador clave de la Unión Militar Democrática).

Además de viajar y de reunirse para preparar el desarrollo de su desobediencia, además de aprender yoga y artesanía para ayudarse a sí mismo a soportar la privación de libertad, acudió a la consulta de dos psiquiatras con el fin de que a él no lo pudieran internar como tiempo atrás hicieron con Gonzalo Arias, tomándolo por loco (este auténtico apóstol de la no violencia fue encerrado en un manicomio porque venía usando la práctica de la desobediencia civil con métodos más que heterodoxos, manifestándose ilegalmente y reclamando elecciones libres en el Madrid de 1967).

Es plausible que toda la preparación de esa primera campaña de objeción de conciencia se sustentaba en dos ejes fundamentales: uno personal y otro político o social. El primer objetivo, el personal, pretendía a toda costa que Pepe Beunza pudiera vivir su sacrificio con fuerza y con moral, «que no se quemara» a lo largo de un cautiverio previsiblemente largo, que no saliera de la cárcel con el alma rota e íntimamente derrotado y sin ganas de volver a luchar y a difundir el ejemplo de su lucha. El segundo objetivo era político: intentar llegar al mayor número de gente y de asociaciones e instituciones (sobre todo europeas), así como a personas relevantes, artistas, intelectuales, obispos, etcétera, con el fin de implicarlos en la reclamación de un Estatuto de la Objeción de Conciencia y en la solidaridad con los presos de conciencia.

A principios de enero de 1971 iba a ocurrir todo. Acudir al cuartel y declararse objetor serían los primeros pasos, acaso los más duros. Por eso trabajó infatigablemente a lo largo de todo el año 1970. Viajó en una furgoneta por Europa, hasta llegar a Suecia, con un amigo suizo; recuerda que pasaron hambre y calamidad por el camino, pero encontraron todo tipo de

aliento. Regresó con el apoyo de la Comisión Internacional de Juristas, la Liga de Derechos Humanos de Suiza y contactos directos con la Asamblea del Consejo de Europa. En España recabó los importantes apoyos de Justicia y Paz y de Joaquín Ruiz Giménez. Por cierto que a punto estuvo de fracasar y de no conseguir la inestimable ayuda del director de Cuadernos para el Diálogo, cuando el conserje de la universidad avisó al señor Ruiz Giménez de que venían a verle «los de la Comisión Internacional de Turistas». Pero todo salió bien y Pepe Beunza siempre recordaría aquella entrevista por la impresión que le provocó, porque la comprensión y el apoyo de quien era ya un emblema de las reivindicaciones democráticas le hicieron ver que sus ideas tenían fuerza, tenían futuro. Se organizaron grupos de apoyo en Madrid y Barcelona, además del de Valencia y otro que surgió en Alcoy, al socaire de la intención de Jordi Agulló de objetar meses más tarde.Durante las Navidades de 1970, en San Cugat, treinta personas se reunieron y se comprometieron a apoyar la campaña de Pepe Beunza: con él en la cárcel tomaría cuerpo la reivindicación de un Estatuto de la Objeción de Conciencia. Había gente dispuesta a hablar con políticos, con gente de Iglesia y con periodistas. La ayuda de Justicia y Paz sería vital para que el asunto pudiera llegar a las altas esferas del régimen. Y sobre todo había ya cinco personas que aseguraban estar dispuestas a participar y ayudar en la organización de una larga marcha de pacifistas europeos, que saldría de Ginebra con la intención de llegar hasta la prisión que albergara a Pepe Beunza (o al menos hasta la frontera española), para llamar la atención de la opinión pública internacional y presionar al Gobierno español en materia de presos deconciencia y de represión del derecho a la objeción. No cabía la duda: Pepe estaría en la cárcel.

8. ENERO DEL 71: EL VÉRTIGO DE LA DESOBEDIENCIA

¿Qué sentimos cuando desobedecemos? ¿Cómo vivimos los momentos previos de una negativa cualquiera, cuando nos imaginamos -no sé- la actitud que va a tomar el padre, el profesor, el policía, el jefe o cualquier otra reencarnación humana de la autoridad? Pepe Beunza se despidió de su familia, de su familia numerosa, y salió de su casa, de su casa burguesa y tranquila, a las cinco de la mañana del 12 de enero de 1971, sabiendo que lo que iba a hacer le podía mantener en la cárcel unos cuantos años. Como muchos otros jóvenes llamados a filas, él tenía que acudir al Centro de Movilización y Reemplazo de Valencia para desde allí ser trasladado a un cuartel de cumplimiento del servicio militar obligatorio. Pero tenía muy claro que lo suyo sería muy distinto. Eso mismo era lo que le punzaba en el alma, lo que le hacía sentir tristeza y vértigo, como un run run en el estómago, y un cierto temor en las entrañas.

> *Iba sobrecogido. En aquel momento no sabía cuántos años de cárcel me esperaban pero para mí era entrar en un pozo sin fondo del que no sabía cuándo podría salir. Además, el año 1971 empezaba siendo ya un año de fuerte represión, de lucha muy dura y por nada te jugabas el tipo. Recuerdo que con el corazón encogido iba haciendo el camino que tantas veces había hecho para ir a la universidad, en coche, en moto, andando y últimamente en bicicleta (había descubierto que ése era el mejor medio de locomoción de Valencia). Al atravesar el puente que cruza el Turia fue como dar un salto hacia lo desconocido, porque justo al terminar el puente ya estaba el cuartel.*

Allí le dieron el petate. Pasaron lista y escuchó después una perorata atroz sobre las leyes militares. En la mili se empieza aterrando a los reclutas. En unos camiones fueron todos trasladados al hospital militar y, después de los exámenes y análisis médicos, subieron otra vez a los camiones y llegaron al cuartel de Paterna.

> *En el camión, el sentimiento de rebaño era patente y terrible. Éramos muchos y todos con la sensación de imbecilidad completa. Nadie sabía qué tenía que hacer allí, ni por qué estábamos, pero todos habíamos acudido: bueno, supongo -y lo dicen las estadísticas- que algunos no acudieron porque estarían en el extranjero, o escondidos, o tal vez despistados.*

Estaba muy cansado. Quizás la tensión de esos momentos lo dejaba tirado, pero también se sentía agotado por el ajetreo de los últimos tiempos, por todo lo que hubo de hacer para preparar su propia campaña de desobediencia. Pero apenas pudo relajarse. Pronto llegó el primero de los momentos en los que tenía que explicar su postura. Cuando le dijeron que se probara la ropa ya tuvo que decir que no se preocuparan demasiado por las tallas, que no pensaba vestirse con ella.

Desde el cuartel los llevaron al Centro de Instrucción de Marines, a unos 30 kilómetros de Valencia, se supone que para pasar allí tres meses de entrenamiento. Muy pronto encontró amigos, compañeros de la Universidad que nada más verle sintieron que algo extraordinario iba a pasar, pues conocían la decisión de Pepe Beunza. Él no quería que todo sucediera de forma tensa, pretendía «no hacerse el chulo» frente a los militares. Tenía miedo a lo imprevisible, a no saber cómo podían reaccionar aquellos tipos engalonados y gritones. Un amigo de la Escuela de Ingenieros Agrónomos que estaba cumpliendo las prácticas de milicias universitarias como alférez se lo facilitó. Habló con otro alférez para que de una forma discreta se lo comunicaran al capitán. Cuando le fueron a dar el uniforme sucedió todo conforme lo había previsto su amigo. Como quiera que los Testigos de Jehová ya eran conocidos por esas mismas cuestiones nadie reaccionó con violencia y, de momento, ni siquiera con malos modos. Ya estaba dicho. Escuchó cómo se iban los demás a que les enseñaran a distinguir estrellas y galones. Cooperó en tareas de limpieza, pero no pudo evitar sentirse marginado. Su muy desarrollado y cultivado

instinto de grupo le jugó una mala pasada. Ya había dicho no, ya estaba formulada su desobediencia, pero no podía evitar una sensación contradictoria: automarginarse, en parte, le dolía.

Los compañeros empezaron a mirarme, a preguntarse, a quedarse muy extrañados. Lo comenté a los de mi módulo y estaban un poco asustados, se preocuparon por lo que me podía pasar. Ya les dije que me iban a encarcelar.

Muy pronto lo arrestaron. El capitán le dijo que si persistía en su actitud le tenía que leer varios artículos del Código de Justicia Militar que hablaban de un posible delito de desobediencia y de condenas de 6 meses a 6 años. Eso ocurrió dos veces. Pepe Beunza respondió que seguía y seguiría negándose a hacer la mili; y luego, en la segunda advertencia, añadiría que aunque le leyeran esos artículos doscientas veces había madurado mucho su objeción a las armas. Entonces llegó la pregunta esperada y ahí, en ese momento, la objeción de conciencia que ya había sido formulada se convirtió en lo que podríamos decir el primer acto de desobediencia civil al servicio militar español:

El capitán me preguntó que si era Testigo de Jehová. Le dije que no, que era objetor de conciencia no violento y que, además, mi religión era la católica.

Tenían enfrente un caso distinto a todos los anteriores. ¿No-violento? ¿Estará loco? ¿No será un revolucionario con ganas de follón? Era un mal español. Un mal católico. Ningún recluta católico español había dicho nunca nada similar. ¿Quién era de verdad aquel chico y qué tenía en la cabeza para decir esas cosas? De momento, arrestado; y muy pronto, a coger sus trastos y al calabozo. Avisó a su familia por carta de que todo había salido según lo previsto. El grupo de apoyo y la gente que se movilizaba por la causa de la objeción empezó a moverse. Pepe Beunza se inició en el conocimiento de una de las facetas más oscuras y a la vez cruelmente estúpidas del ejército: las condiciones de vida y el régimen de los calabozos. De todas formas, observó también que su postura incitaba al respeto, incluso entre algún que otroauxiliar que se había comportado de forma chulesca e insultante con los reclutas mientras les cortaban el pelo y empezaban a enseñarles instrucción militar.

El calabozo tenía una entrada terrible y entrar en él era más terrible todavía. Un pasillo con celdas a cada lado, vamos, que me recordaba a la Jefatura de Policía de Valencia. La celda era muy pequeña, de tres por dos metros; no tenía ni luz ni agua, y sólo había un ventanuco de unos veinticinco centímetros. Ya tenía yo una bolsa preparada desde antes de salir de casa para cuando llegara este momento. Allí tenía algún libro, la flauta, las cosas de aseo... Cerraron la puerta, me sentí como un león enjaulado, dando vueltas, nervioso. Me senté en el suelo y me tranquilicé.

Lo metieron con un soldado. Enseguida se puso a hablar con su nuevo compañero: un tío curioso, muy simpático; había sido maletilla y tenía una gran afición al cante flamenco. Estaba allí porque había chocado con un escaparate yendo en coche. Era analfabeto y tenía ganas de aprender. Muy pronto organizaron la convivencia y la cooperación.

Yo podía enseñarle a leer, pero él tenía una gran sabiduría de la vida y de aquel sistema. Nos hicimos un horario y empezamos a funcionar: hacer ejercicio para soportar el frío, jugar a las damas (como siempre me ganaba, se llenaba de alegría); cantar (yo le acompañaba y armábamos buenos jaleos, vamos, que hasta los de la guardia se asustaban); y un par de horas de clase para leer y hacer cuentas.

El resto del tiempo, mientras que el soldado preso no paraba de cantar flamenco, Pepe Beunza lo pasaba tocando la flauta, haciendo yoga, leyendo y escribiendo. Aquel preso de conciencia pensaba en lo que podía estar ocurriendo fuera, con su familia y con los amigos de la campaña

de objeción, pero en lo que más empeño tuvo que poner fue en acostumbrarse al frío y a las duchas frías de enero.Con todo, lo que en realidad más le impresionaba era el efecto que la situación de los presos provocaba en el ambiente cuartelero. Todo estaba fuera, en la celda no había nada. A todos los sitios tenían que ir acompañados de dos, tres y hasta cuatro soldados con fusiles ametralladores en mano: a ducharse (después de correr mucho para entrar en calor), a disfrutarde las escasas dos horas de paseo en el pequeño patio de los calabozos y también al comedor.Ahí, yendo a comer entre varios guardias armados -«como si en vez de al desayuno se tratara de ir al paredón»-, se provocaba un espectáculo impresionante para ellos y para la tropa, y para los compañeros universitarios de Pepe, los que buscaban como el aire cualquier sonrisa decomplicidad del amigo que les tranquilizara.

Nosotros íbamos de paisano y toda la guardia y todo el mundo de uniforme. Las caras de mis amigos parecían sentir una gran opresión y yo les enviaba algún gesto para que vieran que estaba animado, que estaba fuerte. Entonces, llegábamos al comedor. Nos sentábamos y al final de la mesa se quedaban los soldados de pie con el rifle. O sea, que aquello era un verdadero espectáculo. Recuerdo que yo disfrutaba mucho porque veía a toda la tropa mirándonos mientras que nosotros comíamos tranquilamente, comiendo como si fuéramos los reyes. Los soldados estaban tensos. Recuerdo que un día uno se acercó a mi oído y me dijo:
¡oye!, que yo soy uno de los tuyos, que yo pienso igual que tú, lo que pasa es que... Yo le dije: vale, vale, no te preocupes, cada uno tiene que hacer lo que cree que tiene que hacer y en el momento que crea oportuno, otros momentos habrá, hombre.

También se encontró con algunos otros guardianes que parecían buenas personas y no querían tener líos. Y con soldados que se le acercaban para escuchar sus argumentos contra la mili: algunos decían «claro, claro, lo que tú has hecho lo tendríamos que hacer todos». Pero la delación es cosa habitual en las instituciones cerradas. Pronto llegó a los oídos de los oficiales este tipo de conversaciones. De esa guisa se puede explicar que ambos detenidos fueran separados y sometidos a un régimen de aislamiento absoluto. Sin embargo, lo que más podía enervarle era la actitud autoritaria de algunos soldados y su filosofía de suma obediencia al sistema. Escuchó advertencias que provocaron su preocupación y le obligaron a discutir y a defender su posición como desobediente a la injusticia militar.

Algunos guardianes me decían: si te escapas te pegamos un tiro para que no nos metan un puro a nosotros. Me sublevaba. A uno de esos le contesté: «entonces, tú eres un fascista, tú eres capaz de matar a tu padre o a una persona cualquiera que no haya hecho nada por el simple hecho de que alguien te lo mande o porque alguien te haya metido miedo; con gente como tú todos los dictadores podrían hacer lo que quisieran». En fin, que se cabreaban porque veían que no nos asustábamos. Yo argumentaba pero mi compañero, cuando oía esas cosas, les decía hijos de puta, cabrones... Después nos separaron y prohibieron a la guardia que hablara con nosotros.

Fueron días muy duros para un joven tan activo, tan callejero, que ahora estaba encerrado y controlado todo el santo día. Además, lo terrible era otra incertidumbre: imaginar que lo llevarían a la cárcel Modelo de Valencia le provocaba asaltos de todo tipo de miedos, los racionales y los irracionales: «los malos tratos, las peleas, los follones, la homosexualidad, etcétera». Por eso encontró mucho apoyo en su compañero preso, porque fue éste el que le informó de lo que se encontraría en una cárcel civil y le aseguró que en la Modelo iba a estar mucho mejor.
Y así fue transcurriendo el tiempo de su primer reto. Ganaba confianza en sí mismo y fijaba más su voluntad de no derrumbarse. Un día lo llamó el capitán al despacho. El mando escuchó los razonamientos antimilitaristas del objetor y se quedó convencido de que Pepe Beunza significaba para el ejército un conflicto novedoso y singular, la actitud subversiva de individuo

peligroso para el Estado y el orden social. Le repitió varias veces que a la patria debíamos servirla todos.

> *Yo le replicaba que había muchas formas de servir a la patria, a la sociedad; que todo depende de qué entendemos por patria: hay una patria para los ricos y una patria para los pobres, la miseria no tiene fronteras, si uno es ciudadano del mundo todo el planeta es su patria. Además, defender la patria con cañones sólo crea más problemas sociales. En fin, yo planteaba respuestas sobre todo orientadas por las filosofías de la no violencia, porque no quería politizar demasiado mis respuestas, no quería que me tomaran por un revolucionario y que se desviara la atención política de mi desobediencia; o sea, la crítica no violenta de los ejércitos y la defensa del derecho a la objeción de conciencia y denunciar la represión de los presos de conciencia. Y, por qué no decirlo, tenía miedo a que mis antecedentes de lucha estudiantil pudieran alertarles y que me hicieran pasarlo todavía peor. Me empezó a espetar ese tipo de preguntas que suelen hacer los que no saben cómo justificar la existencia de los ejércitos y la preparación para la guerra: «¿y si violan a tu madre?». «Bueno -le decía, tal cosa es una cuestión límite, pero no me dirá usted que por el miedo a que puedan violar a mi madre debo llevar una pistola, aprender a matar y sostener un ejército». «¿Y si nos invaden?» -me insistía-; y yo le expliqué lo que sabía sobre la resolución pacífica de los conflictos entre países y la ayuda solidaria a los pueblos que sufrían miseria y explotación -me tuve que reprimir para no decirle que era Franco el que había invadido al pueblo.*

Pepe Beunza, siempre escoltado cuando salía de su reclusión oscura, fría y aislada, observó un día la aberración de las clases de instrucción. Los reclutas, al mando de un veterano igualmente joven, iban corriendo y desfilando al grito de derecha, izquierda, uno dos, uno dos... Recuérdese que en el fondo le dolía su automarginación, pero en ese momento no la sintió. Se notaba aliviado al verse fuera de aquel trajín de locos. Si él hubiera tenido que estar una mañana tras otra con el dichoso «uno dos, uno dos, derecha, izquierda, alto» -se decía el objetor encarcelado-, seguramente hubiera acabado en muy mal estado de degradación moral y se sentiría un miserable.

> *Yo creo que esto está incluso explicado en los manuales de instrucción de los marines americanos: la instrucción militar no sólo te rebaja la dignidad al estar sometido a los gritos incesantes de otro persona que te manda cosas ridículas, de lo que se trata es de crear reflejos, crear hábitos de obediencia que vayan anulando tu capacidad de respuesta personal. La costumbre de obedecer se va haciendo una norma y del uno dos, derecha izquierda se pasa al apunten y disparen, ¡fuego!. Todo va unido, y así después pueden hacer los mandos lo que quieran con sus máquinas humanas, pueden hacer que los soldados disparen contra los padres y amigos o que lo hagan contra una manifestación de obreros que piden justicia. Los yanquis lo tienen claro, lo han demostrado en Vietnam; así han convertido un país bellísimo en una verdadera mezcla de chatarra, ruinas y cenizas.*

Todo esto que estoy relatando, lo que con la viva voz de Pepe Beunza estamos repasando a partir de decenas de documentos de su archivo personal y, sobre todo, de los recuerdos que dejó grabados hace años (con algunas valoraciones que más recientemente le he ido pidiendo y sonsacando), lo último que estoy narrando, en realidad, fue lo que ocurrió durante unos días. Pronto pudieron ir a visitarlo sus padres y hermanos. Pronto le llegó el auto de procesamiento y supo que tenía que acostumbrarse a lidiar con ese lenguaje despolitizado, abstruso y mendaz, con esa jerga jurídica llena de eufemismos que desvirtuaban todo aquello que de buena fe le había llevado a desobedecer al ejército y a reivindicar con su sacrificio un estatuto de la objeción de conciencia. Pronto lo llevaron esposado a la cárcel Modelo de Valencia. Pero antes

de que cambiara su situación carcelaria ocurrió algo que desde la distancia histórica imagino lleno de relevancia, de osadía y de futuro. Afectaba a su religiosidad. Ya por aquel entonces, con el desarrollo de las teologías liberadoras, alguien podría haber dicho: ¡Que Dios confunda y perdone a quienes bendicen y dan justificación religiosa a los militarismos!

> *Llegó el domingo y yo dije que quería ir a misa. No me la quería perder, sabía que era una ceremonia muy llamativa. Y allí que me llevaron escoltado por los guardias. Efectivamente, qué parafernalia: un altar en lo alto, muchos mandos, esposas de militares... y yo apartado, entre soldados con fusiles ametralladores, notando que era blanco de todas las miradas. Cuando llegó el momento de comulgar dije que quería hacerlo. Los soldados me dijeron que si quería comulgar me tenían que acompañar. Cuando acabó casi todo el mundo me acerqué, subí al altar, con el tío del mosquetón pegado a mis espaldas hasta que bajamos los dos juntos. Fue una cosa impresionante, la gente estaba con la boca abierta. Al parecer nadie hacía eso. Y yo disfruté creando esas contradicciones, dejando también claro, con la imagen de mi ejemplo, que para mí el cristianismo no era compatible con lo aparatos militares y la enseñanza de la guerra.*

Una tarde, sin previo aviso, deprisa y corriendo, con las esposas bien apretadas y con varios fusiles ametralladores apuntándole, una bandada de la Policía Militar se lo llevó a la cárcel Modelo. Debían pensar algunos que se trataba de un revolucionario peligroso y que por eso lo trasladaban como se conduce a los psicópatas más agudos, resistentes a la medicación. El vértigo que sentía dentro continuaba y parecía no parar, a una desazón seguía otra y otra, encadenadas.

9. EL LUGAR DE UN HOMBRE JUSTO ESTABA EN LAS CÁRCELES DE FRANCO

Entró allí -recuerda- «con una terrible sensación de soledad y de acojono». Pero al mismo tiempo se autoafirmaba. Y por eso resistía. Tenía en la cabeza la campaña pública que se había previsto poner en marcha nada más fuera encarcelado. Sabía que en la calle había gente reuniéndose, hablando con personalidades y con entidades que podían colocar el problema en las agendas políticas del régimen; sabía que ya se estaba denunciando su situación en los medios de comunicación europeos. Pero la cárcel desnuda física y mentalmente. El ritual degradante de registros, cacheos, desnudos, huellas, fotos, etcétera, vacía la cabeza y hace que estés a la expectativa, escrutando todo lo que tienes cerca y, sin embargo, no sabiendo ni pudiendo ver lo que hay detrás de tantas y tantas puertas cerradas. La prisión, paraiso de los cropófagos, es la tumba de las fragancias. Lo primero que destaca de la cárcel es el olor, no sólo «el cantar de los tigres» (las espantosas letrinas siempre atestadasy sucias), sino el repelente hedor que te saluda al entrar, una pestilencia generalizada y espesa que trastorna y deja yerta a la pituitaria más generosa y transigente. Pero muy pronto te acostumbras. Lo importante es abrir los ojos. Estar alerta.

Al principio en la celda y después en el patio y en la galería conoció a los primeros compañeros presos: un retrato de las criminalizaciones sociales y políticas de la época, algunas de todas las épocas civilizadas. Aunque venía de peores calabozos, enseguida conoció las puercas condiciones de habitabilidad de la cárcel civil, los toques de corneta, el continuo abrir y cerrar y golpear de puertas, los horarios rígidos, los recuentos, la entrevista con el maestro, la entrega del catecismo por parte del capellán, las ladillas y su picor horrible en los testículos, los exámenes médicos y las vacunas; en fin, la peor de las obscenidades en los más pequeños detalles, el embrutecimiento, la infantilización y la alienación. Piense el lector que vamos a recorrer con nuestro protagonista varias etapas carcelarias, por eso no me voy a extender en todo lo que cuenta Pepe Beunza sobre cada cárcel en particular. Sólo diré que casi todos los males que acabo de relacionar los notó desde el principio.

> *A los que estábamos «en periodo» (las celdas que se ocupan antes de entrar en las galerías), nos servían la comida dentro de la celda y, claro, como no nos habían dado cuchara tuvimos que comer como si fuéramos perros. Claro que no fue a propósito. Era un despiste, pero esos despistes y muchos otros forman parte de toda la estructura carcelaria; toda la miseria de la cárcel forma parte de un complejo concepto que incluye el edificio y su régimen de vida interna: un ambiente que va destruyendo poco a poco a las personas, que las van deprimiendo. Guardar tu dignidad significa hacer esfuerzos grandísimos, controlar las ansiedades y los pensamientos, soportar la maldad del sistema y sus humillaciones, mantenerte en tus cabales, con tu personalidad, y luchar por pequeñas cosas, cosas que allí son grandes e importantes, como una cuchara, poder afeitarse sin miedo a las infecciones, tener una comida digna, sin gritos ni órdenes ni mala leche. Está claro que en prisión conviene pensar en cosas agradables, organizar tu tiempo, escribir cartas, mantener el contacto con la calle. Desgraciadamente, también conviene estar alerta.*

Nuevamente, lo chocante. Los compañeros preguntaban. No entendían por qué ir a la cárcel en vez de ir a la mili. Otra vez a explicarlo, aunque lo hiciera a gusto. Otra vez argumentando, hablando de las necesidades de la juventud o de los peligros del militarismo y de la carrera de armamentos. Otra vez leyendo a la gente lo que le había escrito al mismísimo capitán general.

> *En esa carta me explicaba con suma moderación, no quería ir provocando. Para mí hubiera sido más sencillo decir: pues mire señor, no voy a la mili porque no me sale de los cojones, porque no me parece nada atractivo perder quince meses de mi vida en un cuartel, amargado, aburrido, obedeciendo órdenes absurdas de hombres a los que no*

conozco de nada. Un joven tiene cosas más divertidas y formativas que hacer. Pero no, alegaba razones éticas, religiosas, políticas... Tenía que justificar lo que era evidente. Es evidente que lo que llamamos civilización es un modelo social injusto y violento, que los ejércitos ayudan a que eso siga así, y que una sociedad menos neurótica que la nuestra no enviaría a los jóvenes a un sitio cerrado a aprender a matar.

En la cárcel lo peor de todo puede ser la soledad. El silencio, el aislamiento, la incomunicación, el no tener amigos o nada que compartir con los otros presos eran motivo de una casi segura depresión que podía machacar a un joven dicharachero como él, aunque Pepe Beunza casi siempre logró sortear ese tipo de peligros carcelarios. No hizo ascos al ambiente. Se mostró muy refractario a soplones y chivatos (los grandes beneficiados, los miserables que recibían el premio del poder por su servilismo y ruindad). También observó con preocupación el submundo de la homosexualidad encarcelada y muchas veces mal entendida (la del abuso de los presos mayores hacia ciertos presos jóvenes y menores). Pero se relacionó mucho, aprendió grandes cosas que le iban a servir durante todo su largo periplo carcelario, escuchó a algún Testigo de Jehová y asimiló sus experiencias, ayudó a muchos analfabetos a redactar instancias y quejas, y sobre todo se hizo muy amigo de un grupo de hippies que fueron trincados con marihuana y LSD.

El espectáculo del patio era realmente curioso. Hay que imaginar cómo podíamos estar más de cien personas, todas sentadas o apoyadas en la pared o paseando sin rumbo. Podía hacerse insoportable. Había que idear algo porque cuando el tedio dominaba llegaban los follones y las peleas. Se organizaban carreras a la pata coja que eran divertidísimas, se jugaba a los dados, a veces jugándose el peculio (los cartones que sustituyen al dinero dentro del talego) y, por eso mismo, apostando a alguien para que avisara si venía un funcionario («para que diera el agua»). A veces todo acababa mal. La cárcel es una olla a presión, vuelve loco al más pintado o ayuda a que los locos se desesperen y hagan disparates: normalmente goteaban los grifos y en el silencio de aquellas largas noches apenas se podía encontrar el sueño; también estaba el preso que gritaba por los noches o el que durante el día se dedicaba a golpear una piedra sin parar -«toc, toc, toc, toc...»- y desesperaba hasta a los sordos. Y con historias como ésa se tensaba el ambiente, se ponía peligroso. Recuerdo que un día a uno que estaba verdaderamente enloquecido le dio por coger las bolas de la petanca en mitad del patio y por empezar a gritar
«al que pille lo mato»: tiraba bolas para todos lados y, claro, el patio se quedó vacío. Cualquiera iba a cogerle. El funcionario tuvo que esconderse y al final, ya tranquilo, le pusieron una inyección.

Pepe Beunza era el primer preso por objeción no violenta. En la Modelo sólo pudo hablar con un Testigo de Jehová. Durante esa temporada no hubo casi ningún preso político en su galería, o sea, ninguna comuna en la que se pudiera implicar. Sólo en una ocasión entraron Bernardo y Antonio, dos compañeros de la universidad que fueron detenidos por difusión de propaganda ilegal (panfletos) y que, por eso, habían sido condenados a un año de cárcel. Después entraron a terminar una vieja condena varios obreros (la mayoría de la empresa Astilleros Elcano) que fueron detenidos en la manifestación ilegal del 1º de Mayo en 1967. Con todos ellos formó Pepe Beunza una suerte de seminario en el que discutían de problemas sociales y políticos. Con prudencia, pero con sumo gusto. Fueron momentos felices dentro de la prisión. Pepe Beunza se consideraba también un preso político. Tenía grandes diferencias con sus compañeros porque la mayor parte pertenecían al PCE y «no eran nada antimilitaristas»; pero se llevaba estupendamente con ellos y siempre procuraban que el trabajo político se centrara en asuntos concretos que unían a la gente en vez de discutir acerca de lo que nos separa por motivos ideológicos.

La Modelo de Valencia era un prisión mala para los presos políticos porque, como no había continuidad, las conquistas de pequeños derechos o mejoras se acababan cuando llegaba la libertad o se trasladaba de prisión a la gente. Todo volvía a empezar de nuevo. Además, los políticos estábamos divididos por las distintas galerías y era muy difícil el contacto. En otras prisiones estaban todos juntos y era fácil organizarse.

Cuando pudo organizarse con algunos presos políticos su vida cambió, y sobre todo se elevó su ánimo. Pero en líneas generales, durante esta primera etapa de cárcel tuvo que relacionarse con los presos sociales, lo cual no era problemático pero le hacía sentirse, lógicamente, un poco más extraño, aislado de sus propias referencias ideológicas y de sus gustos socioculturales. No obstante, también aprendía de aquella realidad. Sabía valorarla. Se mostraba dispuesto a hacer algo útil. Habló con el maestro y se prestó a dar clases de alfabetización, algo que ya había hecho en los barrios valencianos. Poco a poco se fue adaptando. Consiguió unos cajones, un flexo y otros utensilios para hacer de la celda un sitio cómodo en el que poder estudiar alguna asignatura de la carrera que tenía pendiente de examen. Además, estaba tan en contra del espectáculo militarista y fascista de las misas dentro de la prisión que consiguió convencer al cura y a otro preso para renovar las canciones del coro (Bob Dylan, los Beatles, Simon y Garfunkel, etcétera).

La misa era un montaje. Todos los presos de pie, como enjaulados y a distancia, una distancia que era a la vez física y espiritual. El cura y las autoridades allá, lejísimos, haciendo ceremonias que parecían trucos. El sacerdote decía «el Señor esté con vosotros» y yo oía contestar a los presos «y con tu puta madre, cabrón». A veces se oían esas cosas en un tono un poco alto y los funcionarios se ponían muy nerviosos, pero era imposible saber quiénes habían dicho semejantes «blasfemias». ¡Qué manera tenía la Iglesia de estar cerca de los presos! Con qué claridad se veía que la representación de la Iglesia en la cárcel estaba asimilada al poder y en contra de los presos y los represaliados. La mayoría de los que estaban allí encarcelados tenían una historia de explotación, injusticia social, miseria y humillaciones a sus espaldas. Daba vergüenza ser católico.

En la cárcel se engordaba porque la comida era abundante y con mucha grasa. Era muy importante hacer ejercicio. A duras penas, desde la ventana de la celda se podía ver un trozo de la calle. Sentía profundamente estar separado de Emilia, el amor de aquellos años: le había dicho que hiciera su vida porque no sabía cuándo acabaría aquella odisea, pero la echaba de menos. Aunque Emilia estaba en el grupo de apoyo y recibía sus cartas y sus mensajes clandestinos, pensar en ella, desearla, no tenerla, no poderla tener, le dolía. A veces se ponía triste y se tumbaba en el patio para no seguir viendo paredes, para poder ver el cielo, las nubes o los pájaros, y para pensar en cosas bonitas e imposibles.

La sensación de incomunicación era brutal. Sólo se recibía un periódico derechista de Valencia y llegaba a veces censurado, con recortes, con agujeros en las noticias más interesantes. Tampoco dejaban tener una radio. El único aperturismo permitido era el de las dos visitas semanales de familiares de primer grado y alguna que otra autorización especial, que se podía conseguir, para recibir a ciertas personas que quisieran ver al que ya empezaba a ser conocido como preso de conciencia con ideas pacifistas y no violentas. Aquel invierno y aquella primavera hubo actos de protesta en algunas ciudades francesas, se colocó una pancarta en París con la leyenda «Liberté Pepe Beunza», se ocuparon oficinas de turismo en Nueva York, hubo manifestaciones en Bélgica, en Alemania y en otros países, además de envíos de cartas a la cárcel de Valencia.Imposible enumerar aquí la cantidad de acciones de solidaridad que se sucedieron más allá de las fronteras españolas. Amnistía Internacional cumplió un papel importante y trascendente: el grupo de Holanda apadrinó «a José Luis Beunza como preso de conciencia». De forma muy aséptica se comenzó a publicar en España alguna cosa sobre Pepe Beunza. Poco a poco fueronapareciendo noticias en algunas revistas. Fue un goteo incesante.

Mucha gente se empezó a interesar por él. El director de la Modelo y los carceleros se sorprendían cuando comprobaban que eran bastantes las cartas que llegaban desde el extranjero y siempre dirigidas al mismopreso.



9. Una de las acciones internacionales de apoyo a Pepe Beunza en Notre-Dame de París (28-3-71), que coincidió en el tiempo con la ocupación de la oficina de la UNESCO (19-20 febrero) y poco después de la oficina de turismo española (23 abril) en París, así como con una manifestación delante del consulado español en Bruselas (20 de febrero), de la embajada española en Londres (20 febrero) y una manifestación en la oficina española de turismo de Nueva York (23 abril), entre otras.

10. UNA MARCHA INTERNACIONAL

Fue el 21 de febrero cuando cobró gran fuerza la campaña de apoyo a Pepe Beunza: comenzó la marcha a pie desde Ginebra con la idea expresa de llegar hasta la prisión de Valencia para decir que mucha gente estaba de acuerdo con el objetor que allí tenían preso, y para reivindicar su libertad o que a todos los marchistas se les encarcelara con él. En una dictadura tales cosas son subversivas, y está clarísimo que en todo caso eran una muestra valiente de desobediencia civil. Claro, de esa guisa, aquel preso no se derrumbaba -al contrario, a veces creía tener alas-, aquel desobediente estaba muy animado. Al régimen, endurecido hacia dentro, le preocupa mucho lo que se decía en Europa.

> *Se escogió Ginebra porque era la sede de la ONU y del Tribunal de los Derechos del Hombre y porque era un país que tampoco tenía reconocida la objeción de conciencia. Una acción directa no violenta en España no hubiera durado ni media hora (de eso ya tenía experiencia Gonzalo Arias). Pero la marcha la encabezaban cinco españoles, lo cual, sabiendo todo el mundo cómo se las gastaba Franco en sus comisarías y cárceles, impresionaba en Europa. Aquellas cinco personas admirables se la jugaron de verdad.*

En total salieron quince personas. Eran hombres y mujeres de varios países. Daban la cara cinco españoles con nombres y apellidos, dispuestos a llegar hasta Valencia, lanzando un reto desobediente y no violento a la Dictadura: Mara González, María Angeles Recasens, Lluís Fenollosa, Santiago del Riego y Gonzalo Arias. Con ellos iban varios amigos de la comunidad del Arca. Por los sitios que pasaban hacían ruedas de prensa y otras actividades.



10. Marcha internacional de Ginebra a Valencia en apoyo a Pepe Beunza (febrero de 1971)

También repartíanuna carta de Pepe Beunza. Cuando el día 11 de abril llegaron a la frontera ya eran unas 700 personas. Entraron en filas de tres y en silencio por Bourgmadame, asustados, impresionados e impresionando a la gente que fue a apoyarles, a los curiosos y a la prensa. Al llegar al punto de la frontera española los cinco españoles que encabezaban la marcha fueron detenidos por la policía franquista. Los demás se sentaron en el puente internacional y continuaron la protestade forma simpática pese al miedo y la emoción, hasta que la policía cargó brutalmente. A aquellos cinco desobedientes les llegaron a fijar una petición de condena de entre seis y doceaños: concretamente a Gonzalo Arias, al que consideraron organizador e

instigador, le pedían once años de cárcel. Por una acción pacífica se les aplicaba el mismo artículo que a un acusado de espionaje. Pero nadie pudo evitar que el asunto de la marcha y de su represión quedara reflejado en la prensa europea. Los castigos ayudaron a difundir más y mejor la primera campaña de objeción.

Surgieron más grupos en otras ciudades. Aunque pocos, otros jóvenes iban a seguir muy pronto el camino de Pepe Beunza. Y la polémica llegaría rápidamente al mismísimo Consejo de Ministros y a las Cortes franquistas. Incluso pasó a ocupar el precioso tiempo de los académicos. En marzo de 1971 la Real Academia discutió sobre si debía decirse «objetores de conciencia» u «objetantes de conciencia». Rechazó la palabra «objetores». Sobre ese asunto escribió Don José María Pemán en la Gaceta Ilustrada del 11 de abril de 1971 un artículo titulado «La guerra y sus objeciones», un texto que políticamente más parecía un desvarío retórico y confuso que un pensamiento digno de ser calificado como tal (viniendo de un académico de la lengua, acaso lo más aprovechable sea la distinción que hacía entre objetores de conciencia y Testigos de Jehová). En cuanto a la palabra «objetante» hay que recordar que tuvo un éxito momentáneo. En esos años algunos medios de comunicación hablaban de Pepe Beunza y de otros objetores diciendo que eran «objetantes de conciencia». Después acabó olvidada y desterrada del vocabulario sociopolítico. Actualmente sigue en el diccionario («objetante» es aquel que objeta). Pero también está la palabra «objetor», sinónimo de «objetante». Es más, al explicar sus posibles acepciones, la Real Academia sólo habla de una: «objetor de conciencia». Esta historia de dos palabras ilustra el proceso de una nueva propuesta de participación política que tuvo que ir abriéndose camino desde 1971.

Pepe Beunza compensó bastante la carencia de comunicación recibiendo visitas de su abogado y amigo José Antonio Noguera, un defensor de causas justas en la Valencia de aquellos años de plomo: con él empezó a perfilar su defensa, pero el problema era que su delito de desobediencia estaba relacionado con lo militar y por eso mismo tenía que buscar un abogado militar.

> *Los militares creen que por el hecho de ser militares ya tienen formación jurídica. Me parecía una burla pero estaba en ese engranaje. Vino a verme el juez instructor y me indicó que buscase un abogado militar. Le contesté que estaba condenado de antemano, que no tenía escapatoria y que me daba igual. Por eso me pusieron un abogado de oficio, uno que no conocía de nada, que seguramente no estaba de acuerdo conmigo y que a lo sumo se había leído el Código de Justicia Militar en quince días, y que en todo caso no podría jamás ponerse chulo en un consejo de guerra.*

Además, el peligro no era solamente ser condenado de seis meses a seis años sino que después tendría que volver nuevamente a hacer la mili y otra vez a desobedecer, en una cadena de condenas y vértigos. Una perspectiva tan dura, hacerse a la idea de un largo camino de muchos años de cárcel, desalentaba a posibles objetores, creaba una imagen nebulosa de las posibilidades de la desobediencia civil. Sonaba a martirologio y, lo que es peor, a una casi segura posibilidad de descontrol de la campaña política, demasiado dependiente de la inmensa capacidad del objetor para soportar el sufrimiento. Claro que tampoco sería fácil por el momento diseñar otras posibles salidas, algo que, dentro de aquellos estrechos márgenes dictatoriales, permitiera a los objetores políticos llevar algún tipo de iniciativa y no ser meros objetos de represión al albur de los procedimientos penales. Sobre estos asuntos nadie se aclararía hasta que más adelante Pepe Beunza decidiera soportar el batallón disciplinario en el Sáhara, lo cual pondría fin a la cadena de castigos carcelarios.

Estaba claro que a él le correspondería andar ese otro posible camino, aunque de momento, a comienzos de 1971, todo lo que estaba ocurriéndole era muy semejante a lo que ya conocían los Testigos de Jehová. La interminable recurrencia de castigos había demostrado su eficacia muchas veces, desde 1958, con los seguidores de esa confesión religiosa, sin que eso hubiera provocado reacciones políticas ni tampoco mensajes reivindicativos de sus más directos

sufridores. La aberrante situación jurídica que sufrían como respuesta acabó por inquietar a algunos expertos en justicia militar que demandaban una solución específica. Pero, políticamente, los dóciles testigos no preocupaban nada.

Sin embargo, ahora, con el caso Beunza, los militares (también el juez instructor) habían demostrado nerviosismo. El capitán que hacía las veces de juez estaba preocupado. Fue a verle varias veces para tantear el terreno. En no pocas ocasiones Pepe tuvo que cortar el rollo al magistrado -su machacona tabarra mezcla de interrogatorios y afirmaciones persuasivas- y recordarle que él era un objetor no violento, con ideas claras y contrarias a las funciones insolidarias y destructivas de los ejércitos. Tuvo que decirle que no se creía la teatralidad de sus actuaciones jurídicas.

> *Le dije al juez: «Mire, la ley que usted está defendiendo es injusta. Estoy aquí preso y no voy a seguirle el juego». Y el juez me replicaba: «Claro, usted lo que quiere es hacerse famoso, porque ya es usted bastante conocido y demasiada gente habla de usted». Yo le respondía con preguntas: «¿Y no cree que estoy pagando demasiado caro el precio de esa fama?, tenga en cuenta que me están haciendo famoso ustedes por tenerme preso, pónganme en libertad, no encarcelen a más presos de conciencia, y se acabarán esas famas que tanto les preocupan». Pero, en fin, se notaba que toda la mentalidad del totalitarismo franquista estaba dentro de aquel uniforme. El juez no me entendía muy bien, sólo quería amortiguar en lo posible mi actitud y, de paso, enterarse de qué iba a hacer el primero de los objetores que no era Testigo de Jehová. Se notaba su preocupación por el hecho de que estuviera sonando el asunto en Europa, algo le tenían que haber dicho desde esferas más altas.*

Pepe Beunza se tenía que preparar en serio para afrontar el consejo de guerra, porque podía llegar en cualquier momento, porque a veces avisaban sólo con media hora de antelación, y porque, en el hipotético caso de que se supiera la fecha, tenía que hacerlo saber y que trascendiera para que, tal y como estaba previsto, se organizaran protestas en varias capitales extranjeras y una huelga de hambre en la misma Valencia. Finalmente supo que el consejo de guerra se celebraría el 23 de abril de 1971, precisamente el día de su cumpleaños.

11. EL PRIMER CONSEJO DE GUERRA

La policía se llevó aquella mañana a Pepe Beunza con sus cuatro cuartillas. Llevaba cuatro hojas en las que había escrito lo que pretendía ser su discurso de defensa, sobre todo su mensaje a favor de la objeción de conciencia y de reivindicación de un estatuto legal que pusiera fin a la situación de represión que se vivía. Recuerda que hasta los policías se quejaban de su situación y de la del país; pero, cuando les preguntó que por qué reprimían a quienes protestaban contra el régimen, se excusaron diciendo que de algo tenían que vivir.

En el Gobierno Militar le quitaron las esposas. Había bastante gente por la calle y no pocos conocidos y amigos. Intentó saludar. Respiró con alegría un cierto ambiente de buen ánimo entre la gente. Tan sólo unos días antes había llegado la marcha de Ginebra al punto en el que fue reprimida. El día del consejo de guerra y durante tres días doce personas de varios países empezaron una huelga de hambre en una iglesia valenciana. Esa mañana aparecieron carteles en la universidad. En la Facultad de Filosofía se hizo una asamblea para informar y para publicar denuncias del consejo de guerra a Pepe Beunza. No estaba mal: la campaña política, dentro de todas las limitaciones, funcionaba. Y él estaba muy fuerte. Pudo estar un ratito con su familia y con Emilia. Pudo sentirse mejor que nunca pese a los nervios.

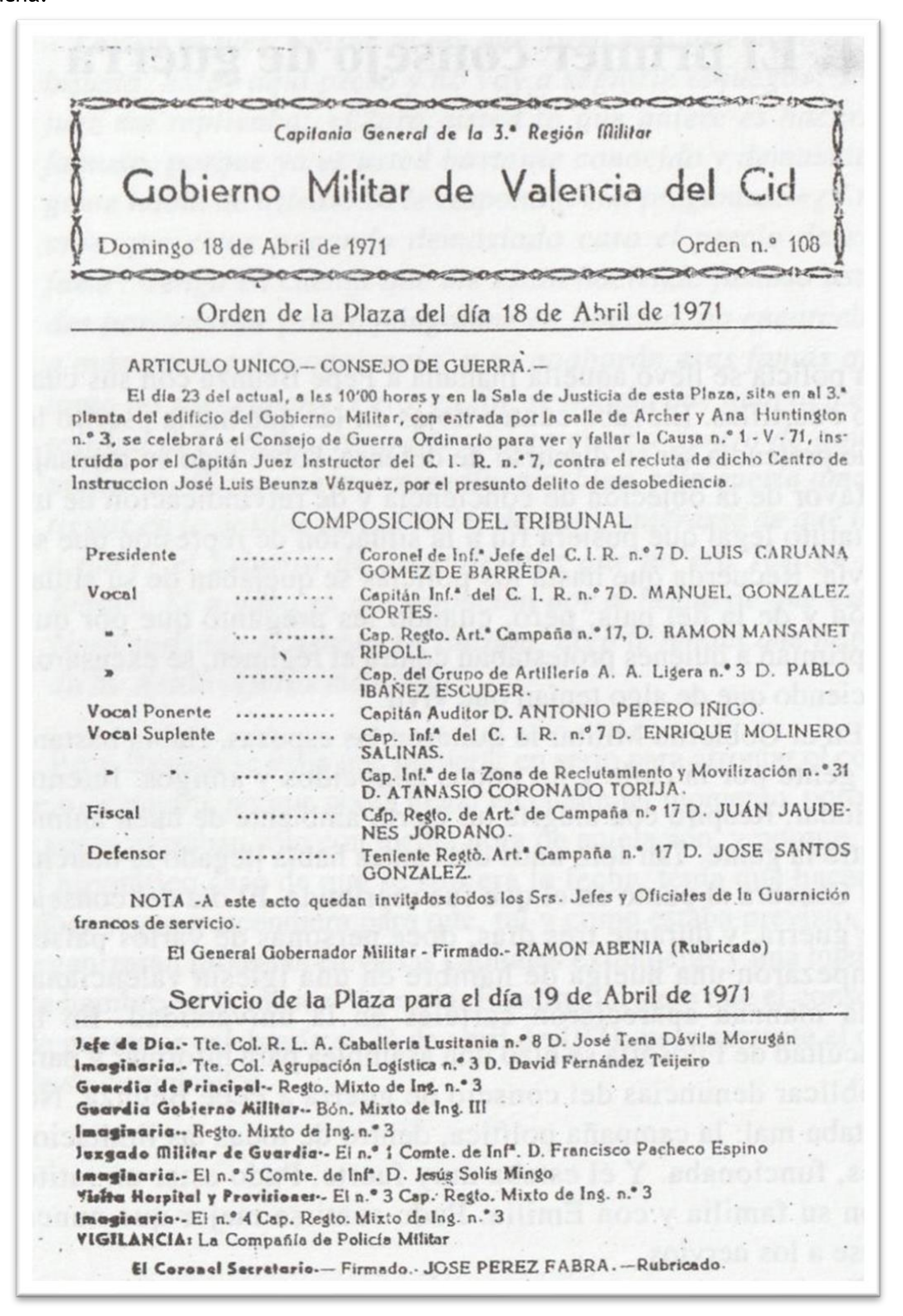
Empezó muy pronto el consejo de guerra. El fiscal vino a decir que estaban ante un sujeto peligroso, pero fue agradable ver que su abogado de oficio se prestaba a leer el escrito de defensa que había preparado su abogado amigo. Al final, cuando le dijeron que si tenía que alegar alguna cosa podía hacerlo, Pepe Beunza se levantó y empezó a leer.

> *Apenas empecé a explicar que yo era un objetor de conciencia no violento, cuando les dije que por pensar así me habían tratado como a un asesino... me cortaron; el presidente dijo que todo eso parecía un artículo de prensa, pero que en una sala de justicia militar no se podía decir. Luego, con corrección, se acercó a darme la mano y me dijo que me felicitaba porque era un hombre muy valiente a la hora de defender mis ideas, que si me iba a condenar era porque tenía que cumplir con la ley militar. Le dije que era necesario cambiar las leyes injustas, y él me respondió que el ejército era la llave de España y que había que mantenerlo para mantener a España. Era increíble, cómo funciona la obediencia, cómo se justifica. De todas formas, lo mejor es que pude estar una hora con Emilia y con mi familia. Después me dijeron la sentencia: condenado a un año y tres meses por delito de desobediencia.*

No le dejaron leer su discurso pero el escrito circuló por la calle, pasó de mano en mano y clandestinamente se difundió desde Valencia a muchos sitios y por fortuna a muchas conciencias. Era moderado pero más que subversivo para la situación. Pepe Beunza no hizo una crítica de la conscripción militar al estilo de la que unos años antes realizó Jean Van Lierde en Bélgica, denunciando la mili como un aprendizaje del asesinato y un laboratorio de anestesia de conciencias, pero lo que entonces decía Pepe Beunza estaba inspirado en aquellas ideas de no violencia revolucionaria. Usaba textos de tipo religioso, frases del propio Papa y del Concilio Vaticano II que, no obstante, chocaban con el imaginario mismo de un ejército heredero de la Cruzada de 1936 y enervaban a la caterva de ultras y fundamentalistas del régimen.

> *En fin, aquel día pensé que si los militares no fueran tan peligrosos me darían pena. Lo que pasa es que son realmente peligrosos. Pueden sacar los tanques a la calle y hacer mucho daño, pero allí... en el consejo de guerra, detrás de un gran crucifijo, siete tíos mayores sentados en un punto elevado de la sala, con sus uniformes de gala y sus sables, estaban tan ridículos... haciendo teatro del malo y creyendo que así servían a la patria. Te podrían dar con el sable o con el crucifijo, pero lo peor es que se lo creen, se creen su teatro y se creen justificados para ejercer la violencia, por eso son peligrosos.*

Otra vez, pero ahora ya como condenado, volvía esposado a la prisión. Ya sabía que no todo eltiempo iba a estar en la Modelo, que a partir de entonces tenía plazos aquella primera fase de su desobediencia. Pero seguía con la fuerte preocupación de la previsible cadena de condenasque le esperaba en su futuro próximo: condena, cárcel, otra vez la mili, otra vez la desobediencia, otra vez la condena, la cárcel, la mili... ¡hasta que cumpliera 38 años! No seríanada fácil sortear ese tormento. Se había metido de lleno. Tendría que resistir todo lo que pudiera. La campaña iniciada con él debía continuar mientras no fallaran las fuerzas, pero de momento él era la única medida de aquella lucha.



Capitanía General de la 3.ª Región Militar

Gobierno Militar de Valencia del Cid

Domingo 18 de Abril de 1971 — Orden n.º 108

Orden de la Plaza del día 18 de Abril de 1971

ARTICULO UNICO.— CONSEJO DE GUERRA.—

El día 23 del actual, a las 10'00 horas y en la Sala de Justicia de esta Plaza, sita en al 3.ª planta del edificio del Gobierno Militar, con entrada por la calle de Archer y Ana Huntington n.º 3, se celebrará el Consejo de Guerra Ordinario para ver y fallar la Causa n.º 1 - V - 71, instruída por el Capitán Juez Instructor del C. I. R. n.º 7, contra el recluta de dicho Centro de Instruccion José Luis Beunza Vázquez, por el presunto delito de desobediencia.

COMPOSICION DEL TRIBUNAL

Presidente	....	Coronel de Inf.ª Jefe del C. I. R. n.º 7 D. LUIS CARUANA GOMEZ DE BARREDA.
Vocal	....	Capitán Inf.ª del C. I. R. n.º 7 D. MANUEL GONZALEZ CORTES.
»	....	Cap. Regto. Art.ª Campaña n.º 17, D. RAMON MANSANET RIPOLL.
»	....	Cap. del Grupo de Artillería A. A. Ligera n.º 3 D. PABLO IBAÑEZ ESCUDER.
Vocal Ponente	....	Capitán Auditor D. ANTONIO PERERO IÑIGO.
Vocal Suplente	....	Cap. Inf.ª del C. I. R. n.º 7 D. ENRIQUE MOLINERO SALINAS.
» »	....	Cap. Inf.ª de la Zona de Reclutamiento y Movilización n.º 31 D. ATANASIO CORONADO TORIJA.
Fiscal	....	Cap. Regto. de Art.ª de Campaña n.º 17 D. JUÁN JAUDENES JORDANO.
Defensor	....	Teniente Regtò. Art.ª Campaña n.º 17 D. JOSE SANTOS GONZALEZ.

NOTA -A este acto quedan invitados todos los Srs. Jefes y Oficiales de la Guarnición francos de servicio.

El General Gobernador Militar - Firmado.- RAMON ABENIA (Rubricado)

Servicio de la Plaza para el día 19 de Abril de 1971

Jefe de Día.- Tte. Col. R. L. A. Caballería Lusitania n.º 8 D. José Tena Dávila Morugán
Imaginaria.- Tte. Col. Agrupación Logística n.º 3 D. David Fernández Teijeiro
Guardia de Principal.- Regto. Mixto de Ing. n.º 3
Guardia Gobierno Militar.- Bón. Mixto de Ing. III
Imaginaria.- Regto. Mixto de Ing. n.º 3
Juzgado Militar de Guardia.- El n.º 1 Comte. de Infª. D. Francisco Pacheco Espino
Imaginaria.- El n.º 5 Comte. de Infª. D. Jesús Solís Mingo
Visita Hospital y Provisiones.- El n.º 3 Cap. Regto. Mixto de Ing. n.º 3
Imaginaria.- El n.º 4 Cap. Regto. Mixto de Ing. n.º 3
VIGILANCIA: La Compañía de Policía Militar

El Coronel Secretario.— Firmado.- JOSE PEREZ FABRA.—Rubricado.

11. Primer consejo de guerra, orden del día.

12. Si todos los hombres son mis hermanos, los rebeldes son mis compañeros

Ahora sí, ahora ya era un sentenciado, un penado. Ahora iba a la misma cárcel pero a otra galería, a la tercera de la Modelo, a encontrarse con muchos amigos presos políticos que rápidamente lo acogieron en su comuna.

> *Ya estábamos todos juntos y era mucho más agradable. Comíamos juntos en una celda. Traían comida las mujeres; a ésas sí que había que hacerles un homenaje de verdad: unas ollas de arroz al horno o de all i pebre que vamos... de lo mejor, y no eran para su marido, no, era comida para todos, para nueve. Prácticamente no comíamos del rancho. Siempre nos traían algo y muy bueno. Cada uno fregaba cuando le tocaba. En el patio estábamos juntos y de tertulia. El ambiente era mucho más tranquilo y agradable, olvidé la tensión de la otra galería. Qué cantidad de anécdotas. Que si haciéndonos un cuchillo a partir de una cuchara, que si a mí me enviaban avellanas y, como no podíamos cascarlas, las tirábamos contra el suelo y venga a tirarlas y a correr detrás de ellas, todos a cuatro patas por el suelo buscando avellanas... En fin, había condiciones duras, faltaba de todo, es difícil que lo imagine alguien que no estuvo, pero también pasábamos ratos muy agradables, había gente luchadora y de una gran calidad como personas, siempre me acordaré de ellos y de lo que aprendí de ellos.*

Claro, la familia de un preso también está un poco presa. Tu gente no tiene la culpa, no tiene por qué pagar tus compromisos políticos o del tipo que sean. Hay que trabajar con ellos el porqué de tu sacrificio. Pepe Beunza se había preocupado de preparar a su familia para cuando llegara el momento. La verdad es que muchos jóvenes de entonces tenían a veces más miedo a sus padres que a la policía y por eso procuraban evitar ciertos compromisos. Pepe comprobó cómo lloraban algunos padres delante de algún Testigo de Jehová porque no les había avisado y no lo entendían, sólo vivían el sufrimiento. En cambio, el padre de Pepe siempre le decía: «¿Cómo estás?, ¿aguantas bien? No te hagas el chulito, si no puedes seguir lo dejas, pero si aguantas y estás fuerte le vamos a dar una lección a todos estos papanatas».

El problema de la objeción era ya efectivamente un problema. Salpicaba. Por ejemplo, al director de la revista del Colegio Mayor El Verbo Divino de Pamplona, por haber publicado artículos a favor de la objeción, cuando fue a hacer las prácticas de milicias como oficial de complemento, lo degradaron. A otro amigo que se había manifestado en Toulouse a favor de los objetores españoles, cuando vino a hacer la mili le sacaron una fotografía de la manifestación y le hicieron la vida imposible.Fue entonces cuando llegó la maravillosa noticia que ya he comentado en otro capítulo. Pax Christi concedió a Pepe Beunza el Memorial Juan XXIII: «por su contribución ejemplar a la causa de la paz y por simbolizar en su conducta el testimonio de todos los objetores de conciencia».Pero seguidamente, lo que más animó al primer objetor fue que aparecieron más objetores deconciencia con filosofías no violentas y con mensajes críticos hacia el militarismo: en mayo deaquel año 1971, Jordi Agulló fue a la Marina de Cartagena, se declaró objetor y fue condenadoa tres años (en la prisión naval pasó toda su condena).

> *Según la jurisdicción, según la capitanía... en fin, según sus arbitrariedades, si estabas en un sitio o en otro, te condenaban a una pena o a otra. Normalmente, en la Marina condenaban a tres años. El amigo Jordi siempre estuvo preso en régimen militar, mientras que a lo mío le esperaban otros regímenes de castigo.*

Pepe Beunza aprendió mucho en la cárcel. Aprendió a solidarizarse rápidamente cuando entraba algún grupo de presos por obra y gracia de la represión policial en la universidad. En ese caso había que actuar con rapidez: muchos llegaban heridos por la tortura y había que

animarles, conseguirles mantas, libros, comida, juegos, ropa, etcétera. Eso mismo es lo que ocurrió cuando el 1º de Mayo de aquel año detuvieron a todo el comité provincial universitario del PCE. Con ese ambiente politizado no sólo aprendió canciones nuevas y se divirtió provocando con las letras a los funcionarios sino que también tuvo que discutir y defender sus posiciones ideológicas. Y además, fue creciendo su crítica personal a las formas institucionalizadas de la religiosidad católica.

> *A mí, poco a poco, se me fueron hinchando los huevos con respecto al cura de la cárcel y todo lo que se relacionaba con él. Era ya una posición más global. Esto venía de lejos. Incluso antes de negarme a hacer la mili fui a ver al arzobispo de Valencia, vi sus fotos con Franco y comprendí que yo estaba muy al margen de aquella fotografía, que la Iglesia está con el poder. Le hablé al arzobispo de mi visión del Evangelio y de cómo de ahí sacaba ideas sobre la objeción de conciencia. No entendió nada, entre que era sordo y que no quería oír... me dio una carta de recomendación para un amigo suyo del cuartel. Salí de allí y rompí la carta.*

Pero Pepe rompía algo más que una carta. Estaba rompiendo con la Iglesia de su infancia y juventud. Por eso se explica que fuera a ver al cura de la Modelo a decirle que su labor era nefasta y que al final escribiera incluso una instancia en la que decía que, como católico, «no quería participar en aquella blasfemia». A partir de entonces ya no iba a misa, se quedaba leyendo en la escuela con los presos políticos hasta que terminaba aquel oficio religioso preñado de parafernalias vacías e hipócritas.

> *En el fondo, ir a misa tenía una carácter obligatorio, si no lo hacía debías justificarlo a través de una instancia. Los presos políticos no acudían y cada vez se iba alejando más y más gente. El cura estaba algo asustado. Mi instancia le sentó fatal.*

La arbitrariedad de las normas daba pábulo a una caótica distribución de las actuaciones funcionariales: había carceleros muy humanos, pero la mayoría oscilaban entre los que a veces se endurecían y los que siempre eran muy reglamentaristas. No pocos líos internos surgieron por esos motivos tan imposibles de controlar y de prever. No obstante, lo que sí recuerda Pepe Beunza cual si hubiera sido el pan nuestro de cada día en la prisión es la ansiedad que creaba la posibilidad de que el régimen franquista concediera gracias e indultos a los presos. Era una llave en manos de la autoridad política para gestionar la sumisión y el orden interno. Ahora bien, al mismo tiempo, las decepciones colectivas podían poner la olla al rojo vivo. Había grandes posibilidades de tensión. Incluso de motín. De hecho, un mal día estalló el motín. En fin, muchos eran las factores que podían provocar el estallido de un conflicto total, las propiamente internas y las que dependían del aparato judicial y político del franquismo. Pepe Beunza vivió una de las peores situaciones que pueden darse dentro de una prisión. Reconforta saber que tanto él como los del PCE (los presos que lo eran por motivos ideológicos, por luchar por ideales de justicia social) estuvieron a la altura de las circunstancias.

> *El motín surgió en la galería de menores. Los más jóvenes son la parte más caliente de la cárcel. Los menores vivían en condiciones infrahumanas, nadie se ocupaba de ellos. Ocurrió precisamente un día que estaba un jefe de servicios legalista y peligrosísimo, de los que imponía a rajatabla la ley y el orden sin flexibilidad alguna... Por la noche estaban los menores viendo la televisión y uno de ellos empezó a hacer música con un peine y un papel de fumar. El funcionario lo encerró en la celda y el chico se cabreó y abrió el grifo del agua. Al cabo de un rato caía el agua por la galería. Subió el jefe de servicio y, al parecer, le pegaron y se lo llevaron a las celdas de castigo. Ahí se rompió todo. Los menores empezaron a chillar, se subieron a las celdas y empezaron a tirar los colchones, las palanganas y los platos; tiraban las tapas de los waters a unas velocidades tremendas y peligrosas. Entonces entraron los funcionarios para intentar meter a algunos chicos en las celdas de castigo. Uno de los funcionarios recibió un tremendo*

golpe en un ojo con una de las tapas voladoras que luego le hizo perder totalmente la visión del mismo. En fin, el motín se ponía grave. Los metieron en celdas por grupos, a duras penas, con violencia.

Los presos mayores no se enteraron de nada hasta la mañana siguiente. De hecho, entre rumores, por la mañana se repetía el follón. Volvían los funcionarios a usar la fuerza para reducir y encerrar a algunos jóvenes. Los presos políticos se reunieron enseguida para ver qué podían hacer. Consiguieron comunicarse con los menores y decidieron convocar una asamblea en el patio, lo cual ya era una osadía, una ilegalidad, una temeridad, una lucha en sí misma. Había más de veinte presos políticos, casi todos comunistas y Pepe Beunza: gente prudente y también solidaria, pero también gente inexperta. El único preso -Ventura- que ya tenía experiencia en luchas anticarcelarias estaba en una celda de castigo durante esos días. Todo, absolutamente todo, había que improvisarlo. El peligro era evidente. El hecho de que un funcionario estuviera gravemente herido añadía temor. Pero realizaron la asamblea y al mismo tiempo se fueron comunicando con los menores a través de una celda.

Me tocó animar un poco aquella asamblea de presos. En ella decidimos nombrar una comisión para que hablara con el director y le trasladara varias peticiones: que no hubiera represalias para los miembros de la comisión y que fuera reconocida como portavoz de todos los presos para dialogar; que el médico fuera a ver a los menores para atender a los heridos y poder certificar si había habido malos tratos; que sacaran a los menores de las celdas de castigo; que se trasladara al jefe de servicio porque era la causa del lío y no la solución; y que viniera un inspector de Madrid para que escuchara las quejas sobre las condiciones de vida de la prisión y sobre todo de la galería de menores. La comisión elegida la formaban dos presos políticos, uno de menores y otro preso común. De los dos políticos uno era Escutia y otro era yo. Me propuso alguien -qué gracioso- porque yo era uno de los más veteranos allí, y todos me admitieron rápidamente encargándome que además tomara nota de todo lo que se hablara con el director. Por una parte estaba acojonado, pero por otra notaba que debía asumir aquello, que se podía evitar una violencia mayor, que se tenía que evitar a toda costa que entrara la policía dentro de las galerías y hubiera heridos o quizás muertos. Así estaba la cosa... y yo en todo el mogollón.

Aquella asamblea estaba muy concurrida. No todos los presos entendían la protesta de la misma forma. Hubo rifirrafes entre algunos penados y los guardias de las garitas. Se provocaban entre sí, los unos cantando y tirando piedras, los otros apuntando con los rifles de una forma chulesca y amenazando con disparar contra todos. Pepe Beunza recuerda cómo tuvieron que calmar los ánimos y todavía se le pone la carne de gallina. Y así se pudieron ir hacía la dirección.

El director nos recibió con corrección: aceptó lo de no tomar represalias y lo de la visita médica, pero dijo que el posible traslado del jefe de servicios no era asunto suyo y tampoco quiso sacar a los menores que estaban en celdas de castigo porque decía que ahí tenía sólo a los cabecillas y no se fiaba; aunque sí prometió hacerlo cuando se recobrara la normalidad. Por último nos comunicó que siempre que hay un motín automáticamente venía un inspector de Madrid.

Otra vez convocaron asamblea. Todos los presos se sentaron en círculo y, algo más calmados, iban pidiendo la palabra. La gente se puso algo histérica al oír que no iban a sacar a los chicos de las celdas. Pero lo peor estaba a punto de llegar. La mediación, el intento de dialogar se fue al traste, absolutamente.

La asamblea iba más o menos bien hasta que uno de los menores dijo que estaban recibiendo una visita inesperada de los funcionarios. De pronto comienza a chillar diciendo que estaban pegando a algunos chicos... ahí terminó la asamblea.

Se organizó un gran revuelo. Los mayores se fueron hacia la galería de menores con unos martillos que cogieron de los talleres y rompieron las puertas de acceso al centro. Los funcionarios se replegaron. Los menores bajaban de sus celdas rompiéndolo todo a su paso. Alguien entró en el economato y de allí empezó a salir de todo. Quedó arrasado. Tiraron por los suelos los botes enteros de la leche condensada... y quemaron el despacho de los funcionarios de la galería de menores. Al director no le quedó más remedio que sacar a los menores de las celdas de castigo. Entonces sí que hubo sensación de fiesta. Se desconvocó una huelga de comedor y por la tarde todo el mundo estaba en el patio cantando, riendo, como si nada hubiera ocurrido.

> *Durante un cuarto de hora se hicieron cantidad de destrozos y al pasar el cuarto de hora ya la histeria se trasformó en una calma absoluta. Después vino la euforia, la sensación de victoria. A mí me parecía que aquello no iba a acabar así.*

A los dos días llegó el inspector. Investigó, eso dijeron. Recibió las quejas, eso dijo. Pero en realidad fue a ejercer un castigo mayor, el que no se pudo llevar a cabo cuando los ánimos estaban tan encrespados.

> *Al cabo de una semana nos reunieron delante de todos los funcionarios y del director. Empezó a hablar el inspector por un micrófono. Fue un discurso impresionante que no podré olvidar nunca: «Y hemos reunido todo lo que la ciencia, la fuerza y la experiencia nos han permitido saber y sepan ustedes que ahora vamos a nombrar los castigos para la gente que participó en el motín y nuestra represión será implacable, sepan ustedes que no tienen escape posible, está fuera la policía armada preparada... así que no estropeen más las cosas». ¡Qué sensación de acojone e impotencia! Nombró a unos cuarenta presos diciendo que tenían como sanción la celda de castigo, allí mismo los iban metiendo. ¡Qué sensación de derrota teníamos!, nos mirábamos los presos políticos unos a otros y no sabíamos si llorar o... ¿qué hacíamos? Fue triste ver cómo se los llevaban y las reacciones de algunos, a la desesperada, fue incluso espeluznante: gente que gritaba «yo no he sido», otro que se puso histérico y se lanzó corriendo y con fuerza contra la cristalera y lo levantaron con la cabeza chorreando sangre... Alucinante.*

Todos estaban consternados y asustados, inmovilizados, bloqueados. Pepe Beunza y algunos presos comunistas sintieron el peso de la responsabilidad e intentaron reunir a la gente para ver qué se podía hacer o al menos para intentar superar en la medida de lo posible la sensación de paralización y el miedo que sentían. Vieron que no tenían nada qué hacer. Analizaron con cuidado la información que pudieron recabar y comprobaron con qué pericia maneja la cárcel a chivatos y soplones, de qué manera azuza a los unos para que se venguen de los otros. ¡Con qué facilidad estalla la olla a presión y de qué manera pueden luego imponerse duramente los poderes internos de una institución total! En la cárcel, casi siempre, la violencia la sufren los presos.

Aquella fue una gran lección para todos, pero también se convirtió en un estigma para los presos políticos, para los que habían intentado reconducir de una forma reivindicativa y pacífica la lucha que estallaba imparablemente, para los que habían «fracasado». Una mancha en la memoria de los luchadores y un baldón frente a sus opresores. La fama de «motinero» de Pepe Beunza iba a seguirle desde entonces y a perjudicarle tiempo después. El poder encargado de reprimir no olvida. El poder que se encarga de vigilar a los contrapoderes es casi siempre un poder paranoico.

Los esquemas de actuación política que habitualmente elaboraban los militantes del PCE, los mismos que en este caso coincidieron con las estrategias mediadoras y no violentas de nuestro preso de conciencia, no parece que fueran trasladables a la acción colectiva espontánea, virulenta y emocional de los presos sociales cuando se sienten gravemente agraviados. Lecciones para todos y palos sobre todo en los lomos de los presos comunes, los más

criminalizados. Años después, con las luchas de la COPEL (la Coordinadora de Presos en Lucha), se intentaría superar esa barrera de criminalización que impedía a los presos sociales influir positivamente en las agendas políticas, mediáticas e incluso en las judiciales. Al poco tiempo, mientras que le llegaban buenas noticias sobre su campaña política, Pepe Beunza notó que, sinceramente, se había habituado a la tranquilidad reinante en la Modelo, laque llegó tras la dura represión del motín. Recuerda los problemas que hubo en torno al consumo de marihuana. Recuerda que hubo de todo y especialmente recuerda los esfuerzos que se hicieron con el fin de recaudar dinero y poder ayudar a algunos presos jóvenes para quesalieran en libertad. Todo estaba hasta cierto punto normalizado. Pero enseguida le llegó la noticia de su traslado a la prisión de Jaén. Una de las formas más usuales de castigo en el sistema penitenciario es el traslado a prisiones alejadas de la tierra y la familia del preso. Pepe Beunza, ya clasificado en segundo grado, pagó de esa manera su participación en el motín, aunque la suya hubiera sido una colaboración positiva y siempre pacífica: tal cosa pudo librarlo de la celda de castigo pero no de la crueldad de aquel régimen punitivo retorcido.

Entretanto, la campaña de apoyo a los presos de conciencia y de reivindicación de un estatuto legal continuaba, se animaba y de alguna manera conseguía una cierta incidencia política. Estaban encarcelados tanto Pepe Beunza como Gonzalo Arias y los detenidos en la frontera por su participación en la marcha desde Ginebra. Y también se hablaba ya de Jordi Agulló. Se constituyó una comisión internacional para organizar actividades de todo tipo. Estaba claro que la campaña coordinada a nivel internacional era de una gran eficacia, por modesta que en realidad fueran sus actuaciones. Así se pudo conseguir que Joan Báez prestara su apoyo político y económico, que diera dos recitales en solidaridad con los presos políticos españoles y que leyera públicamente la carta que nuestro preso de conciencia había mandadoal Capitán General de Valencia. La campaña asimismo se financió con el dinero que aportaba la distribución internacional de un cartel con un texto en siete idiomas que reproducía una foto de Pepe Beunza tocando la flauta.

13. UNA CÁRCEL CON TRES COMUNAS

Ahora tenía que superar una de las situaciones más duras de los ambientes carcelarios: el largo y lento calvario del traslado por varias cárceles, sufriendo las privaciones y la suciedad de las celdas de tránsito, la incomunicación total con abogados y familiares, los mareos, el calor, la sensación de asfixia de los vehículos de conducción y la siempre amenazante presencia de la Guardia Civil apuntando a los presos con sus fusiles ametralladores. La familia sufre muchísimo esa separación y el preso acusa dolorosamente los efectos de semejante desarraigo. Si se pudiera medir o pesar la cantidad de daño que la prisión ha causado a lo largo de toda su historia a todos los seres humanos que han sido encarcelados, seguramente, el peso del dolor socialmente producido superaría con creces al de los perjuicios que hayan podido provocar los presos en cuanto que transgresores de las leyes penales. La pena de prisión conlleva un universo de micropenalidad incesante; es un rosario de penas.

Lo sacaron de la cárcel de Valencia casi sin avisar -ni a él ni a los demás líderes del motín-. Se lo llevaron sin que tuviera tiempo de advertir a su familia, esposado y al mismo tiempo cargado de libros y de muchos objetos personales que había acumulado durante esos meses. De esa guisa, confundido y cansado, asustado a veces al ver escenas tan desagradables como la de un ataque de epilepsia de un preso dentro del furgón, pasó por la cárcel vieja de Albacete (según recuerda, «una cárcel pequeña, que parecía como de juguete») y por el penal de Ocaña. La conducción duró una semana. Pero a veces no todo es negativo para un espíritu libre que sabe valorar las oportunidades y saca fuerza haciendo amigos a los que ayudar y en los que apoyarse. Jaén podía ser un buen sitio para un preso con instinto de grupo. Una vez allí ya no se iba a encontrar con ese constante entrar y salir de presos políticos que había en Valencia.

Aquella cárcel estaba abarrotada de militantes de distintas tendencias políticas, casi todos ya penados y con condenas de una duración considerable. Allí se podía organizar la vida de muy diferente manera. Podía aprender grandes cosas. Incluso antes de llegar contactó con militantes comunistas que eran trasladados al mismo destino. Nada más llegar, durante el tiempo que estuvo en las celdas del período de observación, escuchó emocionado el dulce sonido de un txistu que le trajo a la mente recuerdos de visitas infantiles a la Euskal Herria de sus ancestros; con buen ánimo, ese primer día ya pudo entablar conversación con un Testigo de Jehová y se hizo muy amigo de un miembro de la Hermandad Obrera de Acción Católica de Barcelona que se apellidaba Miró y estaba sentenciado a prisión por distribuir propaganda ilegal. Una vez instalados, un preso del PCE fue a comentarles (a él y al de la HOAC) todo lo que iban a encontrar, todo lo que podían hacer y todo lo relacionado con las tres comunas de presos políticos: la comunista, la vasca y la independiente.

En la cárcel de Jaén no funcionaban los horarios a toque de corneta sino de campana. La propia imagen del comedor indicaba que allí todo era más comunitario. Incluso no se puede decir que la gente estuviera alojada normalmente en celdas, sino en «brigadas» que albergaban a unos quince presos. Había una brigada de presos comunes preventivos pero la relación era de en torno a noventa presos políticos y apenas una decena de presos sociales. El ambiente era totalmente diferente al de una prisión normal. Ni tensión ni agresividad en la atmósfera. Adiós a la gente con mala leche. Todos saludaban a los presos nuevos y se interesaban por los motivos (políticos) de su llegada. Rápidamente surgía la realidad del ideal del apoyo mutuo, aunque éste estuviera ideológicamente compartimentado.

Funcionaban las tres comunas de presos ya mentadas. En ellas todo se organizaba y compartía de forma colectiva, mayormente lo relacionado con la alimentación y los gastos, pero también con el trabajo y las relaciones humanas, con la convivencia, los juegos, los campeonatos de fútbol... Casi todo. La más potente estaba integrada por presos del PCE y las Comisiones

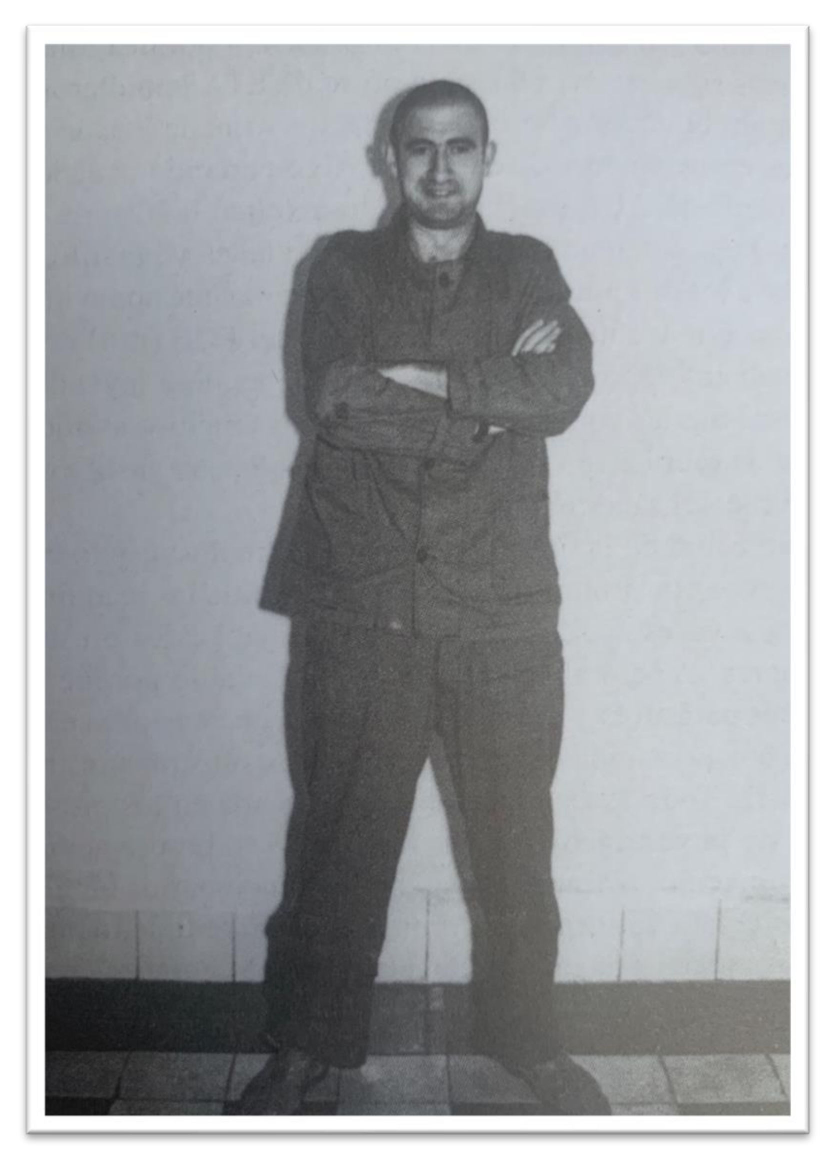
Obreras. La segunda era una comuna vasca, mayoritariamente de presos de ETA y de miembros de las juventudes del PNV, aunque también acogía a veces a algún que otro preso socialista que fundamentalmente se sentía identificado como vasco. Y la tercera comuna era la independiente, la que acogía a gente con distintas referencias ideológicas, la que pareció más apropiada a Pepe Beunza y a su compañero de la HOAC. En realidad, el paisaje comunal de la prisión de Jaén reproducía buena parte del ambiente político dividido y hasta enfrentado de la oposición al franquismo y de los grupos revolucionarios.

> *Cada comuna se organizaba la vida como le parecía más oportuno. Teníamos una caja común y un administrador que se encargaba de comprar en el economato o de encargar fruta, embutido, gaseosas, tabaco, sellos, sobres... Además, todo lo que te enviaban de casa lo ponías en común, salvo la ropa. En fin, cada vez que llegaba un paquete se organizaba una fiesta en nuestra comuna. Por otro lado, cada comuna tenía su propia dinámica cultural, por ejemplo, los del PCE organizaban cursillos, pero los que más trabajaban eran los vascos: todos iban a clase de euskera, a un cursillo de economía política, a otro de filosofía... trabajaban y estudiaban un montón. En la nuestra todo era más caótico. Había anarquistas, marxista-leninistas, de grupos escindidos de otros... gente muy variopinta, como yo. Al no haber una ideología común decidimos organizar un seminario para discutir de vez en cuando algún tema social, y también organizamos un curso de inglés.*

En esta comuna de mezclas y posiciones marginales había gente, como los anarquistas y los del PCE (m-l), que tenían muy mala relación con la de los comunistas. Pero Pepe Beunza se relacionó con unos y con otros y conversó con todos. Con el vasco que tocaba el txistu organizó una clase de solfeo y junto a otros presos -uno del grupo Las Madres del Cordero- montaron un grupillo en el que tocaban la flauta, la guitarra y otros instrumentos. En el terreno de la información política tomaban iniciativas sobre la marcha: a un preso de ETA le pidieron que les contara la historia de la organización armada y estuvieron dos días escuchando y discutiendo. Algo parecido ocurrió con un militante del PCE (m-l) cuando les explicó la historia de su partido. Pepe asistía a todo tipo de actividades y cursillos, por ejemplo, a los de antiimperialismo -recuerda que aprendió bastante «aunque los métodos pedagógicos del PCE (m-l) eran un rollo malísimo porque siempre estabas leyendo y leyendo»-. Pese a sus fuertes convicciones no violentas incluso asistió a un cursillo de fabricación de explosivos (dice que se justificó afirmando que «el saber nunca molesta»).

La dirección de la cárcel tenía ganas de molestar y lo conseguía a golpes de arbitrariedad: a veces permitía las máquinas de afeitar y a veces no, durante una época dejaba a los presos que se cortaran el pelo al cero (cosa muy saludable porque había bastantes parásitos) y después lo prohibía, en ocasiones era permisiva con la entrada de libros y en otras se mostraba restrictiva y censora. Todo eso y mucho más que no voy a detallar provocaba en los presos rechazo y a la vez agudizaba sus inteligencias para defenderse. La privación dispara el ingenio. Normalmente, con los funcionarios la relación era correcta. Las formas de protestar y sobre todo denunciar algunos aspectos de la vida carcelaria solían centrarse en el uso directo de las instancias o en el indirecto de las cartas, o sea, contar el motivo de queja a los familiares a sabiendas de que el jefe de servicio llamaría a su autor para que lo tachara. Eran técnicas sutiles y preconcebidas de gente muy politizada que conseguía mejoras y solucionaba problemas. Desde muchos puntos de vista, en las cárceles franquistas estaba lo mejor de la sociedad.

Es cierto que la cuestión del agua caliente y de las duchas mejoró muchísimo en relación a lo que ya había vivido en Valencia. Pero cualquier cárcel es fea y hostil en sí misma. Es más, aunque procure evitarse, produce fealdad e insalubridad. En Jaén había piojos. Había ratas (recuerda Pepe que un preso común las cazaba y domesticaba con técnicas increíbles). En fin, no podía olvidar que estaba preso. Pero a veces tenía la sensación de estar pasándolo en grande. Por eso tenía ánimos para aprender cosas nuevas y a marchas forzadas.



12.*Prisión de Jaén 1971*

La vida cultural estaba organizada en torno a la biblioteca. Tenía los libros típicos de las cárceles: la vida de San Juan, la vida de San Ignacio, la vida de San Mamón y de «sannosecuántos», El Niño Virtuoso y la Patria y el copón y no se qué más. Pero los presos políticos hicieron bibliotecas en cada comuna que se podían usar por todos. Tú cogías un libro, rellenabas una ficha de control y lo devolvías. La mejor biblioteca era la del PCE, tenía muchos volúmenes. Había un clima inmejorable de lectura y trabajo.

Ahora se tenía que lavar la ropa, porque la familia no podía acudir a recogerla y traer la limpia. Pero hasta para eso había medios. Se solventaba el problema incluso de forma divertida. Claro, la lejanía acentuaba la incomunicación, pero recuerda Pepe Beunza que la información, incluso la legalizada por el régimen, llegaba con mucha más fluidez que a la Modelo de Valencia; y que, pese a la distancia, también había formas de conseguir un mayor contacto con la familia y con Emilia.

Recibíamos el Arriba, el ABC y dos periódicos locales que nunca llegaban censurados. Era muy agradable ir cada dos o tres días a la biblioteca y leer ocho periódicos. Claro, revistas como Triunfo no había ninguna. Pero llegaban algunas revistas clandestinas y libros no permitidos en la cárcel: te ponías en la cola y leías algún libro de Asterix o de Mafalda. Era genial ver tanto tío haciendo cola para leer esas cosas. Allí tenías todo el día para pensar la forma de eludir la vigilancia. Encontrabas trucos para enviar mensajes a la gente de la calle. Y si te suscribías a una revista de chorradas de la cárcel que se llamaba Redención tenías derecho a mandar una carta más por semana y a recibir

una visita más. Era barata y me suscribí. Así pude escribir tres cartas a la semana; y como dije que Emilia era mi novia -aunque ella y yo habíamos acordado que no lo éramos-, pues podía escribirle y recibir cartas de ella de tal manera que estuviera más en contacto con el grupo de apoyo.

Lo nombraron administrador de su comuna y eso también lo mantuvo ocupado, con la responsabilidad de llevar bien y honestamente el control del peculio. El tiempo transcurría muy deprisa, a veces ni se notaba. El tiempo de condena es en buena medida subjetivo, es una vivencia, pesa cuando las condiciones son malas y se hace leve cuando mejoran. Llegado el caso se nota demasiado que son los sentimientos los que regulan el tiempo existencial de los presos.

14. EL AMOR EN LOS ENTORNOS REPRESIVOS: UNA MEMORIA INEXPLORADA

Un buen día regalaron un ramo de rosas a un preso. Lleno de contento las repartió casi todas. La gente recibía el obsequio con una extraña sensación, mezcla de agradecimiento y ternura. Hasta las inevitables bromas resultaban ser más raras que nunca. No faltó una rosa para el preso de conciencia, quizás porque de él a veces se decía, entre pullas y respetos, que era un tío raro, un amante de las paz, un hippy que dibujaba cascos militares del revés transformados en macetas con flores.En verdad, Pepe Beunza se emocionó. Durante largo rato cuidó su flor con la mirada, la colocó en un vaso y observó que por detrás de ella el feo escenario de la cárcel era más sombrío que nunca. La rosa le trajo a la memoria recuerdos de amor, de deseos ahora imposibles y, lamentablemente, también de injusticia.

> *La miraba como si fuera una cosa delicadísima. Pensé en lo que puede decirse con una flor... imaginé historias muy bonitas que no podían suceder porque estaba encarcelado. Olía muy bien, pero el olor venía de fuera, de la libertad. Me acordaba mucho de una poesía de Ho-Chi-Min que más o menos decía: «Muchas flores se abren y se marchitan en un día / y no le damos ninguna importancia / pero basta que el perfume de una rosa / llegue a lo hondo de una mazmorra / para que en el corazón del preso / se revelen todas las injusticias del mundo».*

Hay injusticias que en el día a día son realmente dolorosas para el preso. La cárcel te arranca del mundo. Te desarraiga. Rompe tu relación familiar. Y te separa del ser amado. Cuando la prisión está muy alejada la separación pesa bastante más que una losa, supera al tópico. Los contactos entre los amantes pueden reducirse a la nada o quedarse encerrados en las celdas del deseo, de la poesía y de los sueños. Seguramente, aquella rosa iluminó por momentos el ánimo del desobediente y el corazón del hombre que añoraba a la mujer que amaba.

Pepe Beunza y Emilia eran jóvenes y estaban enamorados, sobre todo de la libertad. Por eso y por respeto mutuo habían hablado de no ser novios, digamos que hablaron de libertad, acaso de amor libre, de no estar sujetos a las convenciones y a las prisiones de un noviazgo formal. Pero siguieron muy en contacto. Continuó (o rebrotó) la relación amorosa. Ella era una mujer comprometida con la causa antimilitarista y una pieza importante en la red de apoyos que se tejió en torno a Pepe Beunza (tiempo después, porque entonces la naturaleza lábil de los jóvenes implicados políticamente tenía un reflejo político cambiante, Emilia abrazaría otros idearios radicales y se alejaría definitivamente de Pepe y de los valores de la no violencia). Cuando él fue trasladado a Jaén acordaron que ella se «inscribiese» formalmente como novia para que pudiera tener un contacto más directo y frecuente con Pepe. Eso tan sólo exigía, en principio, que él anotara su nombre y sus datos en una instancia. Sin embargo, la petición de visita fue para la chica motivo de interrogatorio de la Guardia Civil y de gran susto y turbación para sus padres: los agentes acudieron al domicilio familiar a preguntar insistentemente qué tipo de relación tenían ambos jóvenes y si había formalidad y compromiso entre ellos.

Después de cinco meses lo consiguieron. Al fin les dieron permiso para poder estar juntos en varias visitas y durante varios días. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez. No es fácil ponderar el juego libre y a la vez forzado de lo que parece frío y sin embargo te quema. Tuvieron que hablar mucho. Supieron y sintieron que realmente eran libres para compartir el reto de la desobediencia y para quererse y desearse de forma siempre provisional e indefinida, informal. Fue un tiempo maravilloso.

> *Aquélla fue una visita de lo más agradable. Emilia me ayudó mucho a sentirme menos preso. Aclaramos bastante el tipo de relación que manteníamos. Y desde el punto de vista de la campaña política fue también un encuentro positivo. Además, ella aprendió mucho y lo pasó muy bien en Jaén porque vivió intensamente todo lo que había en el*

entorno de los presos y sus familias, conoció a cantidad de compañeros míos que salían de permiso, a sus novias, a las mujeres o a los padres de los presos que acudían a visitarlos. También pudo ayudarnos a los de dentro, porque siempre había algo que hacer e incluso algún riesgo que correr, por ejemplo, haciendo de correo de cartas clandestinas que salían de la cárcel de una y mil maneras ingeniosas y arriesgadas. Me agrada recordar aquellos días.

No obstante las buenas cosas que los recuerdos traen a la mente del preso político, no se olvide que los penados penaban de verdad, purgaban sus culpas más allá de lo que dictaba la letra de las sentencias. No es menester insistir en lo que parece obvio. Los presos estaban presos y algo más que presos. Estaban lejos. Sus familiares se desplazaban a Jaén desde Valencia, Vizcaya, Barcelona, Pontevedra u otros lugares muy alejados de la ciudad andaluza. Claro que, sólo por un breve período de visita, para satisfacer algunas necesidades del compañero preso, para poder ver al marido, al hijo o al hermano, cualquier distancia era un castigo, también para los de provincias cercanas como Córdoba, Murcia o Albacete.

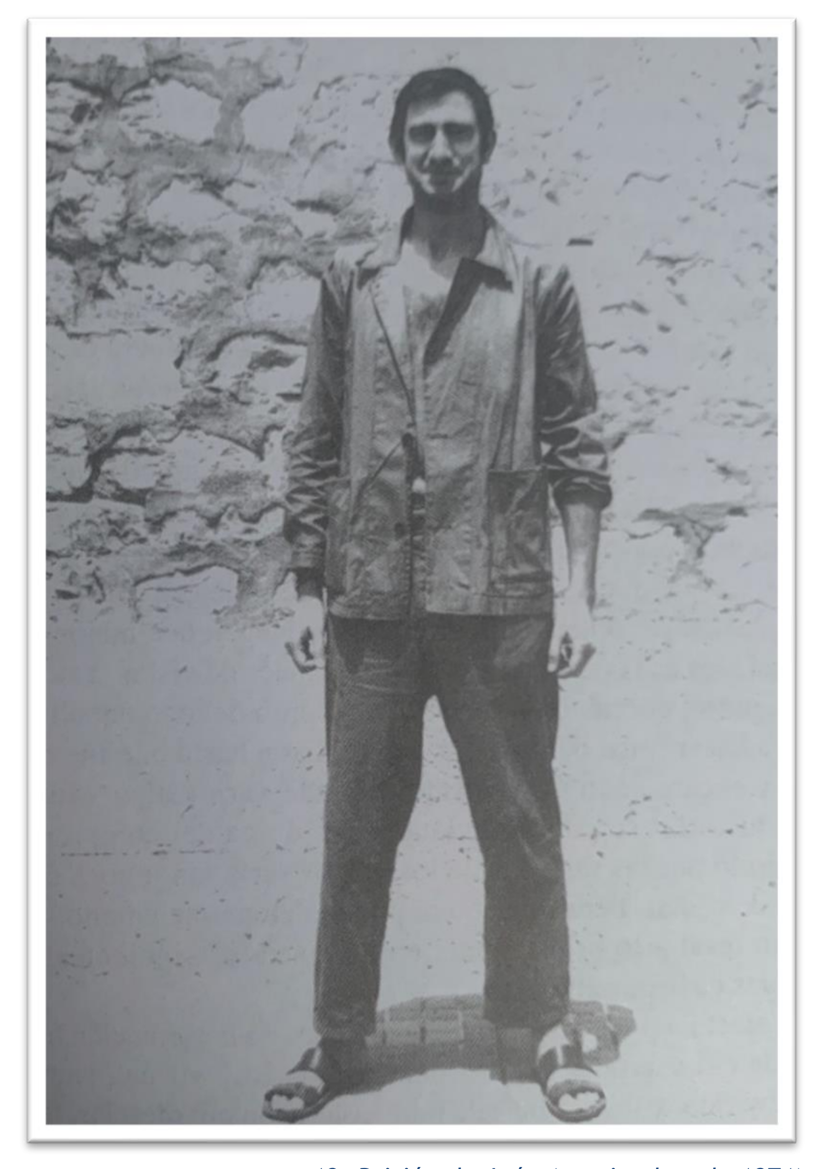
Esa situación provocó situaciones personales francamente reseñables. La más destacada de todas fue la vivida por la compañera de un preso anarquista condenado a una pena de larga duración: cansada de dispersión y de viajes, a veces peligrosos, y de que sus hijos apenas pudieran ver al padre, se instaló en Jaén para trabajar cerca de su compañero y para servirle de ayuda (bendita ayuda libertaria aquélla que benefició a todos los presos de la comuna independiente). Aún recuerda vívidamente la imagen entrañable de la pareja anarquista: por entre la rejas se besaban, hacían proyectos y hablaban a sus hijos tanto de las cosas reales como de las utopías que soñaban para ellos.

Como quiera que las familias desplazadas solían acudir al mismo hotel de la ciudad, por gusto y por simpatía, por afinidades varias o por pura necesidad, surgían relaciones y amistades. Nació una solidaridad de madres, entre padres y amigos, o entre novias y compañeras. Crecía una colaboración acaso más fructífera que la de unos presos políticos generalmente muy politizados y con ideologías contrapuestas (en la memoria han quedado sobre todo bellas historias compartidas, las más sabrosas, como la que protagonizó aquel jamón que recibió el objetor de parte de su familia y que en un santiamén fue degustado por todos, tal y como todavía recuerda Ramón Lapiedra, el que fuera después rector de la Universidad de Valencia, preso entonces en Jaén por propaganda ilegal).

Pepe Beunza cuenta bastantes anécdotas de aquella tierna y amarga intrahistoria de familiares y amigos de represaliados. Quizás sólo por puro amor iban a ver al preso querido, o para asegurarse de que se alimentaba bien; pero de esa forma también elegían ser objeto de represión. La imagen que mejor ilustra esta idea es la de aquel vasco que después de visitar a su hermano preso, queriéndose llevar un recuerdo de todo aquello, se puso a hacer fotos del exterior de la prisión hasta que fue detenido y encarcelado (allí mismo) durante varios días. Muchas otras historias se podrían relatar. La crónica del compromiso adquirido por las familias de los presos sería tan jugosa como larga de contar. Pero no debo ni puedo detenerme en ello. Sólo quiero resaltarlo brevemente, en los párrafos siguientes, con palabras de historiador.

En efecto, no me resultaría fácil indagar en la formación histórica de esa suerte de tejido social solidario y virtual, siempre sobrevenido, y frágil; una tela multicolor, con mil mezclas, fabricada por amor al preso y por pura necesidad de apoyo mutuo, tejida entre padres muchas veces desideologizados o mujeres simplemente asustadas, entre madres vascas y novias de presos comunistas, entre andaluces y gallegos, manchegos, catalanes y navarros, o entre amigos anarquistas, hijos de torturados y hermanos de algún que otro militante anarquista, socialista, trotskista, cristiano sindicalista, objetor de conciencia... Normalmente trasciende una

obviedad: que los presos políticos recibían visitas políticas, que iban a verlos compañeros de partido o amigos de lucha y de sueños. Pero el peso de la afectividad lo aportaban los familiares, y así, de contacto en contacto, se entramaban las cosas; así se difundían también los discursos políticos, quizás no tanto las ideas como los sentimientos contra la autoridad.



13. Prisión de Jaén (septiembre de 1971)

Son incalculables las combinaciones que el hotel jienense posibilitaba. Merecería la pena conocer su verdadero alcance, valorar su peso en la memoria. Porque esas miles de experiencias cruzadas, las que se encontraron en hostales, fondas y bares cercanos a las prisiones, en las entradas y a las salidas de aquellos infames locutorios, son parte substancial de una historia inexplorada, de una memoria colectiva que muchos contemporáneos no valoraron nunca o incluso despreciaron. Son ineludibles para comprender la formación histórica de una cierta mentalidad antifranquista destilada en los entornos de la represión política. Por eso, por su relevancia, frente a tanto olvido y frente a tanto recuerdo manido y edulcorado, elitista, antes de que cualquier historiador oficial de ésta o de cualquier otra época pudiera destrozar el balance de aquella subjetividad, debería la gente rememorar su propia vivencia de represaliado, para escribirla, para grabarla, para contarla, para fijarla antes de que la fijen o se la apropien otros.

La historiografía futura agradecerá ese memorialismo (hay y habrá estudios históricos siempre buenos, serios, rigurosos y respetuosos con la memoria popular). No se debería permitir que el triunfo postrero del régimen de Franco sea el de cobrarse un malentendido pundonor, el que sienten sus víctimas más diminutas. No son cosas pasadas y banales que a nadie interesan. Recuérdese que en ocasiones fue muy creativa aquella resistencia (la vuestra, la de usted, la de su amigo, la de su novio, la de su familia). Que desaparezca la vergüenza hacia el mero hecho de contar esas pequeñas crónicas personales, porque cuando estén a disposición de todos -las que sean y del modo que sea posible-, todas juntas explicarán lo que fue un gran sufrimiento, un daño innecesario que ha quedado completamente impune. Porque así se podrá evaluar con seriedad y justicia la proterva capacidad represiva del franquismo y sus funcionarios. Y porque así conoceremos mejor el decurso de la mentalidad postfranquista, los miedos, las miserias, las posibilidades y los riesgos que ha vivido la sociedad que sobrevivió a Franco.

15. ANTES CINE QUE MISA. ADIÓS AL CATOLICISMO

No había cine en la prisión de Jaén y, por otra parte, el horario de televisión era muy restrictivo. Sin embargo, películas que Pepe Beunza jamás hubiera pensado ver estando en libertad las consumía ahora con placer y siempre en grata compañía. A veces la película era buena o simplemente gustaba verla, apetecía a la mayoría. Por ejemplo, casi todos los presos hubieran dedicado la tarde del sábado a ver juntos el largometraje de TVE. Pero hasta por esas pequeñas cosas surgían los problemas con el jodido régimen de la prisión, con su cicatera forma de organizar la vida de los penados.

La película de los sábados coincidía con el horario de misa. Los presos comunes iban normalmente a la celebración eucarística porque con su «obligada» presencia establecían lazos de compadreo con el cura, un cura manicorto que como casi todos los curas de prisiones a la sazón se había ido convertido en una de las figuras más influyentes del entramado penitenciario. Quizá, el sacerdote, en ciertas ocasiones, llegado el caso podría sacarles de apuros o hacerles pequeños favores. Por eso los presos sociales se perdían siempre la película de los sábados. Por ir a misa.Pero el problema quedaba explícito con los presos políticos porque el oficio religioso se celebraba en el comedor donde estaban viendo la TV y porque ellos no querían nunca asistir. En cuestiones de catolicismo, y también frente al proselitismo de los tres Testigos de Jehová que había en la prisión de Jaén aquel año 1971, casi todos los militantes de izquierda o pasaban o se mostraban hostiles. La parroquia del cura y un poco también la de los ministros de Jehováestaba entre los presos comunes. Ahora bien, por eso se pagaba un precio. Ante la irrupción de aquel capellán en la apacible sala de televisión, los presos más refractarios a las cosas de la religión y también los tres herejes tenían que ser encerrados en la celda. Por un asunto aparentemente tan nimio nuestro protagonista acabó de romper amarras con el catolicismo oficial, con el más directo de sus representantes, el que tenía enfrente, el cura de la cárcel deJaén, un auténtico aguafiestas.

> *Lo que hacía el cura era una verdadera putada. El tío llegaba al comedor, tocaba la campana y apagaba la televisión. Además de todos los presos comunes, a misa íbamos tres presos vascos, el compañero de la HOAC y yo. Ningún otro día había problemas de incompatibilidad horaria pero esa cuestión nos repugnaba cada sábado. El de la HOAC decía que estaba hasta los güevos de ver que metían en celdas a los demás presos mientras se celebraba la misa. Nos reunimos los cinco presos políticos y decidimos hablar con el cura para que cambiara el horario. Hablamos con él de forma muy prudente, como si de verdad pudiéramos arreglar un problema entre cristianos.*

Cristianos sí, pero en todo caso cristianos ingenuos con ideales conciliares (incluso mucho más avanzados y rupturistas). Le dijeron al cura que si la misa es un acto de amor no se puede entender que se convierta en fastidio y que provoque odio. Añadieron que como sacerdote debía facilitar a la gente la libertad de ir a misa o de ver la televisión. Pero la autoridad religiosa de la prisión contestó con evasivas regimentales. Dijo que aquello era un problema del director. Pepe Beunza recuerda que estaba algo escaldado por sus choques con el cura de la cárcel de Valencia y que por eso estuvo muy comedido. Replicaron que aquél era un conflicto que afectaba a una comunidad de creyentes y que lo debían resolver entre ellos, entre el cura y sus feligreses. Pero el párroco continuó eludiendo la cuestión, echando mano de argumentos respetuosos y sumisos con el ordenamiento y con el buen estado de las cosas mandadas, hablando de la misa como él la entendía, como un rutinario oficio y un deber incomprensible. Era demasiado. Al parecer, al preso de la HOAC se le calentó la boca y acabó discutiendo muy acaloradamente con el que a fin de cuentas era su Director Espiritual, hasta el punto de que allí mismo y autoritariamente fue conminado a retractarse so pena de no poder recibir la

comunión («en virtud del derecho canónico vigente», sentenció el cura). Lógicamente, la cosa iría a mayores. Al día siguiente, Pepe Beunza protagonizaría una visible espantada y una ruptura moral con el catolicismo. No fue la escenificación consciente de una separación formal pero consiguió un efecto parecido.

El compañero de la HOAC decidió no ir a misa y habló con los otros para que tampoco acudiéramos. Pero yo quise continuar el trato con el cura de otra manera, seguir intentándolo... ir a ver qué pasaba. Por eso el domingo acudí a misa y cuando me acerqué a comulgar - normalmente sólo comulgábamos un par de presos comunes, el de la HOAC y yo-, allí mismo el cura me preguntó si había ido a confesar; le dije que no, y entonces contestó diciendo que no podía darme la comunión. Rápidamente le espeté: ¡Ah, muy bien, pues guárdesela!, le di la espalda y a partir de ese momento no fui a misa y nunca más volví a llamarme católico.

Al fin, Pepe Beunza, joven cristiano con ideas cada día más libertarias, resolvió una contradicción personal y un problema de conciencia con las autoridades de la Iglesia. Otra vez el vértigo, esta vez el de la defensa pública de su propia coherencia. Pero lo cierto es que aquella fallida intentona de diálogo y la consecuente respuesta antiautoritaria, en el plano objetivo, añadía más dificultades que beneficios a la situación de nuestro preso de conciencia. Además, aquel clérigo era terco y siguió en sus trece; cada tarde de sábado entraba en el comedor, tocaba la campana, apagaba la televisión y prepara el escenario de la misa. Mientras oficiaba ante un auditorio sometido de presos comunes que en realidad detestaban su fastidiosa presencia, el capellán de la prisión sabía que en las celdas permanecían encerrados los presos de siempre (un puñado de librepensadores descreídos, los incorregibles rojos ateos además de ciertos apóstatas impíos) y algunos más, los últimos irreverentes descarriados. Pero nada preocupaba al zafio charlatán con parroquia obligada, ¿nada?

Los cinco presos políticos que ahora tampoco acudían a la llamada del cura organizaron en la celda una especie de Celebración de la Palabra. Pero como les podía la quemazón acabaron maquinando una pequeña campaña de protesta. Escribieron una carta de denuncia y la enviaron al Obispado. Era una misiva respetuosa para una autoridad religiosa, pero a fin de cuentas una hoja de papel que como muchas otras pudo salir clandestinamente de la prisión dentro de la bragueta de un preso. De esa guisa, se consiguió hacerla llegar a manos del obispo. La misiva no quedó depositada en ese negociado del olvido que tan celosamente gestionan las autoridades eclesiales. Aquel prelado, aunque discreto y pusilánime en demasía, resultó ser un obispo serio y tolerante, de los que durante aquellos años escuchaban y, por lo menos, no se espantaban ante la llamada del desorden.

Al poco tiempo se presentó el obispo en la cárcel. Se organizó un gran revuelo. Habló con unos y con otros y después se retiró a una celda para recibir en privado a todos los que quisieran dialogar con él. Siempre al quite, los del PCE aprovecharon la ocasión para pedirle que trabajara por la amnistía y por los derechos democráticos. Yo también entré y le comenté la situación que había provocado el cura y que denunciábamos en la carta. Le expliqué la negativa imagen que se había ganado la Iglesia entre gente que sufría por estar en prisión. El obispo analizó la cuestión globalmente. Me dijo que la Iglesia había contemporizado con el poder porque creía que de esa manera podía ayudar a la gente pero que ahora era consciente de que eso no es posible, que a la larga perjudicaba, lo que ocurría era que no podía dar marcha atrás, no podía enfrentarse al poder y abrir un conflicto tan delicado. Le dije que por lo menos la Iglesia no debía cometer injusticias si estaba en su mano evitarlas. En fin, por lo que me dijo creo que el obispo escuchó el mensaje, comprendió la imagen aberrante que daba la Iglesia, pero concluyó que no se podía hacer nada en el caso concreto del capellán de la cárcel.

Poca cosa era, pero era algo. Una vez que el obispo se marchó, según recuerda Pepe Beunza, los presos estaban muy contentos. De todas formas, aquella satisfacción rápidamente se trocó preocupación cuando observaron las malas caras y el mal tono de los responsables de la prisión. No parece que el director se quedara muy satisfecho con la inoportuna visita de tan ilustre visitante. Tras superar la sorpresa y la confusión del momento lo cierto es que rápidamente llegó información a los oídos del alcaide. Hubo de funcionar la consabida y sin embargo invisible red de delación carcelaria. Pepe cree que algún chivato supo lo de la carta. Puede que sólo se enteraran por pura deducción. Sospecharon los presos políticos que tanto el cura como los carceleros hicieron averiguaciones hasta saber que le había llegado al obispo una carta de protesta. Eso era cierto y por eso llamaron a capítulo a Pepe Beunza (por cierto, uno de los dos firmantes de la carta).

Fue obligado a comparecer ante la Junta de Gobierno de la prisión para -sin más procedimientos indagatorios- recibir advertencias e increpaciones a diestro y siniestro. El director le aventuró mil y una desgracias desde entonces y para toda su vida como preso, debido a su afán por revolver las cosas y porque se empecinaba en la vía de la protesta. Además, y ya puestos, también amenazó con procesar a Emilia, pues al haber visitado a Pepe muy recientemente se podía pensar que fue ella la persona que hizo de correo (de hecho, así fue, estuvo en el Arzobispado acompañando al preso que había conseguido sacar la carta). El jefe de la cárcel usó un tono bronco, altisonante, con modales castrenses y tabernarios; tan duramente vociferó su perorata que incluso consiguió el efecto contrario, el de tranquilizar al preso.

> *Fue una bronca terrible. El director amenazaba. Lo de haber hecho que el obispo fuera de forma extraordinaria a escuchar a los presos les había sacado de sus casillas. Frente a ellos yo tendría una cara de lo más afectada... se veía al cura, al jefe de Servicios, a todos los de la Junta, mostrando visiblemente cara de contentos por verme recibir tantas amenazas. Al principio me alarmé. Temía que aquello fuera realmente un peligro inminente. Pero quedó tan claro que únicamente querían asustarme que me quedé más tranquilo. No me iban a hacer nada, al menos por ahora. Lo pensé mejor y me noté muy contento por haberles pegado un buen susto, aunque, bueno, es cierto que la Iglesia no supo estar a la altura, no hizo nada contra un cura que era un desprestigio absoluto dentro de la cárcel.*

Téngase en cuenta todo lo que ya se ha dicho sobre la evolución de la religiosidad de Pepe Beunza, por cierto muy tamizada por el desarrollo vivencial de su pensamiento antimilitarista; téngase en cuenta y así se comprenderá mejor por qué, tras ese episodio en la cárcel de Jaén, cuando injustamente le impidieron comulgar, por lo que se refiere al ámbito privado de las creencias, dejó de ser católico para ser cristiano. También es cierto que dejaba atrás retazos de ilusión juvenil, esperanzas acaso ingenuas pero vitales para su sueño de cambio, el que dio origen y fundamento a su desobediencia. Pero se notaba feliz porque ampliaba y abría más la conciencia. Y se afirmaba. Todo eso le ayudó a continuar con su compromiso ético, social y político. Maduraba. Quedaba mucho por delante, mucha incertidumbre.

He destacado estos hechos porque son de vital importancia para la propia historia del movimiento de objeción de conciencia. Recuérdese que al principio trascendió la imagen de Pepe Beunza como el «primer objetor de conciencia católico y no violento» del Estado español y que eso era subversivo para el catolicismo cavernícola del momento y para un poder autoritario que estaba acostumbrado a pensar que aquellas cosas eran propias de fanáticos sectarios y no de disidentes peligrosos. Digamos que la patente de la objeción al servicio militar la ostentaban los Testigos de Jehová y que ellos mismos se lo habían creído. Lejos de recibir con tolerancia el novedoso mensaje antimilitarista de Pepe o de saludar ese análisis alternativo del Evangelio que promovía la no colaboración con los ejércitos, lo rechazaron y llegaron a publicar una nota de prensa para distanciarse.

Ellos, que tan sumisos esperaban un estatuto especial de objeción religiosa sólo para Testigos

de Jehová, que iban a lo suyo y en la cárcel seguían a lo suyo, persiguiendo a incautos que soportaran sus arrullos, además de sectarios demostraron ser insolidarios y algo mentecatos («poco inteligentes», dice Pepe): cualquier pequeño logro que pusiera coto a la represión de la objeción de conciencia les hubiera beneficiado, pero abominaban de las mezclas y jamás se unieron a lucha alguna. A diferencia de lo que ocurre con otros movimientos religiosos heréticos que, como los cuáqueros, que tradicionalmente han impulsado determinadas formas de entender la no violencia antimilitarista, en realidad, incluir a los Testigos de Jehová en la historia de la objeción de conciencia es una impostura, pues nunca se llamaron a sí mismos ni siquiera pacifistas.

Es más, si se observa la historia de la objeción de conciencia desde una óptica de larga duración y de límites internacionales, entonces, la presencia de los testigos en ella es puramente formal, facilitada por la anomalía franquista y porque recibieron idéntica represión y denominación aunque jamás se comprometieran con algo que pudiera hacerles salir del imaginario de su secta. Con su estólida mansedumbre frente a la injusticia terrena, durante muchos años alimentaron una imagen deforme de la objeción de conciencia, un esperpento de martirologio que costaría mucho esfuerzo disipar, porque, sinceramente, con esa tropa no se podía ofrecer a la sociedad un mensaje atinado de lucha contra la conscripción y de trabajo por la paz y el desarme, ni edificar y vivir la desobediencia civil como una nueva propuesta de participación política y de transformación social. Se les respetó y apoyó porque no es de recibo que nadie obtenga la prisión como respuesta a unas creencias. Pero lo que más se debería haber hecho es apoyar con fuerza a los Testigos de Jehová que objetaban, desobedecían y se salían de ese entramado enajenante.

Con todo, no es propio de ensimismados ser agradecidos. Cuando la gente pedía la libertad de los presos de conciencia del Estado español sabía que, objetivamente y al menos hasta 1971, se estaba luchando por la libertad de los Testigos de Jehová (varios cientos de los cuales habían sido encarcelados por negarse a hacer el servicio militar desde los años cincuenta); aunque también se supiera que esa desobediencia era en realidad fruto mecánico de una obediencia mayor, supraindividual y hostil a cualquier cosa mundana (incluso a la defensa de los derechos humanos).
Los testigos siempre se negaron a plantear su imperativo religioso como un derecho, nunca quisieron coordinar lucha alguna. Por eso y tal vez por crear confusión, la prensa del régimen se mostró solícita a publicar la inusual «protesta» de los Testigos de Jehová contra Pepe Beunza y , más exactamente, contra quienes quisieran confundirlos con movimientos de reivindicación de una solución global del problema de la objeción de conciencia, algo que, de tener éxito, también les beneficiaría.

De todas formas Pepe Beunza hablaba a veces con los tres testigos de la prisión de Jaén, y después hablaría con muchos más. Lamentaba el calvario que pasaban como presos, sobre todo en ambientes carcelarios castrenses en los que eran objeto de chufla y desprecio permanentes. Inapetente a una discusión teológica con ellos, Pepe nunca los despreció como presos, aunque no dejaba de sorprenderse al comprobar que nunca apoyaron iniciativa alguna, que jamás se defendían, que ni siquiera usaban el recurso legal de las instancias de queja (sólo algunos lo hicieron alguna vez). Por eso se limitaba a escuchar sus experiencias carcelarias en lugares que, lo más probable, también acabaría conociendo él. Reprimidos y autoreprimidos como nadie, los Testigos de Jehová españoles eran un atlas andante del paisaje de la represión carcelaria.

16. Un crisol de ideologías

Cantaban mucho los presos. Sobre todo cantaban los vascos. A veces las canciones servían sólo para emocionarse (necesitaban la emoción, y la verdad es que muchos malos sentimientos se esfumaban al son del Gure bide galduak). Pero casi siempre el cancionero de los penados simplemente ayudaba a divertirse y a protestar con alegría. Por esas cosas y muchas otras Pepe Beunza estaba en su salsa. Ya se ha dicho que aquella cárcel reproducía la riqueza y la división ideológica de la oposición antifranquista, la que él ya conocía sobradamente; pero el encierro posibilitaba un acercamiento más humano a esa compartimentación política, y se aprendía mucho más. Con el más bromista y chistoso de todos los presos políticos (un vasco de Ondarroa) podía estar siempre riendo y, sin embargo, llegado el caso, discutir abiertamente por cuestiones ideológicas.

En su comuna, la más pobre y desorganizada pero la más rica en militancias, era recurrente la crítica de los pro-chinos contra los otros marxistas, pero también fue frecuente ver a los anarquistas poniendo de vuelta y media a maoístas y a trotskistas, o viceversa. Un ambiente de debate cruzado con fuego verbal a discreción. Pepe Beunza era objeto de unanimidades, posibilitaba ciertos consensos contra él. Eso le dio fuerza porque tuvo que responder muchas veces y cada vez más cargado de razón y de argumentos. No obstante las incomprensiones unánimes que Pepe iba acumulando, dentro de unas circunstancias que sin embargo estuvieron siempre ambientadas por unas relaciones personales inmejorables, en ocasiones las críticas fueron realmente dolorosas.

> *En nuestra comuna, al no tener una ideología común, nos llevábamos muy bien, nos respetábamos mucho a nivel personal, pero políticamente nos hacíamos críticas muy duras. Si me pillaban por el medio me hacían polvo porque empezaban a criticarme la objeción, la no violencia, mi cristianismo... Recuerdo que uno solía decirme: «Tú no eres revolucionario, tú eres progresista». Me cago en diez, me estaba partiendo el pecho contra el ejército y encima me llamaba progresista.*

Pepe Beunza recuerda que en general la discusión política era interesante. Criticó los planteamientos vanguardistas porque a su juicio prefiguraban otras dictaduras. Refutó la mitificación de la violencia revolucionaria echando mano de la experiencia histórica, explicando las aportaciones de Gandhi y añadiendo valor a las estrategias compartidas por el movimiento obrero, a la huelga general o al boicot no violento; pero sobre todo intentó evaluar negativamente las propuestas de acciones políticas violentas y armadas hablando de los cambios experimentados en las tecnologías militares de nuestro tiempo presente, de la bomba atómica y de las armas sofisticadas capaces de provocar megamuertes. Defendió siempre el modelo moral de una civilización que resolviera sus conflictos sin provocar daños a las personasy al medio natural.

> *De todas formas, lo que más me dolía era la incomprensión de los anarquistas hacia la objeción de conciencia y la no violencia. Con los ácratas estaba más de acuerdo que con ningún otro grupo. En Europa los objetores de conciencia eran sobre todo anarquistas y yo había conocido un colectivo de anarquistas no violentos. No entendía por qué aquí se cerraban tanto a esas propuestas, por qué no valoraban la desobediencia civil como forma de lucha. Les leía textos antimilitaristas de Fermín Salvochea y la verdad es que congeniábamos mucho, pero lo de la objeción no acababan de verlo.*

Hablaban de todo, pero como él representaba una determinada forma de acción política, muchas veces el debate giraba en torno a la justificación de la lucha armada. Racionalmente se tenía que reafirmar frente a muchos, pero a la vez su talante fue interiorizando un espíritu

cada día más abierto y comprensivo. Sin ninguna duda tuvo ocasión de aprender a no ser tan cerrado como otros, a huir de la obcecación, a no rumiar verdades incontestables.

> *A veces hubo broncas pero, en general, las tertulias en el patio eran muy interesantes. Allí estuve mucho tiempo escuchando a gente que no piensa igual que yo o que piensa de forma parecida pero con importantes matices. En la calle era más difícil contrastar las ideas y te acababas creyendo que tu mensaje era el mejor y el más verdadero. Comprendí ese fallo y me hice mucho más abierto. Antes yo era un poco, cómo diría... un poco autosuficiente en el plano de las ideas. En la cárcel me hice más humilde y más prudente a la hora de exponer mis principios. Entendí que hay que ser más sencillos y escuchar a los demás.*

Defendió siempre y como pudo la fuerza revolucionaria de la lucha no violenta, pero escuchó lo que planteaban los vascos y comprendió que la represión indiscriminada de la Guardia Civil en Euskadi alimentaba el sueño de una insurrección popular y la estrategia militarista de ETA. No era difícil llegar a esa conclusión; lo más embarazoso era discutir con quienes se consideraban gudaris, lo complicado era defender con solidez el valor de las estrategias de defensa popular no violenta, cuando nadie, ningún otro miembro de otro grupo con otra ideología las conocía o las compartía. Recuérdese que por aquellos años la izquierda en general, todavía jacobina, con España como referente, sin embargo comprendía la existencia de ETA y, verdaderamente, celebraba las acciones militares de una organización que se proclamaba independentista.

También acudió a la llamada de la comuna del PCE: frente a un auditorio respetuoso pero en absoluto de acuerdo con él defendió la objeción de conciencia como derecho individual y como estrategia política. Los comunistas proyectaban tácticas de lucha en los cuarteles para mejorar las condiciones de vida de los soldados y disminuir el poder de los oficiales (otros marxistas y los vascos de ETA se planteaban acudir al llamamiento a filas para aprender el manejo de las armas que algún día podrían utilizar contra Franco y contra el capitalismo). El informe de Santiago Carrillo al VIII Congreso del PCE (París, 1972) dejaba bien claro que su formación política estaba a favor de un servicio militar obligatorio y de «una labor de acercamiento al Ejército» (Gonzalo Arias criticó extensamente el discurso militarista de los comunistas españoles en un documento fechado en El Escorial el 21 de diciembre de 1972).

En fin, si se observa bien el escenario de aquellas diferencias, vemos que un abismo separaba la desobediencia civil que practicó Pepe Beunza en los cuarteles de algunas actitudes de la izquierda organizada, de esos discursos deterministas de los procesos históricos, de esos futuribles que se construían sobre la base de una eventual acción armada autodefensiva e incluso una revolución que, aunque pueda parecer cosas de la fe y hasta de la superstición, muchos creían inevitable. A pesar de todo, el antimilitarista procuraba llevar su exposición a un terreno político que al menos los del PCE pudieran entender y acaso asumir: que los partidos políticos vieran la oportunidad de incorporar algún tipo de mensaje favorable a la objeción de conciencia dentro del repertorio reivindicativo de libertades democráticas.

No obstante los desencuentros ideológicos, lo que peor le sentaba, mucho peor que la incomprensión de los anarquistas, lo que más endemoniaba su carácter y le hacía perder la compostura era encontrarse ante la incongruencia de algunos marxistas que políticamente hacían constantes alardes de extrema radicalidad y, sin embargo, humanamente eran unos machistas redomados con ideas retrógradas y repugnantes respecto a las relaciones de pareja y de género.

> *Uno que era muy marxista-leninista, concretamente, decía que si su chavala se iba con otro cuando saliera de la cárcel le iba a currar. Yo me indignaba, me preguntaba qué idea de libertad preconizaba un tío como ése. Le decía que toda mujer es libre y que su*

novia tenía derecho a elegir irse con otro hombre, que él estaba preso pero ella no. Daba igual, no me entendía. Ni siquiera decía que hablaría con ella y que esa infidelidad le provocaría dolor, no, él pensaba darle una paliza. En el fondo muchas posturas son meramente ideológicas y no vitales.

17. Los objetores y los ultras. El caso Beunza en las Cortes franquistas

Pepe Beunza veía sus días de prisión discurrir con tranquilidad, cuando su nombre entró con fuerza en la agenda política: en julio de 1971 llegaba a las Cortes el segundo Proyecto de Ley sobre Objeción de Conciencia y se discutía sobre el «jovencito Beunza». El primer proyecto había sido debatido en abril de 1970. Fue la primera vez que en España se abordaba el problema legal que representaba la existencia de los objetores de conciencia. Ocurrió de forma chapucera e imprevista. En principio, además de por las presiones de Amnistía Internacional, fueron los juristas militares los que provocaron que la preocupación llegara al Consejo de Ministros. No sabían qué hacer con los objetores. Se les condenaba por desobediencia pero en el fondo se retorcía la ley militar pues, al no haber regulación específica, en realidad no eran militares y debían ser puestos en libertad. No eran pocos los que consideraban que las famosas condenas en cadena eran fruto de una práctica jurídica aberrante.

Aquella primera vez el Gobierno llevó a las Cortes un proyecto de regulación de la objeción exclusivamente religiosa que más parecía un delirio represivo que un texto legislativo. Desde luego nada tenía que ver con lo que Pepe Beunza, los pocos grupos de apoyo a la objeción o Justicia y Paz y otras organizaciones demandaban. No voy a entrar en detalles porque lo interesante es ver qué fuerzas desató la inesperada iniciativa gubernamental. Como en tantas otras ocasiones, aquí se retrató la verdadera cara del régimen autoritario en sus últimos tiempos, cuando una auténtica folla de necios ultras se hacía oír con fuerza y gritaba con más rabia que nunca. En efecto, sorprendentemente, las Cortes resultaron ser más fundamentalistas que el Gobierno y, por primera vez en la historia del franquismo, rechazaron una de sus proposiciones. Una llamada Comisión de Defensa Nacional que funcionaba en las Cortes se encargó de su discusión para presentar el dictamen al pleno.Los comisionados eran mayoritariamente mandos militares de alta graduación que habían hecho la guerra. Convirtieron la sesión en un alegato contra la propia idea gubernamental de regularla objeción de conciencia. Allí estaban los Iniesta Cano, Barroso, Blas Piñar y otros ultras. Entre gritos y demostraciones de adhesión al espíritu fascista fundador de la patria franquista se llegó a una votación que dio como resultado la devolución del proyecto al Gobierno, por 21 votos en contra del mismo, 9 a favor y una abstención. Sólo Merino, procurador por Málaga, habló con algún conocimiento de causa y explicó la génesis del problema refiriéndose a las tesis antibelicistas de Bertrand Rusell cuando objetó y no participó en la Primera Guerra Mundial.

> *En vez de discutir una ley de manera jurídica estaban todos en plan gritón, dando vivas y mueras, como energúmenos. Muchos dijeron que aquel estatuto (tan hiperrepresivo) abriría una fisura en el tribunal de la patria y en la igualdad de los españoles. Un procurador médico militar por Sevilla, el doctor Bravo Ferrer, presentó una enmienda en la que solicitaba para los objetores tratamiento psiquiátrico dado que a su juicio «son en su mayoría gente trastornada, paranoica a la que no conviene llevar la contraria para evitar el lógico enfurecimiento».*

En cambio, la segunda vez algo había cambiado. El segundo proyecto llegó en julio de 1971 a las Cortes. Igualmente se trataba de una ley muy represiva. En realidad parecía un estatuto especial para los Testigos de Jehová. Todo eso no era casual. La otra objeción, la que pretendía ser crítica al militarismo, ya la habían protagonizado Pepe Beunza en enero de ese año y meses más tarde Jordi Agulló. Ya había sido ferozmente atacada. Ya había sido también apoyada en Europa. Era novedosa, preocupaba y dolía, inquietaba porque abría un debate más amplio que el ya conocido problema legal de los objetores presos. Por eso en las Cortes Blas Piñar alabó esta vez la objeción de los Testigos de Jehová, dijo que su actitud humilde se hacía subversiva tratándose de católicos y alertó sobre el fantasma de la conspiración extranjera. Además, la

revista Fuerza Nueva dedicó muchos esfuerzos e insultos contra el que llamaban «jovencito Beunza». Quizás lo más positivo de todo fue que el jefe del Estado Mayor, el general Díez Alegría, en desacuerdo con lo que se estaba discutiendo en la Comisión de Defensa de las Cortes, después de defender el proyecto normativo y de pedir el fin de las condenas en cadena para los objetores, dimitió e hizo públicas las razones. El Gobierno, temeroso de que cundiera la división entre los mandos militares, optó por retirar el que era su segundo proyecto.

Por suerte para nosotros la campaña internacional había hecho mella. Conseguimos abrir una brecha. Blas Piñar se mostraba alarmado por esto último y se hizo portavoz de la oposición a la ley. El líder ultra dijo en las Cortes: «Estamos tan acostumbrados ya a estos movimientos de opinión no ya a favor de un objetor de conciencia sino contra el régimen español que nada puede extrañarnos como ocurre en el caso Beunza y en el de los Testigos de Jehová, porque existe una campaña internacional».

Algunos miembros de aquella a veces tumultuaria y siempre escandalizada comisión se mostraron alarmados porque la objeción abría la puerta a una supuesta «descatolización» de España. El señor Barroso, el ministro del Ejército, dijo que era una maniobra soviético-diabólica y de clarísimo origen masónico, que había casos suficientes en la prensa extranjera de objetores y desertores norteamericanos u holandeses famosos por haber cometido horrendos crímenes y que, por supuesto, se trataba de jóvenes adictos a la droga casi siempre reclutados por agentes de la URSS. ¿Quién da más?

Bueno, sí, la mala baba y la campaña de Fuerza Nueva nos honra, hay que decir que se leía mucho en medios militares y que era portavoz del pensamiento de muchos mandos. En esa revista se decía de todo contra la objeción de conciencia, todo lo malo que se pueda uno imaginar.

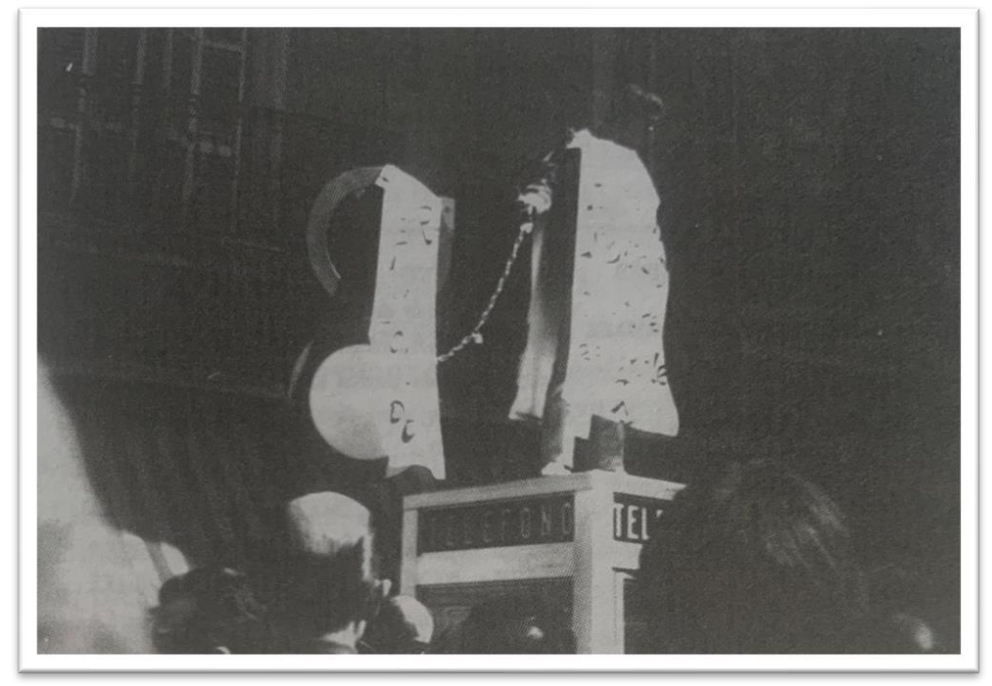
Por ejemplo, en el número de 31 de julio de 1971 Fuerza Nueva denunciaba lo que sigue: «El caso Beunza ha sido explotado a fondo desde fuera... hasta nuestra frontera pirenaica llegaron los caminantes. Eso es minar desde dentro... la disciplina militar. Tomen buena nota en los ministerios de Gobernación y sobre todo Hacienda... es la ruina del tinglado entero administrativo. Si lo que se quiere es acabar con toda disciplina militar y secundar a Carrillo, adelante. Beunza renegó de su abuelo el batallador diputado de la minoría vasco-navarra... asesinado en el 36 por los rojos separatistas... Si viviera Don Joaquín ya habría estrangulado el caso... El retorcidísimo y repugnante tinglado de Justicia y Paz acaba de conceder un premio al jovencito Beunza, sin duda por ser la negación absoluta de lo que fue su abuelo... pero con Dios y con España no se juega indefinidamente, se nos empuja a la guerra civil mil veces más sangrienta que en el 36».

A pesar de ese ruido, de ese histerismo fascista y fascistoide, la discusión en las Cortes fue mucho más seria que la primera vez, cuando los procuradores se dieron el gusto de gritar y poco más. Recuerda Pepe Beunza que incluso Blas Piñar anduvo más incisivo que nunca y escogió sus argumentos para combatir en el plano ideológico el mensaje que él personificaba: «después ha habido la famosa marcha del grupo Beunza, que asaltó el consulado de España en Marsella, la marcha de los objetores de conciencia que llegaron hasta Puigcerdá donde fueron disueltos. En las cartas que han sido divulgadas y distribuidas no hay una clara apelación a la objeción de conciencia por razones de motivo religioso sino una actitud totalmente subversiva contra el orden establecido, un ataque brutal al ejército. Me opongo al ejército, dice una de las cartas, porque en este momento no es más que una fuerza al servicio de una clase social, el capitalismo de la burguesía... éste es el tono panfletario en que quiere apoyarse la objeción de conciencia».

Dice Pepe Beunza que no le faltaba razón a Blas Piñar, que ése era realmente su pensamiento y el de la mayor parte de los que o iban a ser objetores de conciencia o estaban en grupos de apoyo a la objeción; un ideario que, efectivamente, se podría adjetivar como subversivo,

antimilitarista y anticapitalista. Resonaban los ecos de Mayo del 68. Es más, el líder ultra también acertaba con otra de sus especulaciones en relación a los servicios civiles: por aquel entonces, y aunque Blas Piñar lo propusiera como un castigo para ellos, haciendo una retorcida lectura de sus mensajes pacifistas, los objetores de conciencia hubieran aceptado un servicio sustitutorio de paz a realizar en zonas de conflicto armado.

Ideólogos, redactores y lectores de Fuerza Nueva seguirían la evolución de los primeros pasos de la objeción de conciencia antimilitarista durante mucho tiempo. Un tiempo de dificultades para organizar políticamente una campaña coordinada. Un tiempo de ejemplos individuales, porque hasta 1975 no cuajaría en el Estado español una experiencia de objeción colectiva, cuando un grupo de jóvenes desafió al Estado negándose a ir a la mili y poniendo en marcha un servicio civil autogestionario en el barrio barcelonés de Can Serra. Como ya se ha dicho, desde 1871 y hasta esas fechas tan emblemáticas para la historia colectiva de la objeción de conciencia, fueron apareciendo jóvenes objetores aislados que, a lo sumo, se sentían directamente ayudados por su propio grupo de familiares y amigos, además de apoyados políticamente por colectivos que habían ido surgiendo desde la primera campaña, la de Pepe Beunza.
Aquel mismo verano de 1971 se conoció el caso de un nuevo objetor de conciencia, el ya mentado Juan Guzmán. También se supo entonces que Víctor Boj había objetado a su manera unos meses antes, cuando se salió de la formación y gritó que era pacifista. Además, funcionaba bien el grupo de Alcoy que apoyaba a Jordi Agulló, y Pepe Beunza era ya un preso de conciencia con renombre, un objetor famoso en los mentideros oficiales. La situación prometía, la cosa no iba nada mal. Pese a la censura, el tema de la objeción de conciencia aparecía en los medios de comunicación. Cuadernos para el Diálogo se ocupó del asunto en marzo y en agosto de 1971. También se trató el problema en otras revistas como El Ciervo, Vida Nueva, Mundo y Sábado Gráfico.



14. Objetor alemán encadenado en las Ramblas de Barcelona (1972)

Por último, en ciertas capitales españolas se inició la llamada Campaña de los Encartelados, una testimonial pero subversiva forma de protesta no violenta impulsada por Gonzalo Arias: cada domingo, en parejas o en grupos de tres, distintas personas de diferentes países, deambulaban por calles y plazas céntricas de algunas ciudades portando carteles con leyendas referidas a la objeción de conciencia, a la no violencia y también a la falta de libertad en España.

Se pedía un estatuto para los objetores, servicio civil en vez de militar... Un buena amiga holandesa portaba un cartel muy divertido y atrevido en el que, en letra muy pequeñina, decía «estoy contenta de la... », en letra muy grande «Libertad de Expresión», otra vez en letra muy pequeña «que hay en España». Claro, de lejos se leía «Libertad de Expresión». La policía actuó de forma muy variada. Al cabo de un tiempo de verlos pasear los detenía. Normalmente eran multados a 100.000 pesetas con pena sustitutoria de un mes de cárcel si no pagaban. La gente salía con los carteles dispuestos a estar en la cárcel. A los amigos extranjeros se les decía entre bromas que podían venir a hacer turismo español auténtico, a conocer las comisarías y las cárceles de Franco. Algunos holandeses detenidos fueron entrevistados por la televisión de su país. Eso también era campaña internacional, lo que más preocupaba al poder.

D. José María Casas Rosa.-Director Acctal

Director de la Prisión Jaén

FILIACION Y RESEÑA

Naturaleza Beas de Segura
Edad 24 años
Estado civil soltero
Profesión estudiante

SEÑAS PARTICULARES

FIRMA DEL LICENCIADO,

Fórmula Dactiloscópica

FICHA

T.P.A. — MOD. 141 (BIS)

CERTIFICO: Que en el día de la fecha ha sido licenciado definitivamente el penado José Luis Beunza Vazquez cuya filiación consta al margen, por haber extinguido en este Establecimiento la pena de años, un meses tres y ---- días de Prisión que por el delito de Desobediencia le fue impuesta por Capitania Tercera Región Militar en causa 1-V-71 pasando a fijar su residencia a Valencia Calle Ciscar nº 42

Se le entrega en concepto de socorro .... la cantidad de ....

Y a fin de que no se le ponga impedimento alguno y pueda acreditar su persona, se expide la presente en Jaén 1 de Noviembre de 1971.

Registrada en el libro correspondiente al número .... Jaén, 1 de Noviembre de 1971.

EL SUBDIRECTOR,

15. Documento de libertad de la prisión de Jaén

Entretanto, a Pepe Beunza el tiempo se le pasaba volando. Si algunos ratos se notaba ansioso y sentía opresión o congoja recurría a sus recursos antidepresivos más conocidos. Pero casi nunca era necesario. Más bien usaba el yoga para disfrutar en la cama viendo por entre las rejas el paso de la luna. No había motivos para la depresión. En la calle las cosas de la campaña de objeción iban más o menos bien, y en la cárcel el ambiente era tan bueno que casi nunca hubo ocasiones para la tristeza.

La risa hace fuerte al preso. El buen humor, las canciones en la ducha, los partidos de fútbol, armar follón y provocar jaleos simpáticos que molestaran a los carceleros, eran armas en manos de los penados que Pepe Beunza usó una y otra vez, día a día, pasándoselo bien, lo mejor que pudo. Así fue cumpliendo las tres cuartas partes de la pena y solicitó ser trasladado a Palencia porque en la ciudad vivía su hermana y porque la cárcel era de presos políticos en tercer grado. Era septiembre de 1971. Fue entonces cuando saltó la noticia del indulto general que se otorgó a causa del escándalo Matesa. Esa medida de gracia suponía el fin de la condena para Pepe Beunza, sin necesidad de tercer grado.

Con la perspectiva de una libertad anticipada creció la temida ansiedad. Los compañeros iban saliendo con cuentagotas. El ambiente cambió. Ahora el tiempo pesaba demasiado. Complicaciones legales relacionadas con su procedencia de la jurisdicción militar retrasaron casi dos meses la llegada del indulto para Pepe Beunza. De los presos políticos afectados por la gracia del Caudillo, él fue el último en salir de la cárcel de Jaén: lo hizo el uno de noviembre de 1971, pero con la orden de presentarse en el cuartel de Bonrepós, en Valencia, a fin de continuar su interrumpido servicio militar obligatorio. Sabía que otra vez iba a desobedecer el llamamiento a filas, que su futuro inmediato volvería a estar en alguna cárcel, pero prefería saborear el momento, despedirse cantando, abrazar a la gente y reírse.

18. DULCE Y BREVE LIBERTAD. UN SERVICIO CIVIL AUTOGESTIONADO

El objetor de conciencia salió de la prisión de Jaén fumándose un puro. Nadie esperaba su salida. No conocía la ciudad. Estaba solo y sentía toda la libertad del mundo. Llamó a su gente para que fueran a recogerlo, pero hasta que llegaron por la noche recorrió las calles a lomos de una sensación extraña. Estaba eufórico. Iba cantando. Al principio anduvo como mareado. Con gran alegría usó dinero real y no los cartones del peculio. Compró revistas y periódicos que leyó en un santiamén. Se metió en un cine sin mirar la cartelera y salió de allí con la cabeza como un bombo, de tanto escuchar los tiros de una mala película de vaqueros. Estaba borracho de libertad.

Horas después Pepe Beunza partió hacia Valencia con su hermano y con Emilia. Se desviaron hacia Cartagena para visitar al segundo objetor de conciencia con ideales antimilitaristas. Gracias a la mayor facilidad que ponían en las prisiones militares a la hora de las visitas, consiguió saludar y dar ánimos a Jordi Agulló. Éste soportaba otro tipo de régimen penal mientras que Pepe tenía que volver a desobedecer.

Ya en Valencia, la familia explotó de alegría y se preparó para vivir unos días de fiesta. También unos días de preocupación. La situación era extraña. Pepe estaba raro. Estaba contento pero al mismo tiempo se sintió decepcionado cuando comprobó la tranquilidad de la sociedad que tenía enfrente. Aquello quizás fuera más lógico de lo que él entonces pudiera asimilar, sobre todo si tenemos en cuenta que además debía preparar inmediatamente su siguiente reto. Acababa de salir de la cárcel pero igualmente de la universidad de la politización, de la escuela del pensamiento crítico; y de una auténtica cueva de revolucionarios que discutían mucho de teorías elaboradas, revisadas y mil veces reelaboradas sobre la misma base ideológica, la que se aplicaba para analizar ora la injusticia social estructural ora la crisis económica coyuntural ora la lucha y la guerra de clases con la proyectada revolución proletaria, la inevitable, como telón de fondo.

> *Pero yo veía (y lo comprobaría más adelante con más claridad) que la gente iba a lo suyo por la calle, con cara de sentirse poco explotada y oprimida; veía que había empezado la moda de las grandes motos, que se acababa de inaugurar el Corte Inglés, que la gente vestía bien, que a la mayoría parecía irles mejor... excepto a los que se metían en política. No es que me pasara como a los extranjeros, que esperaban ver a la gente pegando tiros durante los estados de excepción, y sin embargo veían libertad y tranquilidad, libertad para tomar el sol y para gastar dinero, tranquilidad siempre que no se complicaran la vida protestando contra el régimen. Lo que me pasaba era que veía a la mayoría de la gente viviendo normalmente, de forma integrada y muy alejada de los ideales y estrategias revolucionarias que tanto se escuchaban en la cárcel.*

Desde el balcón de su casa comprobó que no habían cambiado ni los edificios ni las calles, pero notaba que en poco tiempo la gente había vivido experiencias que él no había imaginado. Se sentía cansado. Se le cerró el estómago y perdió el apetito. Nunca le había ocurrido algo así y por eso se preocupó mucho. Tiempo después pasaría por situaciones parecidas, en momentos intensos y episodios de cambio, normalmente a la salida o a la entrada de las prisiones. Pero siempre se recuperó de lo que a fin de cuentas era un síntoma de depresión pasajera, la que en ocasiones asalta a las personas que sufren el vahído de la resistencia frente a lo establecido, en cualquier caso, la que suele manifestarse de muchas formas a consecuencia de la privación de libertad.

Contaba con tres días para presentarse en el cuartel. Pero él no iba a acudir. Tenía otros planes. Continuaría la desobediencia. Cuando hubo pasado ese tiempo, ya más recuperado física y anímicamente, se marchó de su casa. No quería acarrear problemas a la familia. Estuvo unos

días en casa de uno de sus hermanos, pero le aterraba la idea de ver a la policía molestando a la suyos. Además, tal y como ya habían hablado en las reuniones de objeción, quería llevar la iniciativa frente a los militares, quería que la detención se realizara en unas condiciones que dejaran claro que no se apresaba a un prófugo, a un desertor o a un Testigo de Jehová, que se llevaban a la cárcel a un objetor de conciencia no violento y pacifista. Era el momento de hacer visible otra reivindicación, otro de los lemas de la campaña: servicio civil en vez de militar, trabajar para la paz en vez de prepararse para la guerra.

> *Ahora que ya tenía cierta fama de objetor de conciencia podía llevar la lucha al terreno que más nos interesaba. En una reunión de objeción comenté mis planes: empezar un servicio civil y que la policía me detuviera haciéndolo. Así ya no nos limitaríamos a pedir un modelo concreto de servicio civil, sino a ejercer el modelo que creíamos más interesante y beneficioso socialmente. Bien, lo que tuvimos que hacer fue buscar sitios en Valencia. El barrio de Orriols era ideal. La gente era muy maja y estaba muy concienciada. Había cuatro seminaristas haciendo trabajos de animación sociocultural y me fui con ellos a su piso. Apoyaron la idea pese a que sabían que la policía iría también a por ellos. Además, el párroco era un luchador social y me facilitó las cosas, me presentó a la gente.*

Pepe Beunza se reunió con los grupos del barrio y explicó sus ideas y propósitos. La gente entendió al objetor. Podría decirse que, dentro de la historia de la objeción de conciencia, la Asociación de Vecinos del Barrio de Orriols estuvo a la altura de las circunstancias porque apoyó al desobediente civil y prestó ayuda a su idea: pese a que sus representantes también asumían riesgos, comprendieron que el asunto conllevaba una vertiente reivindicativa absolutamente novedosa. Todos entendieron que aquello, aunque resultara ser algo más bien testimonial pues la policía detendría al objetor, había que hacerlo bien para demostrar que era plausible un servicio social positivo para la gente como alternativa al servicio militar obligatorio.

> *Me sentí muy bien acogido en el barrio. Empecé a colaborar en las clases de alfabetización de mujeres. Se había formado un Centro de Cultura Popular y sugerí a las madres que, mientras ellas estuvieran en clase, yo podría organizar una guardería. Les tuve que explicar los motivos de mi actitud, o sea, mi objeción. Les expliqué muy sencillamente por qué la gente ve normal ir a la mili y no se para a pensar que sería más positivo hacer cosas más útiles para la sociedad. Me comprendieron perfectamente. Así tuvo que empezar todo, poco a poco, con pedagogía, explicando las cosas de forma sencilla, sobre todo desmitificando al ejército de charla en charla y aceptando la idea de un servicio civil que la gente viera positivo. Si yo les proponía un servicio civil alternativo era para que la gente comprendiera mejor un mensaje nuevo, pero no porque deba aceptarse su obligatoriedad, no porque la solidaridad haya que imponerla por decreto, mientras que los Gobiernos desatienden sus obligaciones para erradicar el analfabetismo, la integración de minusválidos, los problemas de los barrios, etcétera.*

También empezó a dar clases en una escuela nocturna para trabajadores que hacían el bachillerato. Sustituyó al profesor de francés. Se fue acostumbrando a ser entendido por la gente más popular. Tuvo muchos motivos de satisfacción y gozo. Vivió más intensamente que nunca la relación con Emilia. Pero también se habituó a la ilegalidad y a las manías que provoca, a las paranoias que genera la represión en ciernes, a temer que son policías las personas que caminan detrás de ti, a tener siempre preparada la bolsa con todo lo imprescindible para un preso.

Aquél fue el primer servicio civil autogestionario de un objetor de conciencia. Una vez estabilizada su situación en el barrio, escribió al capitán general de Valencia una carta que le envió a través de un notario, un texto en el que Pepe Beunza describía lo que hacía y explicaba su mensaje antimilitarista. Aquella provocación dejó perplejo al jefe militar. La autoridad

militar hubo de sentirse desorientada por encontrarse con un método de protesta hasta entonces desconocido. Aunque asimismo estuvieran indignados, en principio, los militares se quedaron paralizados, calibrando el alcance de su actuación o esperando órdenes.

No fueron a detenerlo. Se estaba llegando a la segunda fase de la estrategia de detención. Pasaron dos semanas y el grupo de objeción decidió hacer pública la desobediencia invitando a los jóvenes a seguir ese camino. Alguien que estaba cometiendo un delito (no ir a la mili), lo comunicaba oficial y públicamente, y así lo convertía en un acto de osada rebeldía contra el poder dictatorial de la época; además, el «delincuente» se presentaba arropado por algunos apoyos populares y con un mensaje cuajado de intenciones y hechos beneficiosos para la sociedad (el desobediente estaba realizando un servicio civil solidario con gente que necesitaba ayuda). Se repartieron por Valencia unas seis mil copias de la carta y se acudió a la prensa.. Pepe Beunza empezó a dar charlas y fue entrevistado en Radio Popular.

> *En todas las charlas intentaba hablar de forma sencilla y con el objetivo de desmitificar al ejército, dando valor a las posturas de no cooperación con las causas de la guerra y de la injusticia. Explicaba que el capitán general y yo éramos dos personas iguales, con piernas y brazos, con corazón y cabeza; sin embargo, él me había ordenado hacer cosas raras e inútiles, desfilar y aprender a matar durante un año y medio, ¿por qué? El poder somos nosotros, todos tenemos el poder de decidir sobre nuestra vida, no sobre todas las cosas pero sí sobre muchas cosas de nuestra vida; si esta capacidad de decidir se la damos a otro, al final dejamos que alguien tenga un poder inmenso. Eso hacemos al obedecer a los militares, darles poder para que dominen y preparen las guerras: su fuerza es nuestra obediencia, su poder nace de nuestro miedo a no asumir las cosas de nuestra vida. Si dejamos de obedecerles el tinglado se les viene abajo.*

Pepe Beunza, en charlas de unas cuarenta o cincuenta personas, disfrutaba hablando de esas cosas y relacionando el militarismo y la guerra con las injusticias del capitalismo: ante un público normalmente ideologizado, tenía una peculiar forma de explicar el papel de la plusvalía en las relaciones de explotación capitalista. Pero siempre apelaba a la autoconciencia individual, a hacer la revolución empezando por uno mismo y luego en compañía. No es que fuera original, lo novedoso era relacionar esas teorías con su propia experiencia vital como desobediente civil al ejército de la dictadura franquista, explicando que también hubiera desobedecido a cualquier ejército y a cualquier forma de militarismo. En general, para la gente que pudo oír y conocer su mensaje, más que atractiva aquella actitud incitaba al debate y al respeto. No era poco. La cosa estaba empezando y hoy se sabe que duraría décadas.

19. OTRA VEZ LA CÁRCEL. OTRA VEZ UN CONSEJO DE GUERRA

La Vanguardia se hizo eco de la noticia enviada por el corresponsal valenciano José María Soriano y publicó un resumen de la carta que el primer objetor de conciencia no Testigo de Jehová había enviado al capitán general de Valencia. Noticia escueta pero excesiva para la época. Noticia trascendental. A los tres días llegó la policía al piso del barrio de Orriols y, con cierta amabilidad, casi excusándose, dijeron a Pepe Beunza que el capitán general había dado órdenes para que lo detuvieran inmediatamente y lo llevaran al cuartel de Bonrepós.

Aunque estés atento, cuando llegan te sorprenden. Llegaron los dos sociales cuando más relajado estaba, con mi chavala. Emilia y yo teníamos toda la tarde libre y la íbamos a pasar juntos. No te puedes confiar. No pudimos hacer nada para alertar a la gente. Me subieron en un coche y Emilia nos siguió con su Mobilette para ver si efectivamente me llevaban al cuartel o a la jefatura. Para los policías yo no era el peligroso comunista que tanto gustaban detener, por eso me hablaban con amabilidad, me decían «caray con tu novia, cómo te quiere... pero por nosotros no os preocupéis, la verdad es que no hemos ido a por ti aunque sabíamos que estabas en ese piso, pero hoy nos toca cumplir esta orden aunque no nos hace ninguna gracia detener a gente como tú».

Se notaba que la autoridad militar estaba despistada con el caso Beunza. En el cuartel, ante la mirada atónita de los policías que entregaban al detenido, dijeron no saber nada de la llegada de aquel «desertor». Tras la confusión fue encarcelado. En el calabozo pusieron doble guardia. Otra vez estaba en un calabozo militar, vigilado y cacheado por soldados asustados y cabos embrutecidos. Se sentía algo triste y sin ganas de comer. Ya se lo habían advertido los Testigos de Jehová: «la segunda entrada es mucho más dura de llevar, se sufre más». Tenía que estar allí hasta que se ocupara de él un juez de instrucción. Nuevamente vivió escenas conocidas. Otra vez estaba aislado o rodeado de soldados. A veces escuchó palabras amables y hasta de complicidad. Tenía que ir escoltado a todas partes. Y así hasta que, tres días más tarde, fue trasladado por la Policía Militar a una cárcel civil que ya conocía demasiado: la Modelo de Valencia.

Otra vez allí. Cacheos, desnudos, huellas... Esta vez discutí cuando el funcionario me preguntó qué religión tenía y le dije que ninguna. Pusieron católico por poner algo aunque les dije que no era católico. Todo iba mal. Volver allí después de la experiencia de Jaén era deprimente. Además, volví con la fama de motinero y desde el principio me fueron aislando, los funcionarios empezaron a mirarme mal, a advertirme...

Veía la perspectiva que tenía por delante y, aunque muy concienciado, el preso de conciencia se entristecía. Aún no había acabado el año 1971. Iba a pasar la Navidad encarcelado. Tendría que acudir a otro consejo de guerra y después soportar otra condena, posiblemente en Galeras o en el Sáhara. Además, el ambiente de la cárcel valenciana no ayudaba a levantar el ánimo. Estuvo con un Testigo de Jehová que acabó hundido en las celdas de período y abandonó su actitud para irse a la mili (en esos casos la justicia militar actuaba rápidamente a través del sobreseimiento del proceso, para que el arrepentido se incorporara a la vida del cuartel). Todo había cambiado en la Modelo. Lo llevaron a la cuarta galería para separarlo de la gente con la que podía llevarse bien.

La cárcel siempre es fea y nunca deja de ser cruel, pero el preso con el ánimo dolorido sólo ve a su alrededor fealdad y crueldad. Lamentablemente, lo que le estaba ocurriendo a nuestro preso de conciencia es moneda corriente en las prisiones. Estaba sufriendo una depresión. Durante aquellos meses tampoco hubo presos políticos con los que compartir ideas o discutir de otras. Entraban algunos pero pronto los cambiaban de galería. Hablaba con los presos

sociales y se llevaba bien con ellos, pero no tenía muchas cosas en común con la mayoría de ellos.

Lo que la primera vez le pareció pintoresco y divertido ahora se le antojaba triste y estúpido, deprimente. A veces se refugiaba en la flauta. Recuerda que le salía una música con una sonoridad que nunca antes había conseguido. Pepe encontraba motivos deprimentes por doquiera mirara. Incluso los peores y más desgraciados, como el de la presencia de un reo condenado a pena de muerte. En efecto, allí estaba Miguel Expósito, un soldado preso procesado por doble homicidio y condenado en consejo de guerra a morir fusilado. Lo había conocido la otra vez y ahora estaba en capilla. Fue ejecutado poco después. Siempre recordará que lo mató la justicia militar. En fin, con el desánimo estancado, Pepe Beunza se aisló bastante y empezó a llevar una vida solitaria.

> *Recuerdo un día que estaba en la biblioteca escribiéndole a Emilia y a las pocas líneas se me nublaron los ojos y me entraron una ganas de llorar terribles. No sé... al recordar a Emilia... pensé que nos estaban robando la felicidad, que no me dejaban tener su cariño... en fin, que no podía escribir. Pensaba en ella y sollozaba. Me salí de allí. Me fui al patio, me senté en un rincón y aprovechando que no había nadie estuve llorando mucho y durante un buen rato. Hacía años que no lloraba. Tenía una congoja... un sentimiento de desamparo y de soledad... Me serené un poco pero no se me pasaba. Me dije que si tenía ganas de llorar debía hacerlo, que sería bueno hacerlo. Así me tranquilicé. Pero por la noche me di cuenta de que seguía igual de acongojado y triste, que el llanto no me había serenado. Decidí que en adelante no lloraría más.*

Se fue animando poco a poco. Tuvo muy buenas relaciones con Enric Valor, el lingüista valenciano que estaba preso por un asunto político-financiero. Aquel hombre extraordinario y culto pensaba, y pensaba bien, que en la cárcel sólo se resiste cuidando mucho de tu propia dignidad, y que se consigue salir de un estado de depresión planificando tu propia vida y trabajando mucho. Gracias a aquellos sabios consejos, logró controlar el malestar que sentía proponiéndose estudiar para examinarse en febrero de dos asignaturas pendientes. El yoga también le ayudó mucho, y el trabajo en el taller de carpintería de la prisión. Finalmente, recuperó el apetito y superó la depresión.

Su padre, por ser notario, tenía permiso del colegio de abogados para visitar a su hijo. Recibía bastantes visitas y ya no se sentía tan aislado. En Nochebuena estuvo con su abogado y amigo José Antonio Noguera. Lo pasó bien con él y hablaron del inminente consejo de guerra. Luego iría a verlo el juez instructor, un señor muy amable, con aires de caballero, quien le dijo que, aunque obedecía órdenes, íntimamente pensaba que aquello era una injusticia. Quizás por eso abandonó su mala función y pusieron a otro juez que no tuviera escrúpulos con su papel en la farsa. Al igual que la primera vez, en esta ocasión también denunció que su condena estaba dictada de antemano. No quiso ser defendido por un militar, pero le adjudicaron uno de oficio y por sorteo. Al principio, el defensor designado por el ejército parecía estar de acuerdo con que fuera José Antonio Noguera el verdadero abogado, el que coordinara la estrategia de defensa; pero al parecer, bien porque recibió un severo toque de atención bien porque desconfió del objetor y de su abogado de izquierdas, se cerró en banda y se obstinó en defender a Pepe Beunza no como objetor de conciencia sino como desertor. Lo mandaron a paseo y no se entrevistaron nunca más con él.

La campaña política seguía su curso. Además de algunas acciones parecidas a las que ya he comentado en otros capítulos, lo más destacado de aquella época es la carta que los vecinos del barrio de Orriols enviaron al capitán general para pedir la libertad de Pepe Beunza. Fue un gesto de grandeza. Habían roto con un tema tabú: ¡meterse con el ejército! Un movimiento vecinal se había atrevido a criticar decisiones de los tan temidos militares franquistas. Además,

en el número 101 de Cuadernos para el Diálogo se denunciaba la detención del objetor por boca de Eduardo Cierco (flamante premio «El Ciervo» por un artículo-entrevista que realizó a Pepe Beunza en 1971 y que fue publicado en Mundo Social).

Llevaba unos meses preso y las cosas iban mejor. Se examinó de dos asignaturas y aprobó. Pero, al fin, el 9 de marzo de 1972 tendría que examinarse de algo que iba a suspender estrepitosamente y en segunda convocatoria: en cuestiones de obediencia debida y sumisión a la normativa militar tampoco fue aprobado en el segundo consejo de guerra. Esta vez fue a buscarlo la Policía Militar. Había expectación. Ese día pudo verse a muchas personas esperando en la calle la llegada del preso de conciencia.

> *Este consejo de guerra duró diez minutos. Me habían procesado por deserción. El fiscal pedía dos años y el defensor seis meses. Yo tenía la experiencia del anterior, sabía que no me iban a dejar hablar y por eso me había preparado un discurso breve. Cuando terminaron todos su número y llegó mi turno me levante y dije: «Quiero que conste en acta que desde el principio me negué a ser defendido, ya que soy objetor de conciencia y lo seguiré siendo». En ese punto el presidente gritó pidiendo que me callara, pero entonces elevé la voz y seguí diciendo: «y lo seguiré siendo mientras tenga fuerzas, y por eso estoy condenado a cárcel hasta los treinta y ocho años de edad, por lo que considero una inútil pérdida de tiempo defenderme de una petición de dos años de cárcel por delito de deserción». Lo dije medio chillando mientras que el presidente gritaba, hasta que, en fin, se acabó todo. Lo importante es que constara que yo no era un desertor sino un objetor de conciencia.*

Y lo más importante quizás fuera que Pepe Beunza salió reforzado. Aquella puesta en escena de los militares, sus nervios y sus gritos ante un joven que les hablaba y hasta les chillaba para hacerse oír, dio alas al objetor, le aportó la energía que necesitaba para aguantar el largo trayecto punitivo que aún debía recorrer. Fue condenado a un año de privación de libertad y a un destino en un cuerpo de disciplina, o sea, a un año en una prisión militar y a quince meses en el Sáhara, en un batallón disciplinario. Más o menos, lo previsto. No flaqueó por ello. Él estaba más animado, sentía que podía superar lo que tenía encima y lo que pudiera llegar, todo volvía a ser posible; aunque la cárcel siguiera siendo igual de fea e igual de cruel, aunque por esas fechas estuviera rodeado de situaciones carcelarias deprimentes e incluso viviera muy de cerca la trágica escena de un suicidio (fue testigo ocular de la mortal caída de un hombre afectado por una terrible depresión que decidió quitarse la vida arrojándose desde el tercer piso de la galería).

Si su ánimo había recobrado las ganas de resistir (porque su resistencia era también la mejor forma de que la objeción de conciencia continuara avanzando en el Estado español), entonces todo se soportaba mejor. Escribió otra carta al capitán general -«me puse algo chulito», reconoce- diciéndole que nunca cambiaría de opinión, que lo iban a tener así hasta los treinta ocho años porque él era objetor de conciencia y estaba orgulloso de serlo; y que por eso mismo era mejor que el ejército afrontara la realidad y que se dirigiera al Gobierno pidiendo un estatuto legal de la objeción de conciencia, o que a él le aplicaran sin más interrupciones la máxima condena de cárcel.

En esas fechas el decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia era Manuel Broseta Pons, años después víctima de ETA. La Junta de Facultad, con el famoso catedrático al frente, se dirigió al Gobierno para elevar dos peticiones: en primer lugar, una modificación de la legalidad vigente que diera cabida a un estatuto jurídico para los objetores de conciencia; y en segundo, un indulto para el estudiante don José Luis Beunza Vázquez, en atención a los motivos morales que impulsaron su actitud.

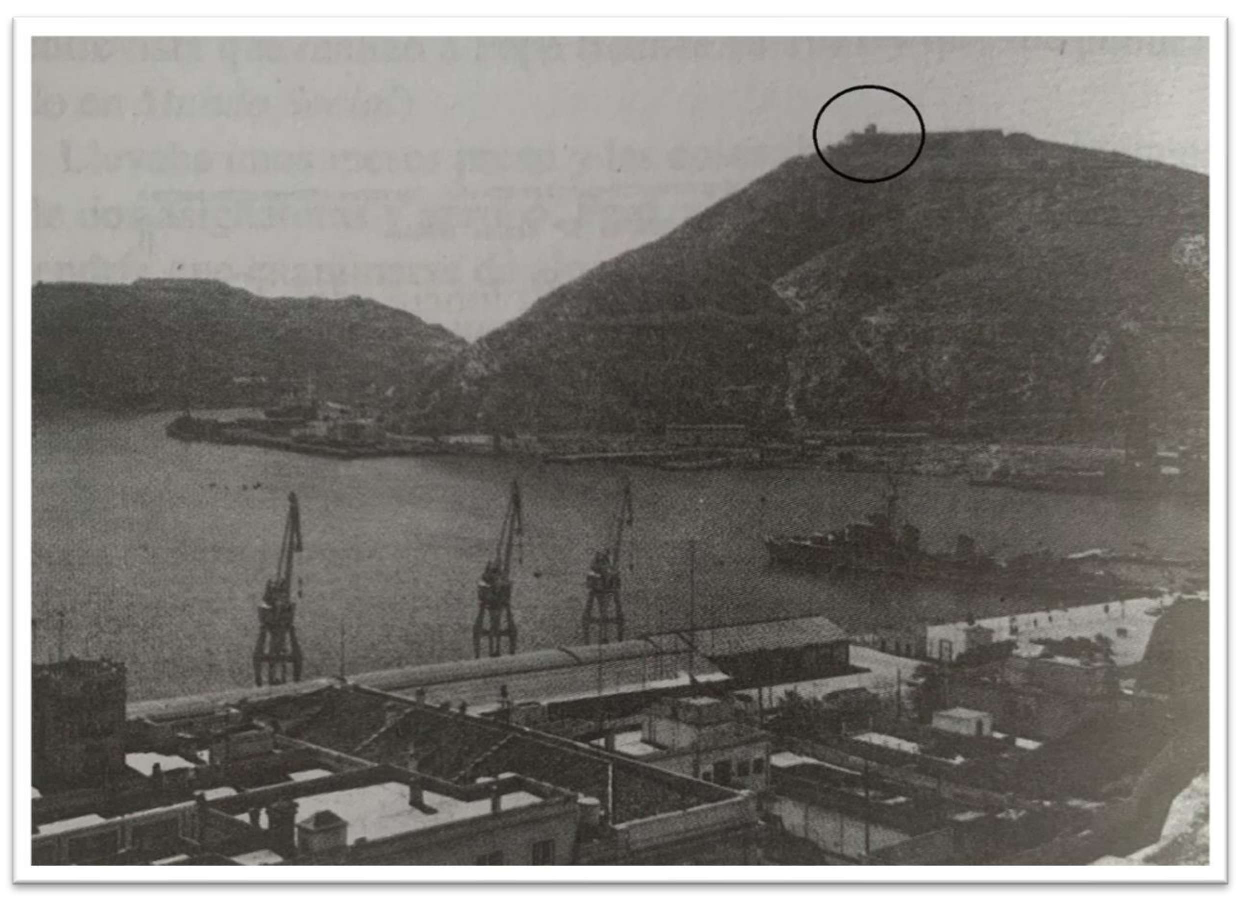
> *Todo esto fue trascendental, más aún en el contexto de mi segundo consejo de guerra. Pero, lógicamente, yo no quería un indulto, yo no pretendía una medida de gracia*

individual, buscaba una solución colectiva a un problema de derechos humanos, y quería que mi objeción denunciara los males del militarismo y la injusticia de un servicio militar obligatorio que enseñaba a preparar las guerras. Claro, todo esto, me reafirmaba, me hacía pensar y repensar las cosas, y valorar la fuerza que tenía para seguir en la brecha.

Esa primavera de 1972 se organizaron importantes protestas políticas en las calles de Valencia. El movimiento estudiantil protagonizó sonadas refriegas con la policía franquista. En la Facultad de Medicina se sucedieron las concentraciones, las sentadas, las carreras y las cargas policiales. Dicen que un día, en el justo momento de la tensión entre estudiantes y policías, pasó por allí un camión de Coca Cola y se armó la marimorena. El resultado final ofrecía un balance de heridos en ambos bandos y de varios estudiantes encarcelados.

Según contaban los detenidos que ingresaron en la cárcel, al parecer, la policía se bebió más coca-colas de las que quería. Además, esos días entraron en prisión a cumplir un mes más de treinta árabes estudiantes de Medicina que se enfrentaron a la policía por cuestiones de la universidad, por alguna jugarreta que les hicieron.

Como tantas veces, Pepe Beunza ayudaba a los presos políticos cuando estaban en las celdas de tránsito. Supuso que ahora, al estar condenado en firme, lo llevarían a la galería de los políticos. Pero ni por ésas. De todas formas, muy pronto partiría hacia Galeras, uno de los dos penales militares de Cartagena, el que internaba a la soldadesca.



16. En la cima de la montaña, el Penal de Galeras visto desde el puesto de Cartagena

Capitanía General de la 3.ª Región Militar

Gobierno Militar de Valencia del Cid

Martes, 7 de Marzo de 1972 — Orden n.º 67

Orden de la Plaza del día 7 de Marzo de 1972

Artículo Primero. — CONSEJO DE GUERRA.—

El día 9 del actual, a las 9'30 horas y en la Sala de Justicia de esta Plaza, sita en la 3.ª planta del edificio del Gobierno Militar, con entrada por la calle de Archer y Ana Huntington n.º 3, se celebrará el Consejo de Guerra Ordinario para ver y fallar la Causa n.º 99-V-71, instruida por el Capitán Juez Instructor de la Base, Parque y Talleres de Automovilismo de esta Región Militar, contra el soldado de la misma Unidad, JOSE LUIS BEUNZA VAZQUEZ, por el presunto delito de deserción.

COMPOSICION DEL TRIBUNAL

Presidente	Tte. Coronel de Inf.ª Jefe de la Base, Parque y Talleres de Automovilismo de esta Región Militar. DON LUIS MARTINEZ DE ARIJA Y ORTIZ
Vocal	Capitán de Inf.ª de la Base, Parque y Talleres de Automovilismo de esta Región Militar, DON FRANCISCO ROMERO MARTINEZ.
"	Capitán de II Grupo del Regimiento Artillería A. A. n.º 72, DON JUAN SIERRA FERNANDEZ
»	Capitán de Inf.ª de la Compañía de Destinos de Capitanía General de esta Región Militar DON ENRIQUE GARCIA GAPILLA
Vocal Ponente	Capitán Auditor, DON ANTONIO PERERO IÑIGO
» Suplente	Capitán de Inf.ª de la Zona de Reclutamiento y Movilización n.º 31, D. JOSE FORTEA CASTELLOTE
»	Capitán del Parque Regional de Artillería DON HERMINIO TORTAJADA BARBERO.
Fiscal	Capitán de Inf.ª de la Zona de Reclutamiento y Movilización n.º 31 DON LEONARDO NOGUERA GOMILA
Defensor	Teniente del Batallón Mixto de Ingenieros XXXI, DON JOSE RODRIGO FUÑEDA

NOTA: A este acto quedan invitados todos los Sres. Jefes y Oficiales de la Guarnición francos de Servicio.

El General Gobernador Militar
Firmado: LUIS BARBEITO - Rubricado -

Servicio de la Plaza para el día 8 de Marzo de 1972

Jefe de Día: Comte. Zona n.º 31 D. Julio Castellón García
Imaginaria: Comte. Zona n.º 31 D. Alfonso Guasch Mayans
Guardia de Principal: Agrupación Logística n.º 3
Guardia Gobierno Militar: Regto. Mixto de Ing. n.º 3
Imaginaria: Bón Mixto de Ing. XXXI
Juzgado Militar de Guardia: El n.º 1 Comte. Inf.ª D. Miguel Ramón Morcillo
Imaginaria: El n.º 3 Comte. Inf.ª D. Leopoldo Alcañiz Burgoyne
Visita Hospital y Provisiones: El n.º 16 Cap. Regto. Art.ª de Campaña n.º 17
Imaginaria: El n.º 17 Cap. Regto. Art.ª de Campaña n.º 17
VIGILANCIA: La Compañía de Policía Militar

El Coronel Secretario: —Firmado. —JOSE PEREZ FABRA.—Rubricado.—

17. Segundo consejo de guerra, orden del día.

20. A GALERAS, EN UN CASTILLO A LA ORILLA DEL MAR

Sabía que no lo volverían a enviar a Jaén y por eso prefería ir a una prisión militar, para eludir el riesgo de acabar en una cárcel de presos comunes. Salió en conducción el 11 de mayo de 1972. Esposados, desde un autobús de la guardia civil, con los ojos casi desorbitados, los presos observaron a la gente que disfrutaba de la playa de Benidorm, buscando entre los bañistas las visiones más celebradas y aplaudidas, aquellos bikinis todavía minoritarios. No voy a profundizar en lo que ya se sabe, no repetiré la retahíla de penurias, estrecheces y gorrinerías de las conducciones de presos, un tipo singular de operación de castigo penitenciario. Llegaron a Murcia y pudo hablar con gente que iba hacia el Sáhara o que volvía de Galeras. No era demasiado malo lo que contaban de la prisión de Cartagena, algunas noticias sobre su régimen sonaban increíbles. Tras unos días en la prisión civil de esa ciudad, una cárcel de máxima seguridad con carceleros muy provocadores, acabó instalado en el penal de Galeras, un antiguo castillo en una montaña a la orilla del mar.

Allí conoció al preso político José María Coderch, un luchador comunista, un hombre inteligente y solidario, un amigo con el que afortunadamente coincidiría más veces. La ayuda de José María fue siempre capital para nuestro preso de conciencia y, en líneas generales, para la población reclusa que convivió con él (aunque -eso sí- no soportaba la actitud autista, cansina e insolidaria de muchos Testigos de Jehová). En el penal de Galeras casi todos lo presos eran desertores, además de unos cuarenta Testigos. La noticia de su llegada precedió a Pepe Beunza. José María, sin conocer a la persona pero sí su fama, preparó todo para que desde el principio se sintiera lo mejor posible. Fue el que le aconsejó que se dedicara a dar clases a los presos comunes, una tarea que en efecto sería gratificante. De esa forma, aunque nada más llegar sufrió la ya conocida depresión con pérdida de apetito, la impresión que tuvo fue inmejorable. No salía de su asombro al comprobar que, efectivamente, podía recibir visitas de cualquier persona que lo solicitara, charlar durante unas seis horas diarias, y pasear y comer por los patios con sus visitantes: cuando acudían los familiares de algún preso amigo pasaban el día con ellos, una costumbre que sobre todo a padres y madres siempre dejaba contentos y tranquilos.

Lo peor de aquel penal era el mal ambiente que a veces provocaban ciertos presos, encarcelados por delitos comunes, entre otras cosas, porque tenían muy fácil emborracharse. Cierta vez estuvo Pepe Beunza en peligro de ser víctima de una tremenda agresión, pero consiguió sortear el peligro. Salvando esa tendencia de la tropa encarcelada a la borrachera mal digerida y a la bronca peligrosa, la verdad, en aquel penal se vivía mejor que en la mejor prisión civil. Podía recibir todo tipo de periódicos legalizados (José María estaba suscrito a La Vanguardia). Podía atender todas las llamadas telefónicas que le hicieran, y le dejaban tener una radio, un magnetófono e incluso un tocadiscos. No había límites con el correo. Podía escribir tantas cartas como recibir, aunque, por supuesto, debían pasar por la censura.

> *Allí se dormía en brigadas con forma semicircular que, nada más entrar, me parecieron cuevas hippies, llenas de fotografías, bastante desordenadas, una gozada. Realmente era increíble que en una cárcel española del año 72 se pudiera vivir bien, pero tiene una explicación: además de que los presos estaban normalmente con condenas pequeñas y de que los Testigos generaban un ambiente tranquilo, Galeras de Cartagena salía muy bien parada del hecho de que las prisiones militares no tuvieran muchos recursos organizativos: eran dirigidas por un capitán, un brigada para la oficina, un sargento y algunos soldados. Con tan poco personal, la cárcel funcionaba porque dependía más de los presos que del ejército (aunque eso también explica que la de Alcalá, al primar la ley del más fuerte, fuera de las temibles).*

Los militares necesitaban la colaboración de los presos a costa de transigir con la disciplina. Además, no había un mando fijo. El brigada encargado de la oficina era siempre el mismo, pero

cada quince días cambiaban el sargento y los soldados, y cada mes, el máximo responsable del penal, el capitán, el cual tenía que vivir allí durante todo ese tiempo. Ese sistema de mudanzas hacía que el mando pasara por una crisis de adaptación. Cada mes se sucedían unas primeras jornadas de confusión y estúpida dureza regimental que sobre todo sufrían los presos, pero que también molestaba a los carceleros. Hasta que poco a poco el capitán aprendía a dejarse aconsejar y suavizaba su postura.

> *Los primeros días el capitán venía con el reglamento leído intentando aplicar disciplina, pero después se le pasaba el miedo a que nos escapáramos y se daba cuenta de que la cosa iba mejor para todos siguiendo los usos y costumbres, hasta que acababa jugando a las cartas con los presos. Claro, es lógico que un capitán recién llegado alucinara con algunas relajaciones de la normativa: por ejemplo, cuando había que bajar la basura a Cartagena iban soldados y presos y, de paso, se daban un baño en la playa. Pero acababan entendiéndolo todo. Además, el papeleo de la oficina era algo engorroso para un capitán que sólo iba a estar allí un mes. El amigo José María Coderch era el alma de la oficina y tenía un control grandísimo sobre la cárcel: ponía trampas al recién llegado para que se agobiara con el papeleo. Más tarde o más temprano el capitán de turno se daba cuenta de que con la colaboración de José María la cárcel iba sobre ruedas.*

Se establecía y restablecía cada mes un auténtico pacto de inobservancias, aunque es cierto que algunas generosidades regimentales, de haber trascendido, hubieran dado al traste con toda aquella «libertad encerrada»: por ejemplo, ciertas veces, mujeres y novias de los presos y de la milicia se quedaban a pernoctar con sus amantes, en lugares discretos de la prisión militar, normalmente en una habitación que ya tenían preparada para la ocasión.

Emilia estuvo una semana conmigo. Aprovechamos bien la habitación. Había que tener cuidado con el capitán: si pasaba por allí nos avisaban, salías un rato, paseabas delante de él y evitabas el mosqueo. De todas formas, un capitán «progre» y generoso hizo lo posible para que pasáramos una noche juntos, una noche inolvidable con mi chavala.

No obstante aquellos días tan intensos, los paseos incluso nocturnos de aquella semana formidable fueron también los del anuncio de una separación que, poco a poco, fue pareciendo inevitable. En Valencia Emilia había empezado a militar en los círculos trotskistas y el grupo de apoyo a la objeción de conciencia estaba cada día más apático y desmembrado. La nueva ideología de Emilia le llevó a cuestionar fuertemente el antimilitarismo y la no violencia.

> *La estaba perdiendo. No parábamos de discutir. Empezábamos a no estar de acuerdo en casi nada. Estábamos tan a gusto y, claro, con tanta discusión nos acabábamos amargando. Y no podíamos superarlo. Ella tenía la posibilidad de desarrollar sus nuevos elementos de juicio, estaba en la calle; pero yo tenía una responsabilidad muy fuerte, mi apuesta era conmigo mismo, con mi conciencia y con el posible camino que pudiera indicar a otros. En las siguientes visitas tanta discusión me torturaba.*

La separación era algo más que una posibilidad. Parecía cercana. Además del distanciamiento y de su ruptura política con la objeción de conciencia, Emilia trabajaba como secretaria y se sentía un poco enferma (equivocadamente, le diagnosticaron una diabetes). Cada vez le costaba mucho más acudir a verlo. Pepe, aunque comprendía la perspectiva de ella, sentía un gran dolor al ver que irremediablemente la perdía. Sufría al recordar. Recordaba cuando lo habían detenido prácticamente en sus brazos. Habían vivido mucho en común. La cárcel, que parecía haber mantenido durante mucho tiempo el fuego vivo del amor, ahora aceleraba el desamor. A Pepe no le quedó más remedio que ir aceptándolo; él tenía que resistir.

Afortunadamente, a su vida de preso llegaron nuevos alicientes. Allí fue a parar su amigo Fernando, un preso político que había protagonizado el rifirrafe del camión de las coca colas

cerca de la Universidad de Valencia. En general, por muy relativa que fuera la liberalidad del penal y aunque a Pepe Beunza le atormentara la perspectiva de su inmediato futuro sahariano, la verdad es que se sintió bien, superó todas las tristezas que le acechaban y se dedicó a disfrutar de las oportunidades y del buen pasar de los días. Hasta el trato con los sacerdotes fue siempre correcto: precisamente, uno de ellos (un agustino de buena fe), previa consulta a los penados, llevaba las películas que le pedían y una máquina de proyección de cuyo buen uso se encargaba Pepe Beunza. Todo un santo varón que presos y cinéfilos presos recordarán con inmensa gratitud. Y por si eso fuera poco, estaba el mar; la belleza quedaba cerca.

> *Una cosa que realmente se agradecía era ver el paisaje de Cartagena, observar desde allí la montaña, el horizonte, sobre todo el mar, su luz y sus colores. Se veían unas puestas de sol que eran maravillosas. Ver esos crepúsculos desde la cárcel te sobrecogía.*



18. *Marcha internacional al Vaticano (1972)*

21. AUGE Y CRISIS DE LA OBJECIÓN DE CONCIENCIA

El lector ya se habrá dado cuenta de que Jordi Agulló, el segundo objetor de conciencia también encarcelado en Cartagena, no estaba en el penal de Galeras; él permanecía en la prisión naval. No podían coincidir. Cierto sacerdote de Valencia se equivocó de cárcel y al dar el nombre del objetor que quería visitar -Jordi-, acudió Pepe a recibirlo para sacarlo de su error e intentar enviar un saludo al alcoyano. Gracias a ese cura, a otras personas y a la facilidad de aquel régimen de visitas ambos presos se intercambiaron mensajes de compañerismo. Avanzaba el año 1972 y ambos tenían buenas noticias que compartir. Se había celebrado una marcha internacional sobre el Vaticano demandando la libertad de los presos de conciencia españoles. Con éxito.

> *Fueron unas cien personas disfrazadas de presos y con carteles reivindicativos en varios idiomas. Se hicieron fiestas y actividades lúdicas que acabaron siendo muy bien comentadas en la prensa de varios países. Además, continuó la campaña de los encartelados, y durante varios domingos hubo acciones en Madrid, Santander, Barcelona... Siguieron llegando muchas cartas desde el extranjero dirigidas a políticos y obispos. Los grupos de apoyo consiguieron arrancar posicionamientos claros a favor de los objetores españoles por parte de la Comisión Internacional de Juristas, Consejo de Europa, Amnistía Internacional, etcétera. Más tarde, con motivo de la celebración de la Conferencia Episcopal, escribí una carta para que llegara a los obispos más progresistas, con el fin de interpelarlos sobre la objeción de conciencia. Gracias a una gran persona, una mujer francesa llamada Marie Laffranque (solidaria desde entonces con el movimiento antimilitarista del Estado español), la carta llegó a su destino y recibí respuesta de varios obispos.*

Después de Pepe Beunza, Jordi Agulló, Juan Guzmán y Víctor Boj, los que dieron el pistoletazo de salida en 1971, las buenas noticias para la objeción de conciencia siguieron acumulándose durante 1972. Otro chico de Alcoy, Juan Antonio Linares, se declaró objetor en abril de ese año. Más tarde el sacerdote Francisco López de Ahumada se negó a jurar bandera (al poco tiempo, otro cura, el madrileño Juan Pescador, seguía esos mismos pasos y devolvía la cartilla militar).

No se conoció ningún otro testimonio de desobediencia hasta que Rafael Rodrigo, un estudiante valenciano que estaba realizando las milicias universitarias durante el año 1972, escribió a Pepe Beunza diciéndole que conocía su experiencia y que, aunque le quedaban unos meses de servicio militar, pensaba declararse objetor. Pepe le contestó apresurado. Quería decirle que esperara, que se puede ayudar de muchas formas, pero hubo grandes dificultades para la comunicación porque esos intentos de contacto fueron seguidos e interceptados por el Servicio de Inteligencia Militar. Pese a todo, el objetor sobrevenido cumplió sus intenciones y tiempo después, ya en 1974, acabaría encarcelado y enviado al Sáhara (no obstante, lejos de haber escarmentado, Rafa Rodrigo sería durante años uno de los más importantes puntales del grupode objetores valencianos).

Hubo también algún caso de gente que anunció su objeción y no dio el paso, o que lo inició y no pudo afrontar con fuerza la represión: el chico de Alcoy, el amigo de Jordi Agulló, tras varios meses de calabozo, afectado por una fuerte depresión, no pudo resistir y optó por terminar el servicio militar (ya se sabía que esas cosas podían pasar: en los grupos de objeción de conciencia se hablaba mucho de ponderar las fuerzas de cada uno, de huir de las heroicidades mal entendidas, de respetar los miedos y de asumir la reversibilidad de las decisiones). Hasta 1975 no surgiría ningún otro nuevo objetor desde dentro de los grupos de apoyo ni en los ambientes de aquella campaña iniciada con Pepe Beunza.



19. Jordi Agulló, Pepe Beunza, Juan Guzmán (Barcelona, 1974)

Entre 1971 y 1972 seis conscriptos se declararon objetores, pero, con los sacerdotes refractarios a cualquier bandera que no fuera la de la paz, ya eran ocho los testimonios vivos de un pacifismo activo -todavía aislados pero vivos-, ocho ejemplos individuales de una nueva actitud frente al militarismo, en la España de Franco, dentro de sus propios cuarteles. No eran ni tan siquiera una minoría, pero su mensaje tenía la capacidad de generar respuestas: ¿por qué? Cuestión de método. Los primeros desobedientes civiles provocaron cierto revuelo, entre otras cosas, porque eligieron bien la estrategia y supieron rentabilizar sus costes personales. Tal es la filosofía básica de la desobediencia civil.



20. Pepe en el patio del Penal de Galeras (21-7-72)

En Cartagena, claro, Pepe Beunza se relacionó mucho con los Testigos de Jehová. Se hizo buen amigo de algunos, precisamente de aquellos que a veces parecía que se podían rebelar contra las injusticias de la cárcel o tal vez contra las imposiciones de los jerarcas de su propia confesión. Allí comprobó que vivían un verdadero drama, un martirio que galvanizaba su milenarismo apocalíptico (por eso para ellos negarse a hacer la mili no era un valor sino un dogma, por eso no postulaban un cambio normativo que acabara con el drama de todos, por eso de sus creencias nunca ha podido surgir una actitud de compromiso social). Eran muchos los encarcelados en el penal de Galeras, tenían un superintendente, estudiaban demasiadas horas y demostraban un gran sentido de disciplina interna; sin embargo, no formaban una comuna entre ellos ni participaban en actividades comunitarias con el resto de presos.

> *Las han pasado muy putas. Claro, en los cuarteles casi nunca colaboraban y por eso los mandos se encabronaban con ellos; pero es que se empeñaban una y otra vez en hacer proselitismo, en predicar y no dar trigo, hasta que la gente les cogía manía. Lo pasaban muy mal, pero lo superaban porque cultivan la mística del martirio, porque para ellos el mártir se asegura la salvación. Pero aparte de eso, que puede ser respetable, yo creo que han tenido un papel muy negativo, políticamente, socialmente, y también desde el punto de vista religioso. La suya es una religión de servidumbre, de servicio al poderoso: si los dejaran a lo suyo, vivirían perfectamente bajo cualquier dictadura; trabajarían, colaborarían con el poder y no protestarían nunca. La prueba es que cuando hay huelga los testigos acuden al trabajo. Les discutías esas cosas y decían que eran neutrales. Pero esa neutralidad repugnaba a la gente, porque se aprovechan de las luchas de quienes despreciaban. José María les hacía todo el boicot que podía.*

Pepe Beunza intentó más de una vez hablar con ellos de posibles acciones de protesta colectiva (recuérdese que en 1972 había unos doscientos testigos encarcelados en España). Les decía que tuvieran en cuenta el follón que habían conseguido montar apenas dos o tres objetores no violentos con algunos apoyos sociales, y que si ellos, que eran cientos, protagonizaban algún tipo de protesta, con total seguridad obtendrían un éxito tremendo y un beneficio para todos los objetores de conciencia. Pero siempre le contestaron que sólo cabe esperar la voluntad de Jehová, que de nada sirve luchar porque todo está predestinado: un día llegará el Armagedón, el mundo se acabará, conseguiremos librarnos de las cadenas terrenales y seremos eternamente libres. Genial. Celestial. Demencial, pero real.

Para todos los presos iba transcurriendo el tiempo. Muchos tendrían que partir a otros destinos. Los testigos tenían claro que rechazarían el batallón disciplinario; volverían a ser juzgados y acabarían en un penal de las Canarias o tal vez en el Sáhara. Eso se explica porque los penados por deserción -recuérdese que Pepe Beunza era considerado desertor- y todos aquellos que, por cualquier otro delito, fueron condenados en consejo de guerra a más de tres años tenían que terminar el tiempo de servicio militar en un batallón disciplinario. Por eso José María partió para el Sáhara. Y por eso, porque en diciembre terminaba su condena y afrontaba un tiempo de dudas, Pepe Beunza pidió al amigo que le escribiera y le contara todo lo que le ayudara a tomar una decisión. Además, junto a los motivos más personales -los del cansancio del desobediente-, estaba la posibilidad de crear una alternativa visiblemente diferente a la de los Testigos de Jehová, algo que alentara de mejor forma la disidencia propiamente antimilitarista.

> *Los Testigos de Jehová se negaban a ir al batallón disciplinario, volvían a desobedecer y eran condenados a seis años. Pero nosotros no podíamos seguir esa línea mecánicamente, teníamos que medir la fuerzas. Pasé unos días de gran incertidumbre. El 13 de diciembre tendría que salir en libertad. A la mayoría le daban la libertad y un mes de plazo para ir al Sáhara, con pasaje gratis, ahorrándose la penuria de la conducción. En fin, decidí ir al Sáhara y escribí a la gente del grupo de apoyo para que valoraran la decisión y no la vieran como una incoherencia. Claro, también influía ver*

que el grupo estaba muy flojo, que la campaña del estatuto estaba paralizada, etcétera.

Anduvo agitado hasta aclararse. Sopesó el alcance de su decisión. A él y a otros objetores les podría animar la idea de ir al batallón del Sáhara porque se sabía que de esa forma antes de dos años acabaría su tiempo de castigo, que «de facto» la pena por desobediencia civil al servicio militar obligatorio no sobrepasaría los cuatro años. Todo eso coadyuvó a que decidiera asumir el castigo disciplinario. Cuando imaginó posibles situaciones humillantes en un ambiente mitad carcelario mitad castrense anticipó mentalmente lo inquebrantable de su dignidad («seguirá siendo íntegra mi objeción»). Pensó que no serían tantas las concesiones que tendría que hacer y que, en todo caso, merecía la pena vivirlo e investigarlo. Una carta de octubre de 1972 dejó bien patente esta postura ante los grupos de apoyo a la objeción.

Lo más urgente -decía en aquella carta- es que rompamos con la inercia de los Testigos de Jehová, que podría perjudicarnos mucho... nosotros no creemos que Jehová venga a sacarnos de esto ni que el Armagedón vaya a romper nuestras cadenas. Esto lo hará nuestra lucha... Corro el riesgo de que el batallón disciplinario sea mucho más humillante de lo que espero. Es un riesgo que veo necesario aceptar, pues por ser uno de los primeros objetores «abiertos» no tengo más remedio. Entonces ya vería cuál es la decisión más conveniente. Creo además que al Gobierno le ha de preocupar más el que termine el batallón y siga trabajando por la objeción que el que me pase algún tiempo más en la cárcel. Creo que aceptar el batallón, con todos sus riegos, porque hay que verlo como un castigo más, es seguir poniendo toda la carne en el asador y me gustaría que lo vieseis así.

Júzguese la decisión teniendo en cuenta que se estaban escribiendo las primeras páginas de una fase histórica de la lucha antimilitarista que, en realidad, y bajo una dictadura militar, acababa de empezar. Se trataba de abrir nuevas posibilidades y de sortear escrúpulos ideológicos influidos por la nefasta presencia de los Testigos en el discurso de la desobediencia civil y de la no violencia. Finalmente, su inquietud fue sobrepasada por los hechos: se lo llevaron hacia el Sáhara antes de lo previsto. Durante esa época, por miedo a las deserciones, la Capitanía General de Valencia empezó a actuar de otra manera, a dictar órdenes de traslado al Sáhara sin conceder previamente la libertad. Él temía cualquier cosa pero esperaba salir en libertad, estar un mes con la familia, aclarar las cosas con su chica, trabajar con el grupo de apoyo y revitalizarlo, discutir con su gente sobre el futuro de la lucha antimilitarista una vez aceptada la opción del batallón disciplinario, ir después en avión al Sáhara... Los compañeros de la oficina de Galeras procuraron extraviar su documentación; pero en Capitanía, curiosamente, el expediente de Beunza estaba muy al alcance de la mano. Así las cosas, el 23 de octubre se adelantó la Policía Militar con la orden de conducción. Precisamente cuando esperaba la inminente llegada de Emilia, de prisa y corriendo, sin poder hacer el equipaje decentemente, esposado, sin apenas preparación psicológica para un duro y largo viaje, Pepe Beunza partió para el Sáhara.

Después de una larga conducción que duró muchos días por las muy pintorescas cárceles sureñas, después de conocer los ambientes de las cárceles civiles de Cartagena, Murcia, Granada, Málaga, Puerto de Santa María y Cádiz, una mañana fue trasladado al puerto gaditano. Todo el horror de las conducciones por carretera se supera con creces cuando se habla de un grupo de presos hacinado en algún lugar de un barco de pasajeros. Es patético.

Nos metieron en un camarote a tres presos esposados con dos guardias civiles vigilándonos. Cuando el barco llevaba una hora navegando nos soltaron y nos dejaron ir al salón principal a reunirnos con otros presos, pero para ese momento yo ya había cogido un mareo terrible. No nos dejaban subir a cubierta y fue bastante desagradable, siempre sentados y todo el mundo vomitando. Además, veíamos a las chavalas con sus trajes de baño subir hacia cubierta... y nosotros allí , sentados en el salón, con los dientes largos. Y para dormir se repetía la escena del principio: tres presos esposados

a la pata de la cama, en un camarote con dos guardias civiles. Por fin llegamos a Santa Cruz de Tenerife y después a Las Palmas, a la prisión de Barranco Seco, un cárcel civil muy cosmopolita, llena de extranjeros, la mayoría por asuntos de drogas.

Pepe Beunza estaba tranquilo en su nuevo destino canario. Recuerda que era ya un experto de las cárceles. Estuvo un tiempo en el castillo de San Francisco del Risco, una prisión militar que albergaba a muchos Testigos de Jehová. Allí pudo ver con qué saña se burlaban de ellos tanto los presos como los guardianes. A veces eran maltratados.Por momentos pensó que tal vez le daban la libertad, pero el mismo día del fin de su condenafue conducido a un barco y trasladado al Sáhara. Llegó el 14 de diciembre de 1972. Desde quesalió de Galeras habían transcurrido cincuenta y un días de conducción. Tenía por delante quince meses de batallón disciplinario. No volvería a Valencia hasta la primavera del año 1974.

22. Un corrigendo en un desierto disciplinario

Saltó del anfibio y poco después pisó la arena. Rápidamente recaló en El Aiún. Ahora le costaría mucho más salvaguardar y defender con dignidad su condición de objetor de conciencia. Su decisión estaba fundamentada, pero los motivos de contradicción estarían a la orden del día. Muchas cosas tendría que aprender para sobrevivir y para sentirse en armonía con su conciencia antimilitarista. Tampoco tenía un manual. Todo lo tendría que vivir, improvisar. Seguía siendo el primero. Sobre demasiadas cosas no entendía mucho o no entendía nada.Lo que sí entendió desde el principio es que uno de sus peores enemigos sería el paso del tiempo. Tendría que idear la forma de dejar al tiempo sin peso. Nada más llegar se dio cuentade que la gente, soldados y corrigendos, tenía por diversión favorita acostarse en la litera y contar el tiempo que pasaba.

> *Empezaba uno: «me quedan cuatro meses, quince días, tres horas y treinta minutos». Lo decía gritando, como histérico. Pero es que al cuarto de hora empezaba el tío: «me quedan cuatro meses, quince días, tres horas y quince minutos», igual de histérico. Me asusté al pensar que ésa iba a ser la retahíla de cada momento. Cuando nos acostamos, al rato me despierta otro tío, un soldado, dándome golpes, con una borrachera tremenda y diciéndome: «Estoy licenciado, estoy licenciado, toma, pégate un trago». Le decía que no quería beber y él no me dejaba, una y otra vez, hasta que le tuve que gritar que se largara. Acudieron otros soldados y le dijeron: «Déjalo, es un corrigendo». Entonces el tío me miró como asustado y se fue corriendo. Aprendí algo importante: que a los corrigendos nos tenían un gran respeto.*



21. *Barracones de Cabeza Playa (El Aaiún, Sáhara)*

Afortunadamente, muy pronto encontró a su amigo José María Coderch, quien le aconsejó que procurara coger la oficina como destino. Comenzó su nueva andadura bien arropado y bien informado, también uniformado, con un uniforme marrón, el color que distinguía a los que purgaban alguna pena para diferenciarlos de los legionarios. Allí, Pepe Beunza era un corrigendo por deserción, aunque de sobra supieran que era un objetor incorregible. A poco que lo pensara se daba cuenta de que estaba en el ambiente más extraño y que más podía repugnar a su

conciencia. Otra vez se sintió mal y deprimido, pero ya había aprendido a controlar y superar las depresiones. Supo que podía soportar todo aquello aunque era consciente de estar obligado a llevar una vida disparatada, más absurda que la de cualquier espacio carcelario normal, civil o militar.

Ciertamente, aquello era una especie de encarcelamiento escamoteado, una cárcel diferente, a caballo de muchas técnicas de castigo y disciplinamiento; por un lado sutil prisión y por otro espacio militar extravagante. Estaba rodeado del entorno legionario, de sus ostentosas muestras de militarismo salvaje, sus negras leyendas y sus cánticos patológicos; pero en su unidad no había armas, no se hacía instrucción. No se podían obviar ciertos rituales militaristas pero sí sustraerse de la cadena militarista, de ese servicio militar que había rechazado, de todo eso que, hasta el momento, le había llevado a dos calabozos, diez cárceles, dos consejos de guerra y, ahora, a un batallón disciplinario de la legión española en el Sáhara.

> *Me dijeron que anteriormente había armas en esa unidad, pero unos corrigendos borrachos mataron a un oficial y se prohibieron las armas. La verdad es que estaba allí lo mejor de cada casa. Se nos dejaba por imposibles. Sobre todo se trabajaba en la construcción y en camiones cuba repartiendo por el pueblo o por diferentes cuarteles. A mi me reclamaron para la oficina.*

Entre los legionarios, con sus explosivos taconazos y su espigada posición de firmes, y con sus aseados uniformes de paseo; y los corrigendos, con sus feos, estrechos o anchurosos y desgarbados ropajes de un marrón de mil tonos, y sus malas maneras y sus rostros insolentes, parecían el ejército de Pancho Villa. Así eran conocidos. Tal era su estigma diario. La imagen de turbamulta de los señalados. Casi todos analfabetos. La mayoría desertores. Algunos denunciados por ladrones, inmorales, violentos, peligrosos, temerarios, drogadictos o traficantes.

Condenados individualmente, pero imaginados todos juntos con los mil nombres de la depravación. Eran los hombres infames. Los criminales. Los fracasados. La gente que no daba una a derechas. Los desesperados. Los refractarios a la frustración. Los frustrados. Los que tenían muy poco aguante. Los que siempre acababan cagándola o abandonaban. Los que se abandonaban. Los irresponsables que se despistaban. Los incapaces. Los inútiles que no soportaban el rigor y la rutina de la disciplina militar, la abnegación, el trabajo, el espíritu de sacrificio por España y el sentido del deber. El desastre de la patria. La morralla del ejército español. Su fracaso.

> *Muchos estaban allí por problemas de desesperación, por haber tenido algún follón en los cuarteles con algún mando, o con la tropa. Pero era peor. Unos meses antes de que yo llegara, el 29 de mayo de 1972, se escaparon dos corrigendos, José Miguel Muñoz Sánchez y Andrés Regueiro Carnota. Robaron un jeep y se fueron por el desierto, queriendo llegar a Argelia. Chocaron con un río de arena, una barrera que no les dejó pasar. El 10 de junio fueron encontrados completamente deshidratados, comidos por las alimañas, muertos. Se habían bebido hasta el aceite del cárter. Están enterrados allí, en el mismo lugar, en el río Auletis, a 80 kilómetros, en el puesto de Guelta. Me gustaría que este recuerdo fuera un pequeño homenaje a esos dos seres anónimos que murieron siguiendo el anhelo más sagrado que tiene la persona: la búsqueda de la libertad. Nadie visitará sus tumbas, por eso yo he querido recordarlos y nombrarlos dignamente, con sus apellidos. Entonces, en cambio, sus imágenes fueron tratadas vilmente por las autoridades militares. Jamás podré olvidar lo que les ocurrió. Les hicieron unas fotos impresionantes y las colocaron a la vista de todos los corrigendos, en un tablón de anuncios, para que sirviera de aviso a los desertores que se empecinaran en huir.*

El método terrorista no amedrentaba del todo. Surgían nuevos casos de total inadaptación. La desesperación de los desesperados hizo que otros corrigendos emprendieran idéntico camino, hacia el desierto, hacia la libertad o hacia prisiones más severas, quizás hacia la muerte; pero la verdad es que casi siempre los apresaban las patrullas de tropas nómadas. No obstante se salían del encierro, eran forajidos y algunos tuvieron éxito. En línea recta Marruecos quedaba a unos treinta kilómetros. Aunque, lamentablemente, ahí no acababa todo: las autoridades marroquíes repatriaron a huidos que consiguieron pasar sus fronteras.

Pepe Beunza hizo amigos pese a que el ambiente no era muy propicio para la convivencia armoniosa. La coexistencia entre los corrigendos estuvo siempre salpicada de tensiones, riñas, insultos y robos a diestro y siniestro. Tuvo que esforzarse para evitar todo eso, aunque más de una vez sufrió la experiencia de tener que separar a quienes se peleaban dándose palos y puñetazos.

José María estaba en otro cuartel. Sin él, Pepe se aburría enormemente en la oficina. Intentó escabullirse para trabajar en la construcción y parecía haberlo logrado, cuando le hicieron volver para que se ocupara de los test psicotécnicos. Se sentía ahogado en esas tareas. A punto estuvo de tirarlo todo por la borda y protagonizar un escándalo, pero siempre sopesaba el alcance de sus acciones y la necesidad de compartirlas con la gente que apoyaba la objeción y la no violencia. Lo valoró todo muchas veces. Notaba que se trataba de algo visceral y que quizás no necesitara de tantas reflexiones.

Escribió una carta a su familia en la que decía: «Antes me oponía a lo militar por principios; ahora que voy conociéndolo más a fondo, siento una repugnancia profunda que no quiero que crezca demasiado, ya que debo estar aquí bastantes meses y no quiero amargarme la vida». Muy pronto mejoró su situación. Se fue adaptando. Salvando la opresión de la vigilancia militar, por lo demás, las cosas no le fueron del todo mal.

> *Para Navidad ya tenía el pase, el carnet que me permitía ir al pueblo a pasear. Era lo mejor. Claro, yo salía siempre... Además, volvió José María a la oficina. Ahora todo iba sobre ruedas. Incluso protestamos por la obligación de asistir a la aberrante misa dominical y conseguimos no tener que acudir a costa de limpiar el barracón ese día. Era mejor. Después nos marchábamos. Siempre salíamos, todos los días. Íbamos a los baños turcos, a las tiendas de artesanía... y al parador, a olvidarnos del ejército, a leer algún libro, a charlar con la gente. Al final conocimos muy bien los barrios, el oasis cercano, la playa... y todo lo que el ejército español hacía allí, el gran número de prostitutas que acude a sus ambientes y su importante papel en el funcionamiento de esas unidades militares. Supimos que a los soldados se les aleccionaba contra los saharauis, les decían que los moros no eran de fiar... y muchos soldados no salían de los cuarteles. También nos enteramos de lo que eran los militares para el pueblo saharaui: España llenó el Sáhara de legionarios y chulos, de violencia, corrupción, alcohol, borracheras, prostitución... y le robó sus riquezas, su propio desarrollo, su vida.*

El simple acto de protestar contra la obligatoriedad de la misa legionaria, el que prefirieran limpiar antes que abdicar de sus ideas, sorprendía tanto a la gente que se significaron y empezaron a adquirir cierta fama y prestigio. Domingo a domingo otros corrigendos se despistaban, preferían no ir a misa y se quedaban con ellos a limpiar el barracón. Todo un éxito reconfortante. Pero aquél era un lugar muy complicado para la actividad política. Tenían el correo absolutamente intervenido. El capitán se lo dijo a la cara: «José Luis Beunza, le tenemos muy pero que muy controlado y ha de saber que le seguimos, hay un cabo encargado de registrar todos sus movimientos». El capitán le obligó a dar aviso de todas sus salidas, lo cual aumentaba el control y el agobio por el control. Pensaba en el tío que lo seguía por las calles y no dudaba en que acabaría volviéndose loco de tanto ir de un sitio para otro, porque cuando él salía de paseo, realmente, no paraba de pasear.

Por absurdo que parezca, cada vez que el T 7, o sea, Pepe Beunza, se iba para la calle debía decírselo a un cabo, porque, al parecer, éste avisaba al cuartel general («que sale el T 7») y entonces salía también el agente del servicio secreto encargado de seguir a todas partes al objetor. De esa forma se alimentan sensaciones verdaderamente atosigantes. Así se hace de cualquier territorio un espacio policial. Así se difunde el miedo, el racional y el irracional. Por eso su amigo y él sentían que mil ojos miraban o que mil oídos podían estar a la escucha. Si intentaban hacer algo rápidamente debían dejarlo. En seguida lo sabían los militares, o parecía que podían saberlo. Todo ese mal ambiente de control aún se enrareció más después de haber mantenido reuniones clandestinas con algunos saharauis para escuchar sus reivindicaciones políticas y ayudar de alguna forma a esa causa: dichos movimientos trascendieron y fueron seguidos de cerca por el servicio secreto (tenían amigos dentro que les dieron el aviso a tiempo).

Aquellos vigilantes tuvieron que sorprenderse mucho cuando comprobaron que, en ciertas ocasiones, el objetor era abrazado con cariño por un comandante del Tercio y que incluso lo recibía en su casa. Ese oficial llamó a Pepe Beunza para ofrecerle ayuda porque su cuñado era muy amigo de su padre y también porque había sido defensor de los Testigos de Jehová en varios consejos de guerra (lo designaban porque trabajaba bien su línea de defensa). Cuando el servicio secreto habló con el susodicho comandante para comunicarle que estaba recibiendo en su casa a un peligroso subversivo contestó que él elegía bien a sus amigos.

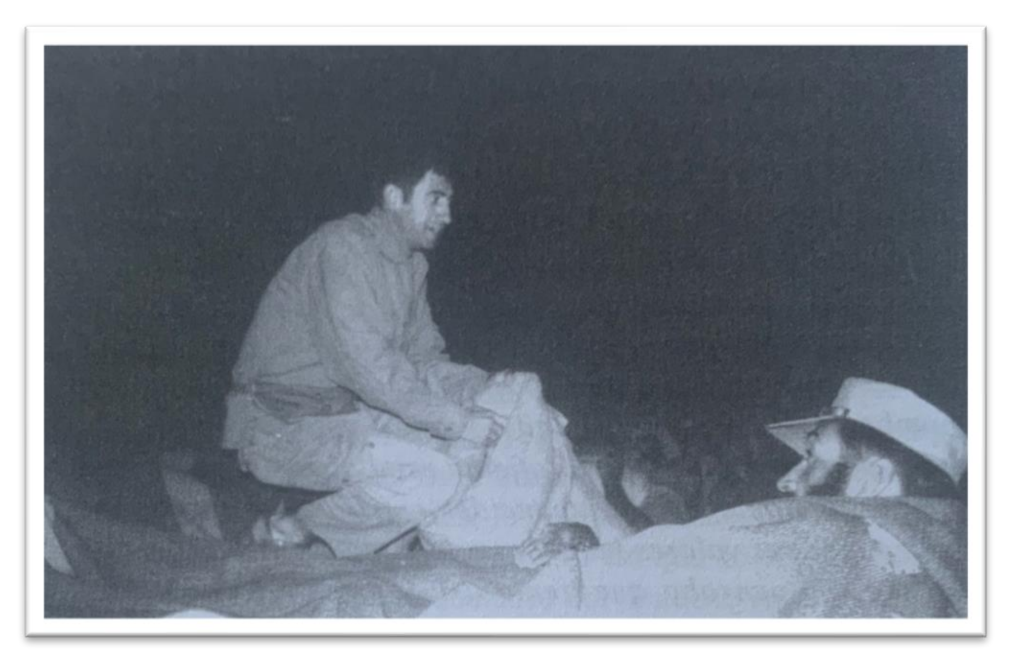
> *Madre mía, cuando veían a un comandante de la legión abrazar a un corrigendo todo el mundo alucinaba. Aquel hombre fue todo amabilidad conmigo. Quiso buscarme un buen destino, pero yo en la oficina estaba muy bien. Le guardo agradecimiento porque me demostró que era valiente al anteponer sus valores humanos a la imagen que el ejército le exigía. Yo pensaba que gente así da prestigio al ejército, pero... es así. Además, yo estaba muy fichado por el ejército y sin embargo él me defendía, y de esa manera estaba menos expuesto a cualquier arbitrariedad.*

Tanto control sobre él, efectivamente, podía llevarle a barruntar cualquier fechoría. Pero no se entristecía. Lo llevaba muy bien. Tampoco caía enfermo, lo cual era gloria bendita en aquellas circunstancias. Apenas tuvo algún arrechucho, alguna vez, y cierta maldita gripe. Estaba fuerte y sano. Se cuidaba como podía; pero también sintió el miedo a la enfermedad y a los contagios, porque nunca fue vacunado contra nada: aunque saltara a la vista la falta de higiene, la suciedad, los parásitos, el mal estado del agua y otros riesgos evidentes, sólo recibió una vacuna cuando se declaró la famosa epidemia de cólera de 1973. Pese a todo, definitivamente la vida tomaba impulso. En la sandalia solía hacerse un corte porcada mes que pasaba, pero al poco tiempo se le olvidó (prueba inequívoca de que el castigadoha vencido al tiempo que pesa y que duele). Siempre estaba animado y, realmente, acumuló motivos para estarlo. Llegaba gente procedente de Galeras. Lo peor de todo era que algunos se emborrachaban y metían la pata hasta el garrón, se peleaban o se iban al pueblo cuando no tocaba. Tuvieron muchos problemas con algunos compañeros porque cuando bebían podía ocurrir cualquier cosa, y muchas veces llegaban los castigos y malos rollos. Más de una vez tuvieron que esconderle la ropa a algún amigo borracho, para que no se fuera, para evitarle dos meses de «pelota», de calabozo.

Un día recibió la visita de un soldado que resultó ser un buen amigo valenciano: gracias a que su mujer era enfermera, se pudo trasladar al Aiún para estar con él; se habían instalado y ahora ofrecían su vivienda para lo que hiciera falta, todos tenían un piso disponible. Ya contaban José María y él con el mejor de los recursos para ser un poco invisibles, para eludir las vigilancias militares, para ocultarse de miradas insidiosas. Al menos para evadirse. Era más que suficiente. Fueron haciendo cuadrilla. Poco a poco consiguieron conformar un auténtico grupo de amigos. Congeniaban, eran de izquierdas y se lo pasaban bien.

Sólo les faltaba dinero y por eso cada cual ideó formas de buscarse la vida. Pepe Beunza, el

famoso objetor por cuya libertad suspiraba mucha gente, mientras que la revista Fuerza Nueva seguía insultándolo y presentándolo como un supuesto converso, hacía y vendía pulseras artesanales y, con su amigo José María, se dedicó a la venta de pipas y cacahuetes. Una imagen muy simpática. Su amigo, el periodista Julio Zapater, todavía lleva en su muñeca una de aquellas pulseras: en un reportaje de la Televisión Valenciana Canal 9 (dedicado a la figura del primer objetor), Julio recordaba que Pepe Beunza era un sujeto muy heterodoxo en el Sáhara. Chocaba ver al objetor del batallón disciplinario vendiendo pipas y cacahuetes a los soldados.



22. Vendiendo pipas en el gélido cine del cuartel de la legión (Sidi-Buya, El Aaiún, 1973)

> *Lo de las pipas lo teníamos bien montado. Aparentemente da mucha risa, pero era la forma de tener muy buenos ingresos al mes, unas quince mil pesetas limpias (del 73) para los dos. Trabajábamos unas dos horas diarias. Lo peor era ir al pueblo y volver cargados con dos o tres sacos y que no nos descubriera el teniente cuando entrábamos por la puerta. Pero cuando ya estábamos dentro los mismos vigilantes, que nos avisaban de que no estaba el teniente, se quedaban con pipas y cacahuetes y empezaban «pipas, pipas, pipas». Nos llamaban los pipas. Todo era la mar de divertido. Uno vendía a los soldados que se iban de paseo y otro se iba a la puerta del cine. Luego entrábamos en el descanso de la película y armábamos buen follón, íbamos gritando y cantando «ricas pipas, cacahuetes, palomitas de maíz, a la rica pi pi pi pi pi pi». Todo el mundo se reía y nos compraba.*

Aunque con suma prudencia y cuidado, más de una vez elevó la voz para denunciar las malas condiciones de vida en el batallón disciplinario. Lo que más incitaba a la queja era que la comida iba aderezada de insectos de todas las clases. Eso dio pie a que llegara la única ocasión en que alguien le cruzara la cara, la primera y última en sus tres años y pico como preso de conciencia.

Un capitán le pegó un guantazo por denunciar en el comedor y en voz alta (sin seguir el inoperante conducto reglamentario) que había bichos en la comida. Al parecer, y como tantas veces, sobre la sopa nadaba toda una legión de bicharracos asquerosos. Sonó la voz del quejoso, sonó la bofetada, y por el comedor sonaron las risas contagiosas de los corrigendos. Sin embargo, a pesar de la afrenta, Pepe Beunza se quedó satisfecho cuando comprobó que acto seguido aquel capitán armó una bronca tremenda en la cocina. Para más gloria de su ya acreditada fama de hombre luchador, la comida mejoró bastante, desaparecieron los bichitos más grandes y todos los compañeros se lo agradecieron.

23. LA HUMILLACIÓN

Entre 1973 y 1974, verdaderamente, la causa de la objeción antimilitarista estuvo bastante paralizada. Recuérdese que eso ya se empezó a notar a finales de 1972 y que fue considerado por Pepe Beunza para aceptar como final de su trayecto el Sáhara. La represión, de varios años de cárcel y batallones disciplinarios o de hasta dieciocho años si no se cortaban las condenas en cadena, seguía haciendo muy difícil abrir camino.

No pocos escribían entonces a Pepe Beunza explicándole cómo iba el debate político sobre la objeción de conciencia. Entre otros, el dibujante Forjes le anunciaba lo más inmediato en una carta fechada el 23 de octubre de 1973: «Personalmente me temo que no se va a dar figura legal al objetor, simplemente se va a montar un tinglado sobre los que se nieguen a prestar el servicio militar. No obstante lo que sí parece cierto es que desde luego las condenas en cadena desaparecerán».

Algunas personas (Gonzalo Arias, Lorenzo Barberá y otros) reflexionaban, escribían. Gonzalo Arias propuso un método de objeción que, aunque testimonial, podía ir sumando fuerzas a la causa: aunque el soldado siguiera siendo soldado dejaba en una carta bien clara su postura contraria al uso de las armas y una defensa de los ideales no violentos. En los grupos de apoyo se proponían nuevas formas de actuar. Se empezaba a hablar de posibles acciones colectivas. Mientras tanto, en Italia se avanzaba legalmente. En Grecia caían los coroneles, llegaba la democracia parlamentaria y los objetores de conciencia abandonaban las prisiones. Con la Revolución de los Claveles también serían amnistiados los objetores portugueses. Todavía sonaba a mera especulación proyectar un futuro de ejércitos totalmente profesionalizados, pero cambiaban las cosas en Europa occidental para la vieja conscripción militar. Sólo España destacaba por su dictadura y, en consecuencia, por la represión de cualquier voz que sonara antimilitarista.

> *Y yo seguía por allí, por el Sáhara, mascando arena, con el Siroco metido en la cabeza. Decían que todos estábamos ensirocados, que el viento se nos metía en la cabeza y nos volvíamos locos.*

Quizás lo peor de todo lo que tuvo que pasar fue cuando le dijeron que tenía que jurar bandera. Los corrigendos también estaban obligados a hacerlo. Pepe Beunza sabía que tenía delante un nuevo reto, pero era un reto que ya llegaba contrahecho y a contratiempo. A esas alturas no quería engañarse con alardes equivocados. No quería pasar por otro consejo de guerra. Pero tampoco aceptaría desautorizarse demasiado, sin dejar clara su postura y sin provocar algún tipo de respuesta reflexionada. Dijo que sólo juraría la bandera si constaba que iba forzado y en contra de su conciencia. Sus mandos lo amenazaron con acusarlo de comunista y después, ante su insistencia, buscaron con él una componenda.

Ideológicamente, la jura de bandera era una situación claramente contradictoria. Él no había abdicado de nada. Precisamente, en casa de unos amigos pudo cierta vez discutir abiertamente con militares que le dijeron que todo lo que los objetores estaban planteando se solucionaba con unos cuantos fusilamientos. No obstante, desde el momento en el que decidió asumir el batallón disciplinario, el aspecto humano es el que más ha de considerarse, porque Pepe, después de tres años de resistencia quería que todo aquello acabase, seguir la lucha de otra manera, con otros compromisos, buscando estrategias mejores para los nuevos objetores.

Al final, el ritual de la jura fue realmente una patraña que duró apenas dos minutos: sucedió al día siguiente, en un lugar apartado y con varios extranjeros de la legión haciendo una especie de promesa laica que no tenía ningún valor para los militares, aunque para Pepe Beunza fuera

realmente humillante (había encontrado una buena salida personal pero no dejaba de ser una renuncia para quien era conocido por desobedecer con fundamentos antimilitaristas). Escrúpulos ideológicos aparte, en la práctica, todo aquello, todo, era un indicador de deslegitimación del ejército, lo era porque tampoco tenía demasiado valor la jura de muchos otros corrigendos: los unos acudían borrachos, de cachondeo, haciendo el tonto al intentar marcar el paso; los otros llegaban con el pie en cabestrillo, o vendados, de mil falsas maneras para poder jurar como enfermos, después de los torpes. Pepe Beunza aprendió mucho, de sí mismo y de todo aquel espectáculo delirante que tenía ante sus ojos, los ritos estúpidos que rodeaban su vida de castigado, supuestamente, para corregirlo. De todo aquello que pasó tuvo cumplida información el Estado Mayor del Ejército en Madrid. Pedían un informe de Beunza cada diez o quince días. El objetor lo supo a propósito de la jura de bandera.

Su vida en el batallón disciplinario fue seguida por muchos más. Hasta allí llegó otro objetor, Víctor, del cual ningún grupo sabía nada: encontró muy buenos amigos y en el Sáhara se quedó a trabajar en la oficina. Todos esos movimientos eran controlados por el servicio secreto, seguramente eran comentados por muchos oficiales. De Pepe Beunza pasaban información también a los ultras del régimen, para que continuaran con su campaña de descrédito y difamación. Por eso la revista Fuerza Nueva, muy leída en el Sáhara, publicó un artículo el 13 de octubre de 1973 en el que trataba el asunto Beunza con sorna y mala sombra. Los insultos de los ultraderechistas, al igual que los del diario carlista El Pensamiento Navarro, encendieron el ánimo del padre: el notario Daniel Beunza se había convertido ya en uno de los pilares más importantes de la campaña política de la objeción de conciencia (basta con leer la correspondencia de ambos para conocer los muchos contactos que el padre facilitó al hijo y los muchos recados que hubo de hacer ante periodistas, políticos y gente de iglesia).



23. Barracón de la Primera Compañía disciplinaria (Sidi-Buya, El Aaiún, 20-4-1973)

Fuerza Nueva *decía que José Luis Beunza, el destacado objetor, según fuentes informativas militares, se había convertido en un soldado ejemplar en una unidad en armas. Tenía una mala leche terrible. Decían que informaban para que tanto imbécil pacifista que se dejaba engañar comprendiera la verdad de la situación. Mentían con lo de la unidad en armas. Y, claro, no se decía que había sido condenado por un consejo de guerra a estar quince meses en un batallón disciplinario y que estaba en el Sáhara.*

Sólo con decir eso la gente lo hubiera entendido todo. Yo no lo quise ni desmentir, decidí que no merecía la pena. Mi padre escribió a Fuerza Nueva y a El Pensamiento para protestar contra tan difamación y explicar que mi actitud seguía siendo la de un objetor de conciencia, pero nunca publicaron sus cartas.

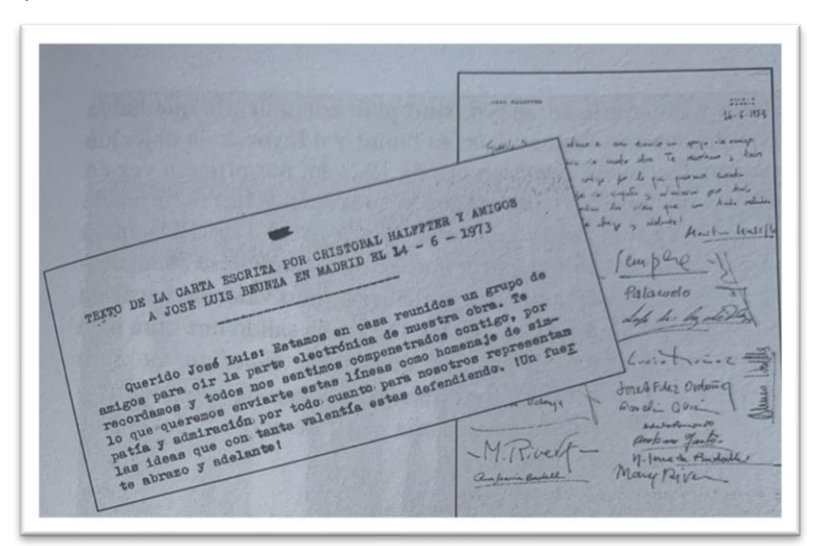
Tras vivir el mal ambiente que provocó en los cuarteles el atentado mortal de ETA contra Carrero Blanco, cuando acababa el año 1973, el Gobierno decretó el fin de las condenas en cadena para los objetores. A partir de entonces se dictaría una única pena de entre tres y siete años además de la «muerte civil» del objetor, o sea, la imposibilidad de ejercer funciones públicas (un modelo represivo que décadas después y, salvando las distancias, iluminaría al ministro Belloch contra los objetores insumisos). A Pepe Beunza le quedaba otra Navidad y unos meses más de batallón disciplinario. Procuró que el tiempo se le pasara volando. Tenía muchas ganas de salir para reorientar su vida y su lucha.

24. GAUDIUM ET SPES (BEUNZA)

Ya se sabe que su atípica vida de corrigendo no le llevaba hasta el extremo de olvidar lo que era. Recibía algunas visitas. Con él estuvo Ruiz Jiménez (hijo), Luis Lacarra y también María Jesús Arsuaga, secretaria de Justicia y Paz, la organización cristiana que presionaría al Gobierno para que regulara la objeción de conciencia. Emilia, que seguía figurando como novia oficial, también acudió a verlo (el servicio secreto y los mandos del cuartel creyeron que llegaba en misión especial, como agente de una campaña de agitación extranjera). Después de unos días de amor renovado, después de que el muy fascista director del parador nacional denunciara a los jóvenes por conducta escandalosa, decidieron dejar su relación hasta que acabara todo y pudieran aclararse.

Indudablemente Emilia le ayudó a sentirse algo menos aislado. Pero aparte de este episodio amoroso nuestro objetor ligó poco en el Sáhara: cierta vez sedujo en la playa a una chica canaria pero al poco tiempo huyó de sus insistentes requiebros; después, ya casi al final de aquel período de obligada disciplina, anduvo jugando con fuego, estuvo saliendo con las hijas de un capitán de la legión. Y poco más.

Recibía cartas de solidaridad, algunas de gente con fama y notoriedad, lo que a veces le provocaba pudor. Él sabía que, aunque las fuerzas no fueran muchas, seguía la campaña de objeción de conciencia. Sus compañeros corrigendos también lo sabían; a su manera, se enteraban de que aquel amigo era algo especial, algo político, algo importante. Porque había ocasiones para significarlo. Razones sencillas pero contundentes, como la que se vivió el 23 de abril de 1973. Era el día de su cumpleaños y recibió muchos telegramas de felicitación, bastantes de ellos procedían de países europeos. ¿Por qué? Porque los grupos de apoyo habían organizado una campaña muy peculiar con ese objetivo, para felicitar a Pepe Beunza, simplemente para eso.



TEXTO DE LA CARTA ESCRITA POR CRISTOBAL HALFFTER Y AMIGOS
A JOSE LUIS BEUNZA EN MADRID EL 14 - 6 - 1973

Querido José Luis: Estamos en casa reunidos un grupo de amigos para oír la parte electrónica de nuestra obra. Te recordamos y todos nos sentimos compenetrados contigo, por lo que queremos enviarte estas líneas como homenaje de simpatía y admiración por todo cuanto para nosotros representan las ideas que con tanta valentía estas defendiendo. !Un fuerte abrazo y adelante!

24. Texto de la carta escrita por Cristóbal Halffter y otros amigos a Pepe Beunza (Madrid 14/6/73): "Querido José Luis: estamos en casa reunidos un grupo de amigos para oír la parte electrónica de nuestra obra. Te recordamos y todos nos sentimos compenetrados contigo, por lo que queremos enviarte estas líneas como homenaje de simpatía y admiración por todo cuanto para nosotros representan las ideas que con tanta valentía estás defendiendo. ¡Un fuerte abrazo y adelante!" Firmado de izquierda derecha y de arriba abajo: Cristóbal Halffter, Eusebio Sempere, Marita Halffter, Eduardo Chillida, Pablo Palazuelo, Pili Chillida, Juan Genovés, Miguel Fisac, Lucía Muñoz, Gabriel Celaya, Fernández Ordóñez, Alonso Halffter, Araceli Aviá, Álvarez Romero, Amparo Santos, Manuel Rivera Ana, María Badell, Mary Rivera.

Yo en ese ambiente, vendiendo pipas y tal, pero la objeción de conciencia seguía su camino. Un día recibí una carta que me dejó impresionado. Era de Cristóbal Haffter. Después, por la tarde, aunque yo seguía a lo mío con aquello de «a la rica pipa, rica pipa, cacahuetes, pi pi pi pi», no me podía concentrar. Tenía aquella carta en la cabeza. Un hombre de esa categoría internacional, al que Naciones Unidas le había encargado una obra para conmemorar su veinticinco aniversario se preocupaba por mí, por un tío perdido en el Sáhara, en un cuartel miserable, rodeado de legionarios y borrachos...

Estaba abrumado. El 22 de marzo de 1973 el famoso compositor Cristóbal Haffter no sólo escribió a Pepe Beunza para saludarlo y mostrarle su apoyo, sino para comunicarle que había compuesto una «cantata» en su honor y a favor de la objeción de conciencia: «En septiembre de 1971 leí por primera vez en Cuadernos para el Diálogo una información sobre tu forma de pensar, que comparto plenamente. Desde ese día surgió en mí la intención de escribir algo que en cierto modo sirviese como descarga de mi conciencia, por no haber tenido valor de hacer en mi momento lo que tú has hecho. De ahí ha salido una obra para 32 voces y cinta electrónica que tituló Gaudium et Spes (Beunza)». Para Haffter, Beunza significaba todo eso: alegría y esperanza. Se estrenó en Colonia el 12 de octubre de 1973 y tuvo un éxito considerable.

Posteriormente, cuando salí en libertad, fui a su casa de Madrid y me recibió con gran cariño. Me dijo que él conocía desde joven la obra de Gandhi y que en 1950 quiso hacerse objetor, pero era muy mala época, la de Muñoz Grandes, y decidió hacer la mili para después continuar su carrera musical. Pero se preocupó de no coger jamás un arma y de hacerse el inútil, hasta que lo fueron dejando por imposible: tocaba los platillos en la banda militar y lo hacía tan mal que tuvieron que expulsarlo, aunque era mejor músico que ninguno. No obstante, le quedó la espina de haber ido a la mili. Hasta que un día leyó sobre mí y encontró el discurso que yo había intentado leer en el consejo de guerra. Por eso decidió hacer una obra dedicada a la objeción de conciencia. Yo la oí en Francia, en el Festival Royan 74. Tuvo un gran éxito y Cristóbal me hizo subir al escenario para que saludara porque me presentaba como el autor de la letra. Yo el autor de la letra, yo que nunca he sido capaz de escribir ni una poesía.

La obra incluye frases de Pepe Beunza en el consejo de guerra. Haffter quiso que fuera religiosa para poder estrenarla en España, pero tal cosa no ocurriría hasta varios años después, en la semana de música religiosa de Cuenca, durante la Pascua de 1977 y ante un público verdaderamente emocionado.

Ninguna obra se aplaudía, por buenas que fueran. Se celebraban en una iglesia y no se aplaudía, por costumbre. Pero esta vez, al terminar, había tensión en el auditorio. La gente liberó esa tensión aplaudiendo. Fue un gran aplauso. Puedo decir que sólo por eso, por esa música y esos aplausos en Cuenca, doy por muy bien pasados todos los sacrificios y todas las humillaciones de aquellos años.

El 11 de marzo de 1974 voló hasta Las Palmas. Recuerda que, ya muy tranquilo, otra vez fumándose un puro, y escuchando el hilo musical desde la taza de un water de los baños del aeropuerto canario, se sintió el rey del mundo. Horas más tarde, cuando el avión aterrizaba en Valencia, sus familiares y amigos no conseguían verlo, buscaban entre los pasajeros y no lo reconocían. Hasta que comprobaron que aquel moro que se hacía el despistado, el que venía hacia ellos vestido con una chilaba, haciendo tonterías, aquél que se mostraba tan chispeante y chirigotero como siempre, tan amable, amoroso, simpático y burlón, aquél era Pepe Beunza. Bienvenido.

En el mismo aeropuerto había tres jóvenes que se le presentaron. Se sentían como si estuvieran junto a una leyenda. Le dijeron que querían declararse objetores. Él les contestó que necesitaba descansar unos días, pero que en seguida se reuniría con ellos. Y así fue. Paso a paso rehizo su vida. Cortó definitivamente con Emilia. Visitó a toda la gente que pudo para

agradecerle su comprensión y su solidaridad. Inmediatamente llegó un tiempo intenso en el que colaboraría con Justicia y Paz defendiendo la causa de los nuevos desobedientes, recorrería la geografía española dando charlas y trabajaría en la primera campaña de objeción colectiva, la que se desarrolló en el barrio barcelonés de Can Serra entre 1975 y 1976. Desde que bajó del avión procedente del Sáhara, no dejó de andar sobre sus primeros pasos. Hasta hoy. Hasta siempre.

Pamplona-Jávea, octubre de 2000



25. 25 años después (1996), de izquierda derecha: Martí Olivella (amnistiado en 1978), Rafa Rodrigo (tres años y un día), Jordi Agulló (tres años y un día), Juan Guzmán (tres años y un día), Pepe Beunza (dos años de cárcel, 15 meses de batallón disciplinario).

25. EPÍLOGO: PRISIÓN MILITAR DE ALCALÁ, AÑO 2000, ESCRIBEN ALGUNOS DE LOS ÚLTIMOS INSUMISOS PRESOS

«Vansse Fenares arriba quanto pueden andar.»Poema de El Mío Cid, v. 541

Desde que el Cid pasó por las orillas del río Henares, estas tierras se han asociado con todo tipo de gestas épicas. El inmenso cuartel de la Brigada Paracaidista en Alcalá, donde se fabrican nuestros rambos aerotransportados, y la cercana base militar de Torrejón, son sólo los testigos más visibles de esa tradición heroica de la comarca. Pero no los únicos... A medio camino entre Alcalá de Henares y Meco, solamente los navegantes bien despiertos repararán en el cartel que indica: «Atención: entra en zona militar. Respeten las señales»: ¿Zona militar? ¿Será un proyecto humanitario como los de Albania? ¿Una fábrica de armas como la de A Coruña? ¿Un prostíbulo internacional para soldados de la OTAN, como en Bosnia? Sola en medio de la estepa se encuentra la única prisión militar del estado. Una cárcel leve, levantada para que los profesionales de la milicia, especialmente los que mandan algo, no tengan que hacinarse en una de esas tan violentas y deshumanizadas donde puede acabar cualquier hijo de vecino. Pero también un lugar donde un cartel que critique al Ejército puede «afectar el buen orden del Establecimiento y la reeducación de los internos de cara a su reincorporación a las Fuerzas Armadas» (Juez de Vigilancia Penitenciaria Militar dixit), donde las condiciones de vida dependen de la posición en la escala de mando (le dejamos a la lectora que adivine si la relación es directa o inversa), o donde el vicio de asomar una mísera toalla que diga «INSUMISIÓN» se cura blindando todas las ventanas con planchas metálicas agujereadas. Fuera unos cuantos árboles, y un cielo en el que alternan cientos de pájaros (pío, pío) y aviones de combate (pum,pum).

Pum, Pum, ¿quién es? Un insumiso en un cuartel. Se abre la muralla

Se abre la barrera. Un valenciano, dos bilbaínos, dos vallisoletanos, un sevillano, un navarro y dos gallegos nos dirigimos al pabellón n.º 9, de cumplimiento del tercer grado. Dos muros nos separan de los compañeros que, en el pabellón n.º 1, siguen encerrados día y noche en la prisión. Otros están ya en libertad condicional. Y otros todavía no han venido a hacernos compañía. En total, desde que comenzó la insumisión encuartelada (1997), la barrera se ha abierto para más de 25 desertores en todo el Estado. Tres veces para cada uno.

La primera barrera fue la del cuartel donde nos tocaba cumplir la mili. Después de casi treinta años de lucha antimilitarista... ¡por fin hemos logrado ingresar en el Ejército! Ya que éste y los políticos de espíritu uniformado hacen mutis por el foro y se escabullen del escenario del conflicto sociedad-militarismo que hace visible la acción antimilitarista, parapetándose tras su secular secretismo, reformas de la mili, traslado de los casos de insumisión a la justicia civil, inhabilitaciones y nuevo Código Penal; la *insumisión* en los cuarteles es el camino que el movimiento antimilitarista tomaba, con el fin de volver a situar el conflicto y el debate en el terreno militar. Durante unas cuantas horas, y en algunos casos durante días, nos vestimos como soldados, comemos como soldados, formamos como soldados, y firmamos los documentosque nos convierten legalmente en soldados. Intentamos disfrutar al máximo de este intenso período de travestismo, y no perdemos detalle. El más significativo: en 1999 los cuarteles se están vaciando de reclutas. Excepto cuatro fachas despistados de buena familia, aquí sólo vienen los que todavía no se han enterado de que existen la insumisión y la prestación social sustitutoria. El virus del antimilitarismo no ha estado ocioso durante estos últimos treinta años.

La segunda barrera comienza a abrirse cuando hacemos pública nuestra deserción, y acaba de levantarse a las puertas del tribunal militar donde nos enfrentamos a unos consejos de guerra muy pintorescos. La palabra pública es la palabra clave: no escondemos nuestra desobediencia. Somos gordos, feos, peludos, malolientes y antipáticos pero, aunque os parezca increíble, hay un tipo de mierda que no nos comemos. Aprovechamos ese pequeño lapsus de tiempo en que

nuestras bocas están desocupadas para hablar con desparpajo de la basura que no nos hemos dejado tragar, la del ejército éste o cualquier otro que se les ocurra. Se lo contamos a nuestra madre, se lo contamos a los amigos, se lo contamos a la prensa y se lo contamos al tribunal militar que nos condenará a dos años y medio de prisión. Para que todo quede bien claro, nunca dejamos de montar algún numerito circense y no-violento a las puertas de algún cuartel, y así, de paso, recuperamos por un ratito la calle como espacio político y público. Nuestro dios, el Deser-Thor, sólo nos presta el martillo de guerra para hacer el payaso con él: lo que más le jode al enemigo es que te rías en su cara. Además de pública, nuestra desobediencia es colectiva y no-violenta: colectiva, pues sólo somos la cara visible de algo en lo que durante estos últimos años ha estado implicada mucha más gente que los propios insumisos y objetores (colectivos, familiares, amigos, y hasta algún animal doméstico); no-violenta, porque no somos hombres de verdá, y porque es muy difícil luchar contra los que mandan utilizando las herramientas en las que ellos están máis experimentados, las múltiples violencias en las que llevan séculos especializándose para tenernos a raya.

La tercera barrera es la barrera de los barrotes. Durante dos años la veremos abrirse y cerrarse varias docenas de veces todos los días. No es una barrera nueva para el antimilitarismo: miles objetores e insumisos han pasado por las prisiones españolas desde que Pepe Beunza estrenó la desobediencia no-violenta encarcelada hace ya casi treinta años. Desde entonces, con más o menos conciencia de ello, se han venido utilizando estos mecanismos represivos, en una especie de jiu-jitsu político, en contra del propio poder militarizado que los acciona, tranformándolos en una verdadera arma política y un altavoz de nuestros análisis y propuestas.

Dato curioso: al igual que los primeros objetores y los primeros insumisos (gracias a su actitud, ahora no estamos obligados a lucir la última moda en caqui aquí dentro), volvemos a estar en prisiones militares y no civiles. Y es que la insumisión en los cuarteles no es el postre final de nada, sino volver a pastar de la misma hierba en un prado diferente: Pepe Beunza se autoinculpó en los consejos de guerra contra varios insumisos cuarteleros. Nosotros, por nuestra parte, correspondemos juntándonos en la celda de un legionario muy simpático para ver en vídeo un reportaje sobre los primeros objetores. Eran ciertamente más barbudos y más feos que nosotros, pero todos hacemos el mismo ruido al comer.

La insumisión encarcelada es como una vaca merendando en los prados del demonio.

Pum, Pum, ¿quién es? El movimiento antimilitarista. ¿Se abre la muralla o se cierra la muralla?

El necio del coronel, y por desgracia, algunos antimilitaristas, piensan que con el fin de la insumisión se cerrarán todas las murallas: «Menuda faena que les hemos hecho a los insumisos quitando la mili», piensan. Pero otros pensamos que ni la mili la habéis quitado vosotros, ni nos habéis hecho ninguna faena, excepto la de darnos más motivos para seguir luchando. Primero forzamos al Gobierno a reconocer la objeción de conciencia; después, la presión de varios miles de insumisos (cientos de ellos encarcelados) obligaba a reducir la duración de la mili y la prestación social sustitutoria, hacía de la objeción legal un fenómeno de masas incontrolable, elevaba el debate sobre la desaparición del servicio militar a los medios de comunicación, restaba apoyo social al Ejército y provocaba el imparable derrumbe del reclutamiento forzoso. En 1996, el Gobierno se veía forzado a certificar la defunción del servicio militar y a embarcarse en un proceso de profesionalización de las Fuerzas Armadas que hoy ya es algo más que un posible fracaso anunciado, a pesar de milmillonarias campañas de mentiras embellecidas por tierra, mar y aire. Un espectáculo y una perspectiva que contemplamos con satisfacción desde

nuestras celdas blindadas. Ahora que no habrá mili de por medio tendremos delante de nuestras narices a un ejército en su estado más puro, un ejército en el que sólo mandan los fascistas y sólo mueren los pobres, un ejército de mercenarios, un ejército en pelotas. Ahora que no habrá más mili de por medio, podremos mirar a los ojos a esa cosa tan feúcha y tan rebosante de mierda que estáis tratando de vendernos.A comienzos del año dos mil en Alcalá, en Belgrado o en la ducha, los antimilitaristas seguimoshaciendo las mismas preguntas: ¿Por qué permitimos que los ejércitos consuman tanta riqueza humana y material? ¿Por qué una sociedad supuestamente democrática alberga en su interior una institución en la que se niegan los derechos civiles y se exalta la servidumbre? ¿Por qué sereproducen los esquemas militares en otros ámbitos de la sociedad? ¿De qué nos defienden losejércitos? ¿Qué hay que defender? ¿Cómo?

Los ejércitos sólo nos «defienden» de vivir en un mundo más justo e igualitario. Un ciudadano de Marruecos, Serbia o Irak no es responsable de la precariedad laboral, de la privatización de empresas públicas o del agujero en la capa de ozono. No es de ellos de quien tenemos que defendernos. Desde nuestra perspectiva, las alternativas al modelo militar de defensa tienen que partir de todos aquellos colectivos y personas que, desde una práctica coherente, queremos aprender a defendernos de los problemas reales que ponen en peligro nuestra integridad. Y nuestra práctica sólo será coherente en la medida en que consigamos armonizar los medios y los fines de nuestra lucha: lo único que cae gratis del cielo es la lluvia y los meteoritos, no la abolición de los ejércitos. Eso no se consigue por decreto de los de arriba, sino por medio de la capacidad de los de abajo para construir una sociedad que no necesite ni de los ejércitos ni de quienes se sirven de ellos para oprimirnos; en la que la opción por el apoyo mutuo entre las personas y los grupos se presente como algo no sólo seductor en la teoría, sino palpable en nuestra propia forma de actuar. Las revoluciones sangrientas que lo cambian todo de la noche a la mañana son como un chiste: si pretendemos parar a la apisonadora con nuestros puños y uñas, nos aplasta; si aprendemos a prescindir de ella, a caminar en dirección contraria por el arcén, nos echaremos unas risas mientras el imbécil que la conduce se espeta contra un muro.

Las vacas desobedientes pastamos por un prado del que todavía no se han hecho mapas. Aunque las cacas de finas hierbas de otras vacas precursoras (vaca-Thoreau, vaca-Ghandi, etc.) alegran nuestro camino, la vegetación ha ido cambiando durante estos años; y hoy por hoy, las vacas insumisas somos, ante todo, vacas exploradoras. Somos pioneras experimentando siempre con cacas nuevas, tratando de abonar la tierra contra herbicidas que cada vez tienen que ser más sofisticados para neutralizar nuestra acción. A veces conseguimos que crezcan flores, otras helechos, y otras no salen más que churros; pero la desorientación no es un obstáculo insalvable: lo fundamental es no adulterar nuestra caca finísima con la caca de perro que nos quieren vender.

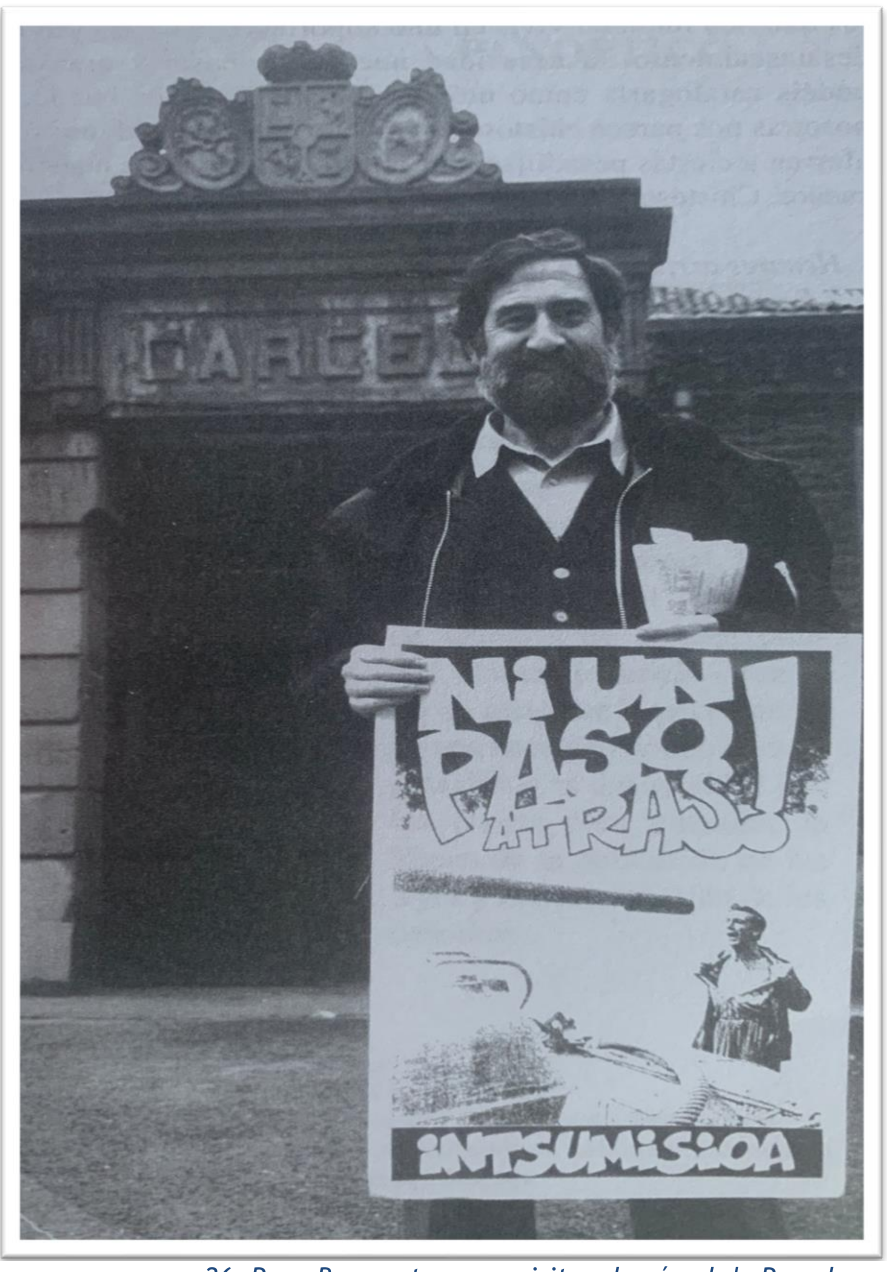
La insumisión en los cuarteles es sólo una entre las múltiples ocupaciones de los antimilitaristas, y la oferta laboral en lo nuestro es más variopinta que la salidas profesionales del Ejército (lo que no es difícil). Te enseñamos los siguientes oficios: objetor fiscal al gasto militar, trabajador anti-OTAN, denunciante de la intervención de Defensa en el sistema educativo, participante en campañas por la desmilitarización del territorio, contra el tráfico de armas, grano en el culo de la industria militar, investigador en alternativas a la defensa militar etc. Ahora, sin mili interpuesta, nuestra labor resulta más fácil de explicar que nunca, como sentenció agudamente, tras media hora de debate, un legionario preso: «Ya, ya, lo que vosotros queréis es que después del plan NORTE (Nueva Ordenación Territorial de los Ejércitos; ordenación que supuso el cierre de varios cuarteles y unidades militares) venga el plan SUR, o sea, Supresión de las Unidades Restantes...».

Ya sabemos que esto de la abolición de los ejércitos suena como a orgasmo. Pues bien, pues bueno, a las vacas desobedientes nos gustan los orgasmos; y mejor los nuestros y en paz que la

inseminación forzosa de las perversidades de otros, del delirio militarista. No necesitamos venderle a nadie ninguna viagra milagrosa de ningún futuro ideal en paz y armonía. Somos fontaneras de desatascar mentiras, no máquinas de inventar verdades. No nos sentamos a soñar con ningún mundo perfecto: movemos el rabo para deshacernos de ciertos parásitos que nos impiden vivir en uno soportable. Nuestra sed de desatascamiento, la necesidad nuestra de pasto y orgasmo podéis catalogarla como utópica; pues bien, pues bueno, a nosotras nos parece chistoso el empeño con el que algunos se aferran a ciertas pesadillas mucho más ilusorias que nuestros sueños. Chistoso y siniestro.

Henares arriba va el Cid
cuanto puede andarY Bavieca sólo quiere
Merendar.

Insumisos a los cuarteles
Prisión Militar de Alcalá, octubre de 2000



26. Pepe Beunza tras una visita a la cárcel de Pamplona.

El fin del servicio militar obligatorio acaba con dos siglos de reclutamiento forzoso que se han visto jalonados por numerosas revueltas, deserciones y formas organizadas de lucha contra esta imposición. La dictadura franquista había ahogado toda oposición y, por supuesto, también cualquier discurso crítico contra el ejército, pilar de la cruzada nacional-católica. Sólo unos pocos Testigos de Jehová se negaban a realizar el servicio militar, mientras que la oposición de izquierdas consideraba fuera de lugar cualquier discurso que tomara como eje esencial la no-violencia. En ese contexto se prepara la campaña de apoyo al que sería el primer objetor de conciencia de carácter antimilitarista del franquismo. El valenciano Pepe Beunza, en 1971, sería el primero que introduciría en el Estado español una forma de lucha contra el ejército, la desobediencia civil, que pronto se convertiría en un referente nacional e internacional en su momento, y que sentaría las bases de lo que más tarde sería el movimiento de insumisión.

Pedro Oliver, el autor del presente libro, es uno de los miles de continuadores de la lucha emprendida por Pepe Beunza. Rechazó el petate en 1983 y desde entonces participó en todas las campañas de desobediencia civil organizadas por el Movimiento de Objeción de Conciencia. Condenado por insumiso en 1993, recorrió las cárceles de Albacete, Pamplona —desde donde trabó contacto con Pepe Beunza—, Nanclares de la Oca, Burgos, Valdemoro y Herrera de la Mancha. Doctor en Historia por la Universidad del País Vasco y profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Castilla-La Mancha, ha escrito numerosos artículos y libros donde aborda dos líneas de investigación diferentes: el mundo del trabajo en las provincias manchegas del siglo XX y la historia social de las instituciones punitivas vascas a lo largo de los últimos siglos.


9 788488 455086